





EL AMIGO DE LOS NIÑOS

ESCRITO EN FRANCÉS

POR EL ABATE SABATTIER,

TRADUCIDO

POR DON JUAN DE ESCOIQUIZ,

Y ADICIONADO

POR DON F. J. T. T. Y A.

CON LAS NOTAS QUE DEMUESTRAN LAS ** ESTRELLITAS.

MADRID.

IMPRENTA DE D. ANTONIO MARTINEZ.

1821.

PRÓLOGO.

** Este es un libro pequeño, pero lleno de excelentes principios, verdades y consejos que acomodados á la tierna capacidad de los niños podrán producir, y aun gravar eficazmente en su corazon la dulce y placentera idea, de que no han recibido la existencia sino para consagrarla en servicio de Dios, de su patria, y de su Rey, que son los importantes objetos á que debe dirijirse la buena educacion.

La claridad, el órden, la brevedad y sencillez con que se describen estas máximas; la amenidad de los sucesos históricos de que estan entrelazadas, y la oportunidad con que se encuentran colocadas y aplicadas las varias fábulas que contiene, tan análogas al gusto de los niños, como proporcionadas á su tierna comprension,

causarán un agradable aliciente, y servirán de poderoso estímulo, que promueva á esta amable porcion de la sociedad á egercitar la sana moral, amar la virtud, y aborrecer el vicio.

Siendo este el principal objeto del autor, que habiendo conocido el inestimable valor de la educacion, se ha dedicado en esta obrita á formar dignos ciudadanos, buenos parientes y verdaderos amigos, no podrá dudarse del justo aprecio, estimacion, y reconocimiento de que se ha hecho acreedor: porque á la verdad, *¿qué mayor beneficio, y qué servicio mas importante puede ofrecerse á la patria, que el de instruir, enseñar y dirijir á la juventud?* El cielo proteja sus deseos, y permita que el fruto corresponda á sus benéficas intenciones.

INVOCACION.

** ¡O Dios del tiempo, y de la eternidad! ¡O Dios de excelsa omnipotencia, y de bondad infinita! Tú eres el eterno y soberano principio de todas las inteligencias: la fuente incorruptible é inagotable de cuanto puede desearse en el cielo y en la tierra: la interminable medida de mi existencia y duracion: tú me tienes destinado desde la eternidad á vivir para siempre contigo, aun despues de la ruina de los imperios y de los astros, y cuando ya toda esta máquina visible haya vuelto á entrar en la tenebrosa noche de su destruccion: tú me tienes prometido, que si soy constante en

amarte y servirte, me veré irrevocablemente incorporado en la sociedad de tu reyno y de tu gloria.

¡Hombre ingrato que duermes tranquilo, reclinado en su seno paternal, pero olvidado de la mano poderosa, benéfica y protectora que te sostiene, ¿por qué te entregas á los delirios de esos sueños engañosos que te halagan con falsas ilusiones para hacerte infeliz por una eternidad? ¿De qué te aprovecha esa inquietud de la imaginacion, ese cúmulo de ideas y de pensamientos, y esa infatigable variedad de deseos? ¿Serás tan necio é insensato que ensordescas á los repetidos impulsos de tu corazon, que te demuestran la ilusion de esos espacios en que corres siempre vago é inquieto, y nunca tranquilo y satisfecho?

Si deseas ser feliz, busca á tu Dios

que siempre está cerca de tí. Toda la naturaleza te lo demuestra: toda ella publica su eterno y santo nombre. Todas las criaturas llevan gravada la indeleble impresion de su divino autor. Tú mismo participas continuamente de esos preciosos dones, que con tanta liberalidad te franquea, y que indican y señalan la omnipotente bondadosa mano de donde vienen. Tu propia vida comprueba su infinita bondad y amor, pues que te conserva. ¡O dulce Dios mio, dichoso el mortal que te adora y busca, y mas dichoso el que te halla cuando tu blanda mano enjuga su tierno y amoroso llanto, y llena el pecho de inexplicables consuelos.

Dígnaos, Señor, comunicar al tierno corazon de la juventud, aquel torrente de fuego de amor, de que habla

el Profeta, y franquear los tesoros de vuestra infinita bondad á estas tiernas y débiles plantas, para que fecundadas con el rocío de la divina gracia, crezcan y se robustezcan en la virtud, aborrezcan y detesten el vicio; y gozando de una vida dulce y tranquila, afiancen los premios destinados y preparados desde la eternidad para las almas virtuosas.

EL AMIGO DE LOS NIÑOS.

INTRODUCCION.

De cuanta importancia es el acostumbrarse desde los primeros años á la virtud.

Has llegado por fin, amado Teotimo, á la edad dichosa en que la razon comienza á desenvolverse, y á manifestar sus primeros resplandores. Libre ya de las tinieblas de los primeros años, vas á entrar en una nueva senda, y empiezas á vivir. Feliz situacion para tí; pero al mismo tiempo delicadísima, y que por consiguiente requiere de tu parte las mayores precauciones; persuadiéndote de que todo el discurso de tu vida depende de los primeros pasos.

Sí, amado Teotimo, te has de considerar en este momento como un caminante que emprende un largo y penoso viage. Si uniendo la felicidad con la prudencia logra tomar desde

el principio el mejor camino, llega facilmente al término; pero si tiene la desgracia de equivocarse escogiendo alguna senda extraviada, anda mucho, y adelanta poco; ó por mejor decir, cuanto mas se adelanta, mas se aparta del término; se pierde y se embosca entre espesas selvas, ó va á parar á horribles precipicios, de donde muchas veces no puede salir á pesar de todos sus esfuerzos.

Esta es justamente la situacion en que te hallas. Estás, por decirlo asi, á las puertas de la vida. Se presentan á tus ojos dos caminos bien distintos, el del vicio, y el de la virtud. ¡Desgraciado de tí, si tomas el primero! Confuso en tal caso, descaminado, darás tantas caidas como pasos; te verás precipitado dë abismo en abismo, para terminar al fin en un funesto paradero, que será el cúmulo de todas tus desgracias. Si emprendes al contrario el segundo, alégrate anticipadamente de la feliz suerte que te espera. Caminarás por él sin temor y sin peligro, á la luz pura de la razon y de la religion. Go-

zarás una vida dulce y tranquila, y afianzarás los premios que Dios tiene destinados á las almas virtuosas. Reflexiona pues cuanto te importa la eleccion entre estos dos caminos, que tienen tan distintos términos.

No me cansaré de repetirtelo. Todo depende de esta eleccion, y de tu conducta durante los primeros años de la vida. Porque asi como los niños criados con buena leche logran en adelante salud y robustez, asi los que en su edad temprana toman el gusto á la virtud, lo conservan toda su vida, y son, por decirlo asi, naturalmente virtuosos. Les sucede con poca diferencia lo que á un arbolito tierno, que bien dirigido desde el principio, cuidado con esmero desde que empieza á medrar y á extenderse, continúa despues sin auxilio alguno siempre recto; prosiguiendo las ramas por sí solas en crecer con la misma simetría. Cierto Poeta antiguo propone un símil muy del caso, para dar á conocer la importancia de estos primeros pasos. Cualquier vasija nueva, dice, conserva largo tiempo

el olor de aquel licor que primero se echó en ella. Lo mismo pasa en nuestro corazon. Casi siempre duran en él las primeras impresiones de su juventud, y los primeros hábitos que ha contraido.

La siguiente fábula te hará palpable esta verdad, y te dará á conocer á un con mas claridad, que todo depende de los principios.

FABULA I.

Los dos barqueros.

Siguiendo la corriente arrebatada,
De un rio, por las lluvias aumentada,
En dos barcas bajaban dos barqueros,
Unidos como buenos compañeros:
El uno jovencillo en el oficio
Totalmente novicio,
Aun del rio las burlas ignoraba;
El otro perro viejo, y muy machucho,
Estaba en sus revueltas ya tan ducho,
Que el camino del puerto nunca erraba.
Llevados de la rápida corriente,
Al principio viajaban felizmente,
Sin hallar en el rio dilatado

Tropiezo que les diese algun cuidado:
Mas he aqui que á lo lejos ven un puente
Sobre firmes estribos construido,
Por cuyos arcos necesariamente
Habian de hallar paso;
Era en verdad apretadillo el caso:
El viejo marrullero, persuadido
De la dificultad, y rezeloso
De la poca destreza del mozuelo
Para salir del lance peligroso
Le grita: »Camarada, no seas lelo,
Enfila desde luego la corriente,
Si nó darás de hocicos contra el puente,
Y el barco y tú os hareis dos mil pedazos;
Ni aun yo me fio en mi destreza y brazos:
Asi ojo alerta, mira como guio:
No me hagas llevar luto antes de tiempo.»
»¡Qué cobarde es el tio!
(Responde el desbarbado)
¡Cuán de lejos anuncia el contratiempo!
Si tanto teme de morir calzado,
Prevéngase desde ahora,
Que cuando sea hora
Sabré del gran peligro libertarme.»
»Válgame Dios! (exclama el viejo) dudo
Que haya un hombre en el mundo mas tozudo.
Ya verás, si no quieres escucharme,

Y enfilar la corriente desde luego,
Lo que te pasa." El jóven con sosiego
Deja que grite el viejo,
Sin hacer cuenta de su buen consejo;
Y al viento y á las aguas entregado,
Se burla de sus voces descuidado.
Llega el temido lance finalmente
De ir á pasar aquel tremendo puente:
Ya al remo, ya al timon su vida fia,
Mas es tarde; á pesar de su porfia
A dar contra un estribo va derecho:
Al impulso violento
Queda el barco deshecho,
Y él va a ser de los peces alimento.
El niño que no cuida con esmero
Desde el principio de vencer del vicio,
La corriente fatal, como el barquero
Irá á dar sin remedio al precipicio.

La experiencia confirma siempre esta verdad. Rara vez vemos que se corrijan los que desde niños han sido mal inclinados; la edad, lejos de disminuir el amor al vicio, lo aumenta, y del estado de niños viciosos pasan al de hombres impios y abandonados. Esto se verificó completamente en la persona de Juliano Apóstata. Desde

su mas tierna edad dió á conocer lo que habia de ser con el tiempo. San Gregorio y San Basilio, concólegas suyos en los estudios de Atenas, pronosticaron bien presto por su fisonomía y su traza el desórden de su animo. Tenia los ojos vivos, pero atravesados; el modo de mirar furioso; el gesto desdeñoso é insolente. Movia la cabeza, y hacia de continuo ademanes ridículos, sin venir al caso; se reia sin moderacion, y daba grandes carcajadas; proponia cuestiones impertinentes, y respondia con oscuridad y confusion á los que le preguntaban. El deseo de adelantar en la Filosofia gentílica era su pasion dominante, cuidando muy poco de instruirse en la religion cristiana, y gastando el tiempo en estudiar la Astrología, la Magia, y todas las vanas supersticiones del gentilismo. Junto todo esto con otras faltas que no podia disimular, aunque procuraba cubrirse con el velo de la hipocresía, fue bastante para que San Gregorio anunciase que el Imperio Romano alimentaba en su seno un monstruo. La serie del tiempo dió

á conocer la verdad de esta conjetura y la puntualidad del pronóstico. Las malas inclinaciones que se habian notado en Juliano durante su juventud, prorumpieron con el tiempo á vista de todo el mundo. Llegó á ser el enemigo mas declarado y mas irreconciliable de la religion cristiana, y tan impío, que expidió un edicto general para que se abriesen los templos gentílicos; y egercitó por sí mismo todos los oficios de Sumo Pontífice de los ídolos con todas las ceremonias acostumbradas, esforzándose cuanto pudo en borrar el carácter de su bautismo con la sangre de los sacrificios profanos.

Debes pues mirar tu conducta, durante la juventud, como un pronóstico casi infalible de la que has de tener en todo el discurso de tu vida. Si desde ahora abrazas la virtud, si gobernado por la prudencia plantas en tu corazon el amor á la piedad, á la inocencia y al estudio, ¿qué no puedes esperar en adelante? Pero al contrario, si te dejas vencer de las malas inclinaciones, si te pier-

des en las erradas sendas del vicio, precipitado de uno en otro extravío, serás toda tu vida el infeliz juguete de tus desordenadas pasiones.

Procura pues reprimirlas desde luego. Hasta ahora no son mas que chispas, que pueden apagarse con facilidad. Son pequeñas fieras, que pueden aun facilmente domarse y domesticarse. Pero Dios te libre de que crezcan, pues excitarán en tu corazon un funesto incendio, ó lo despedazarán. Te dominarán, te sujetarán, y te será casi imposible recobrar el imperio que ahora tienes sobre ellas.

Sus progresos son como los de la mayor parte de nuestras enfermedades. Al principio no consisten mas que en una indisposicion ligera y facil de remediar; pero si no hacemos caso de esta mala levadura, y si la dejamos fermentar, y corromper la masa de la sangre, vanamente recurrimos á los socorros del arte; llegan tarde los remedios, y son totalmente inútiles, de modo que venimos á ser víctimas de un mal, que sin trabajo se hubiera remediado, tirándole á cor-

tar desde el principio.

Quiera Dios, amado Teotimo, que no se verifique en tí la descripcion que acabo de hacer; tu naturaleza, como la de todos, está inficionada de un sutíl veneno, que infaliblemente la corromperá, si no lo destruyes antes que tome cuerpo, y explaye su actividad. Este consiste en las inclinaciones viciosas que naturalmente tendrás. Examina pues, si eres inclinado á la cólera, al deleite, á la soberbia, al regalo, &c. Y si descubrieres en tu corazon algunas de estas inclinaciones perversas, míralas como á otros tantos enemigos, que debes temer sumamente; y dedícate á destruirlas mientras que aun son endebles. Este consejo nos da un antiguo Poeta, y quisiera yo verle grabado en tu corazon con caracteres indelebles:

Es facil de sofocar
El vicio recien nacido,
Mas despues que ya ha crecido
No se puede remediar.

Para hacerte mas sensible esta ver-

dad, vaya esta juiciosa leccion que daba un padre á su hijo, y aplícatela á tí mismo.

FABULA II.

El roble viejo, y el arbolito.

Despues de haber gastado la mañana,
No de muy buena gana,
En hojear á Nebrija y Calepino,
Un hijo con su padre se paseaba
Por un jardin ameno, y muy contento
El trabajo pasado desquitaba.
Hallan en esto al lado del camino
Un arbolito, que al furioso viento
Hizo por no reñir tal cortesía,
Que inclinado hasta el suelo se veia.
Reparólo al instante el sabio anciano,
Y por dar á su amado jovencillo
Con un símil sencillo
Un consejo muy sano,
»Ve, le dice, hijo mio, y endereza
De ese árbol tan torcido la cabeza
Hasta dejarlo recto enteramente:"
El niño al punto lleno de alegría
Lo pone como el padre le queria.

»Muy bien, dijo el Mentor (1), pues igualmente
Aquel antiguo roble, que hácia un lado
Desde pequeño está inclinado,
Necesita del vicio corregirse;
Haz, hijo, lo que hiciste al primero."
Se echa á reir el jóven, y responde:
»¿Usted se burla, padre, ó se le esconde
Que eso fuera imposible conseguirse
Aunque de Sanson mismo el brazo fiero
Tomase por su cuenta enderezarlo?
De este vicio, cuando era tan pequeño
Como el otro, era facil libertarlo:
Yo solo me obligaba al desempeño;
Pero ahora, que es tan viejo endurecido,
Ya no puede dejar de estar torcido."
»Dices muy bien, replica el buen anciano.
Todo esfuerzo al presente fuera vano;
Pues lo mismo sucede
En todos los humanos corazones:
Facilmente se puede
Dar direccion á sus inclinaciones
Cuando son tiernas: mas si incautamente

(1) Mentor, nombre del famoso ayo de Telémaco, hijo del Rey Ulises, que se suele aplicar por alabanza al que egerce bien dicho encargo.

Las dejamos crecer mal dirigidas
Por la costumbre y tiempo endurecidas,
No hay fuerza á enderezarlas suficiente."

** Sí, amado Teotimo, cuatro cosas son, dice el sabio, muy dificiles de seguir; el vuelo del águila que penetra las nubes; la rapidez de un navío que atraviesa los mares; las sinosidades de la culebra que se enrosca, y los caminos de la juventud. Apenas se llega á la edad de siete años cuando la voluntad aunque muy niña, pero inclinada al mal, y el entendimiento esclavo de la frivolidad, no contempla sino bagatelas y fruslerías: entonces todo encanta, y todo menos la razon parece admirable á la vista de los niños. Los caprichos, los gustos, los placeres y las terquedades son los primeros instrumentos que emplea la concupiscencia para apoderarse de un alma tierna, y establecer en ella el imperio de los vicios. ¿Cuál pues será la suerte de la infancia en medio de este desórden? Se extraviará infaliblemente, si una luz proporcionada á su débil vista no le alumbra, le guia y dirige: entonces es, cuando sus padres, maestros ú otras personas encar-

gadas en la educacion deben emplear el mayor celo, actividad y diligencia en corregir sus inclinaciones, rectificar sus ideas, é inspirarles por medio de instrucciones, doctrinas y egemplos, el amor á la virtud y odio al vicio; acostumbrándoles á un sistema de vida facil y sencillo, pero capaz de hacerles conocer, desear y egercitar unos objetos tan importantes. Si cumplen con estos deberes tan sagrados, lograrán que el arbolito no se encorve ni tuerza; y al contrario, todo esfuerzo será inútil y vano, si imprudente é inconsideradamente le dejan crecer con aquel vicio.

CAPITULO I.

De la piedad y del culto de Dios.

No dudo, amado Teotimo, que las sabias instrucciones de tus padres y de tus maestros te habrán hecho concebir la mas alta idea de la piedad cristiana. Con todo, como este es el asunto mas importante de todos los que he de tratar, y el cimiento sobre el cual todos ellos deben fundarse, he juzgado conveniente comenzar, poniéndote

á la vista todo lo concerniente á tan sagrada obligacion, para que creciendo tu estimacion y concepto respecto de ella, te animes á trabajar con total fidelidad en cumplirla.

Reflexiona que Dios no te ha colocado en el mundo sino para servirle; ni te ha dado el corazon que tienes sino para amarle; y por consiguiente es justo que le consagres sus primicias. Te tendrias por el mas malvado hijo, si no amases á los autores de tu nacimiento. Tendrias razon; merecen tu amor por todos títulos. Pues repara, hijo mio, que tienes en el cielo otro padre infinitamente mas digno de tu amor. Este tierno y perfectísimo padre es Dios, que aunque tan grande y tan poderoso, no se desdeña de este título. Al contrario, lo exige, y sobre todo aprecia los cultos de un corazon nuevo, que aun conserva la pureza y la castidad. Por esta razon, queriendo un dia los Apóstoles apartar los niños que se acercaban á Jesucristo, *dejad*, dijo este divino Maestro, *dejad que los niños se acerquen á mí.* Recibo gustoso los testimonios de su amor, y con

igual gusto les doy señales del mio.

Acércate pues al Señor por medio de una tierna y sincera piedad. Esta es nuestra primera obligacion, y en esto consiste nuestro verdadero mérito. Todos esos bienes que tanto aprecian los hombres, el nacimiento, el talento, las riquezas deben reputarse por nada, si no tienen á Dios por principio y por fin. Sola la piedad es la que nos hace agradables á sus ojos, y atrae sobre nosotros sus gracias. Por medio de ella mereció el jóven David trocar el estado de pastor con el de Rey, y subir á un brillante trono desde una humilde cabaña.

Habiendo resuelto Dios dar un nuevo Rey á su pueblo, en lugar de Saul á quien habia reprobado, mandó á Samuel que pasase á la casa de Isaí, para ungir en ella como Rey á aquel que entre sus hijos juzgase mas digno de su eleccion. Obedeció el Profeta: presentó Isaí delante de él á su hijo mayor Eliab, que por su magestuosa presencia y su hermosura parecia nacido para el trono. Asi lo creyó el Profeta; pero no tardó Dios en desénga-

ñarle: lo mismo sucedió con los seis siguientes. Al paso que se presentabán, daba el Señor á entender al Profeta, que ninguno de ellos era el escogido. Llamaron en fin á David, que aun era muy jóven, y estaba guardando un rebaño. Apenas se presentó, cuando el Señor habló á Samuel, y le dijo: *Levántate, y derrama el óleo santo sobre su cabeza, porque este jóven es el que he escogido para reinar sobre mi pueblo.* ¿Y por qué piensas que entre tantos que parecian mas propios para el trono, fue David el preferido? El mismo Dios satisfizo sobre esto á su Profeta, cuando quiso escoger á Eliab; *los hombres*, le dijo, *no ven mas que lo exterior, pero Dios ve lo que pasa en los corazones.* No juzgan en efecto los hombres del mérito de cada uno sino por las partidas exteriores; pero Dios, por las inclinaciones del corazon y sola la piedad, puede conseguir su complacencia.

Aunque tengas el mas perspicaz talento, aunque lluevan sobre tí bienes y honores, si la piedad no habita en tu corazon, nada eres á los

ojos de Dios. Pero al contrario, si esta sola prenda posees, aunque carezcas de todos los dones de naturaleza y fortuna, eres á los ojos de Dios mayor que todos aquellos famosos héroes que el universo admira; pero que el Señor reprueba, cuando no es la piedad el fundamento de su heroismo. Asi, aunque deseo con todas veras que logres cuanto pueda contribuir á tu bien estar, mas querria verte privado de la ciencia, de las riquezas, y de todas las demas ventajas naturales, que falto de piedad. Esta seria la mayor pesadumbre que pudieses causarme, y para tí la mayor desgracia.

Procura estar íntimamente persuadido de que no hay felicidad alguna fuera del servicio de Dios. La inquietud y el remordimiento son los compañeros inseparables del vicio. *No hay paz para los impíos*, como nos lo asegura el Espíritu Santo. Siempre son tristes víctimas de su impiedad. Testigo de esta verdad es aquel hijo pródigo de quien nos habla el Evangelio. Se determinó á abandonar la

casa de su padre. Se lisonjeó de hallar completa felicidad, haciendo una vida vagabunda y disoluta. Para conseguirla, hizo que su padre le entregase toda su legítima; fue á vivir á un pais apartado, para quedar sin freno alguno: ¿y en qué paró? Despues de haber consumido cuanto tenia en disoluciones y en convites, se vió precisado á vender él mismo su propia libertad de que estaba tan hechizado, experimentó los caprichos y el mal trato de un amo cruel y bárbaro, y se vió reducido á envidiar el alimento de los mas viles animales.

Tal es la triste suerte de todos aquellos que se apartan de Dios, que es nuestro verdadero padre, para entregarse á sus desordenados deseos. Esperan hallar la dicha, sumergiéndose en el centro de los placeres y de la libertad; pero no hallan otra cosa que inquietudes y amarguras. La piedad únicamente puede hacernos felices. Asi nos lo declara Salomon, despues de haberlo reconocido por una larga experiencia. Este Rey fue el mas rico, el mas poderoso de cuan-

tos le precedieron ó vivieron en su tiempo. Desde las extremidades de la tierra acudian las gentes á contemplar los prodigios de su sabiduría. Vivia querido y respetado no solo de sus vasallos, sino de todas las naciones y Reyes de la tierra. Todo lo abrazaba su ciencia. Habia penetrado todos los secretos de la naturaleza. Rebosaban de oro y plata sus palacios. Con todo aunque rodeado de tantos bienes, se vió precisado á exclamar: *No hay cosa fuera del amor, el temor y el servicio de Dios, que no sea vanidad y afliccion del ánimo.*

Sea pues la piedad el principal objeto de tus deseos, ya que es la primera de nuestras obligaciones, y el único manantial de nuestra felicidad.

Dedícate á servir al Señor, y á tener una vida cristiana con preferencia á todas las demas cosas. No te desanimes, aunque encuentres para esto dificultades que vencer. Aunque la piedad exige penosos sacrificios, ninguno de ellos con todo sobrepuja á tus fuerzas. Hemos visto niños de tu edad que han practicado todas las

obligaciones que trae consigo con la mas exacta fidelidad. Tal fue el jóven Tobías, que desde su niñez no conoció otra ambicion que la de servir al Señor, y de ir á ofrecerle sus adoraciones en su santo templo, cuando los demas iban á postrarse delante de los ídolos Tal el jóven Samuel, que trasladado al templo desde sus mas tiernos años, llegó á ser tan agradable á Dios por sus virtudes y su piedad, que á la edad de doce años mereció verse elevado á la sublime dignidad de Profeta. Tales fueron tambíen en la ley nueva San Bernardino de Sena, San Pedro de Luxemburgo, y otros mil santos jóvenes, que siendo de tu misma edad no tenian mayor deleite que el de conversar con Dios por medio de la oracion, y darle en todas ocasiones las mas vivas señales de su amor y de su piedad. ¿Pues por qué no has de poder tú hacer con el auxilio de la gracia lo mismo que ellos han hecho? No estás tú menos obligado que ellos á la piedad. Tanto derecho tiene Dios á tu corazon, como á los de aquellos virtuosos niños. Trabaja pues, para que halle en

tí la misma fidelidad, y veamos revivir en tu persona las virtudes que en ellos se admiraron.

** Sí, amado Teotimo, te encargo, y ruego con lo íntimo de mi corazon, que imprimas en el tuyo las importantes máximas que se contienen en este capítulo, y en la invocacion. Medita, y reflexiona en ellas, y no podrás menos de confesar que hay un Dios, autor de todo lo criado, y dispensador de cuantos bienes gozamos; que debemos amarle, adorarle, y ofrecerle el tributo de nuestra gratitud. En el primer precepto de su santísima ley se manda honrarle como á nuestro Criador, y á nuestro Soberano Señor; y esto es lo que se llama adorar. Por la fe le honramos, creyendo firmemente lo que ha enseñado á su Iglesia. Por la esperanza, aguardando con confianza los bienes que nos ha prometido. Por la caridad, amándole de todo corazon, y observando exactamente sus mandamientos: tenemos pues una obligacion estrechísima de obedecer á Dios; de no tributar honor á criatura alguna, sino es con relacion á Dios; y

de honrarle en la misma forma y modo que prescribe nuestra verdadera Religion.

CAPITULO II.

De los varios egercicios de piedad.

La habilidad en las ciencias no se consigue sino á fuerza de estudiarlas. No se logra la perfeccion en las artes sino á puro egercitarse en ellas; y del mismo modo no se puede conseguir una piedad eminente sino practicando con esmero los egercicios correspondientes. A estos egercicios pues te has de aplicar principalmente, si quieres hacer algun progreso en ella.

El más esencial y necesario es el de la oracion; por su medio ofrecemos á Dios uno de los mas agradables cultos que podemos tributarle. Glorificamos su poder y su bondad, reconocemos humildemente que él solo es el manantial de todos los bienes, y que sin él nada podemos. Pero este culto que damos á Dios no es estéril para nosotros. La oracion nos atrae los beneficios de este supremo

Señor. Es una especie de conducto por donde nos comunica sus gracias y sus favores. Orando logró Santa Mónica la conversion del jóven Agustino su hijo. A la oracion debió tambien Salomon aquella sabiduría extraordinaria que admiró el universo. Por medio de la oracion, que San Agustin llama llave del cielo, conseguiremos nosotros igualmente todos los auxilios que necesitemos, pues Jesucristo mismo se ha obligado á condescender con nuestros ruegos.

Si fuera posible, debiéramos, como aconseja San Pablo, orar incesantemente. En ninguna otra cosa podemos emplear mejor el tiempo. Los Angeles en el cielo no tienen otra ocupacion que la de alabar y bendecir al Señor. ¿Y qué mayor felicidad podemos apetecer que la de imitarlos en la tierra? Pero ya que no puedas consagrar á la oracion la mayor parte del tiempo, no dejes cuando menos de emplear en ella los primeros y últimos instantes del dia; y en estas oraciones de mañana y tarde carga sobre todo la mano en dar gracias á

Dios de los inumerables beneficios que te ha hecho, en pedirle las gracias que necesitas, en ofrecerle tus acciones, y en rogarle que te llene de bendiciones, y que no permita que caigas, por medio de algun pecado, en desgracia suya. Tus oraciones sobre este pie jamas pueden dejar de agradar á Dios, y de serte útiles; y asi vemos regularmente que los que son exactos en estas santas prácticas, reciben muchas mas gracias, y hacen una vida mas regular que los que las omiten.

Pero ademas de estas oraciones, que por ninguna razon debemos omitir jamas, mira como una obligacion para tí el asistir todos los dias al santo sacrificio de la Misa. Jesucristo renueva en él el que ofreció á su Eterno Padre en el Calvario, implora su misericordia á favor de los hombres, y derrama, por decirlo asi, á manos llenas sus gracias. El reconocimiento que le debes, tu propio interes y la misma gloria del Señor son motivos suficientes para que no faltes á este adorable sacrificio; pero acuérdate de que no sirve que estés corporalmente

presente, si tu ánimo no está atento á lo que allí se hace. No imites á la mayor parte de los niños, que asisten á él sin modestia, sin respeto y sin atencion. Te guardarias muy bien de presentarte delante de un Monarca de la tierra sin atencion y en postura indecente, ¿pues cuánto mas respeto debes á Jesucristo, Rey del cielo, ante cuyo acatamiento se cubren con sus alas los Serafines para dar á conocer su profunda veneracion? La modestia de los mismos idólatras en las varias ceremonias de su falso culto debiera avergonzarte. Ve aqui un egemplo de los mas extraordinarios.

Cuenta San Gregorio que ofreciendo Alejandro Magno un sacrificio á sus falsas deidades, cayó en la manga de uno de sus pages una ascua encendida. Sintió desde luego un dolor muy vivo, pero se dejó casi abrasar la mano, sin prorumpir siquiera en un gemido, por no turbar el sacrificio. *De este idólatra*, concluye el Santo, *debeis aprender hasta qué término ha de llegar vuestra modestia y vuestro respeto cuando asistis al santo sacrificio del altar.*

No te es menos necesaria la frecuencia de Sacramentos que la oracion. Los Sacramentos son para nuestra alma lo mismo que los alimentos para nuestro cuerpo; lá conservan, la fortifican y la alimentan. ¿Cuánto cuidado no tendrias de no dejar tu cuerpo muchos dias sin el alimento necesario? Temerias con razon que le faltasen las fuerzas, y que llegase totalmente á perecer. Pues el mismo has de tener de tu alma. Si la privases de la frecuencia de Sacramentos, caeria en la mayor flaqueza, se iria debilitando cada dia, y perdería al fin todo su vigor. Mira pues como una de tus mas importantes obligaciones el frecuentar los Sacramentos, y llegarte á lo menos una vez al mes al tribunal de la Penitencia y á la sagrada mesa; pero jamas te aventures á esto, sin que precedan las disposiciones necesarias. Debes saberlas muy bien. No debes ignorar que para hacer una buena confesion no basta decir sincera y exactamente todos los pecados cometidos, siendo absolutamente necesario añadir un vivo dolor de haber ofendido á Dios, y un pro-

pósito firme de jamas ofenderle. Debes estar igualmente persuadido de que para participar dignamente del adorable Sacramento de la Eucaristía, en que Dios se digna entregársenos, es menester que estemos en gracia suya, y penetrados de los mas vivos impulsos, de fe, de respeto, de amor y de humildad. No me quiero detener ahora en explicarte estas diferentes disposiciones; pero sí en exhortarte á que no omitas la mas mínima, para participar de los frutos que saca de los Sacramentos todo aquel que los recibe dignamente, y para evitar las desgracias que se atraen los que no se acercan á ellos con las disposiciones necesarias. Porque asi como los Sacramentos son alimentos saludables para aquellos que santamente los reciben, puede decirse que se convierten en veneno para los que los profanan. La confesion, por egemplo, no produce otro efecto en el penitente mal dispuesto que hacerle mas culpado; y San Pablo nos advierte, que el que recibe indignamente el cuerpo de Jesucristo se come su propia condenacion.

Para conocer la severidad con que Dios acostumbra á castigar á los que abusan de las cosas sagradas, no es menester mas que acordarse del modo con que trató a los que faltaron al respeto debido al Arca del Testamento. Oza no hizo mas que extender la mano para sostenerla, é inmediatamente fue herido de muerte. No cometieron otro delito los Betsamitas que el de mirarla con una curiosidad temeraria, y con todo en el instante fueron exterminados. ¿Pues con qué rigor no castigará Dios á aquellos que se atrevan á profanar su cuerpo y sangre preciosísimos, de los cuales no fue el Arca mas que una imperfectísima figura? Con todo, estos egemplares espantosos no te han de impedir que te llegues á ellos, sino solo moverte á que te dispongas con el mayor cuidado que puedas para recibirlos; seguro de que si santamente los recibes, serán para tí un manantial de gracias y de bendiciones.

Para disponerte á recibir con fruto los Sacramentos, y para conservar en tu ánimo la religion y la piedad, no hay cosa mas útil que la lec-

cion de buenos libros. Sus instrucciones saludables te pondrán á la vista tus obligaciones, y te animarán á cumplirlas. Serán otros tantos predicadores que fortalecerán tu alma contra los atractivos de los vicios y de los malos egemplos. San Agustin debió su conversion á los buenos libros que leia. Hallándose un dia en un huerto recostado al pie de una higuera, oyó una voz que repitió muchas veces estas dos palabras, *tolle, lege*, esto es, *toma, y lee*. Estaba á la sazon lleno de dudas y de confusiones, nacidas de la resistencia de su corazon para convertirse, y acordándose al oir dichas palabras de que San Antonio se habia convertido leyendo el Evangelio, tomó el libro de las Epístolas de San Pablo, que tenia alli mismo, leyó el primer capítulo que se le presentó, y tropézó precisamente con uno en que se reprendian sus desórdenes, y se le hacia patente la obligacion de vivir santa y cristianamente. Esto bastó para desvanecer todas sus incertidumbres; sintióse inflamado de un extraordinario valor, y empezó desde aquel punto

á renunciar al mundo y á sus pasiones para consagrarse totalmente al servicio de Dios. ¿Y en qué hubiera parado si hubiera resistido á la voz milagrosa que le hablaba? Quizás ¡ay Dios! hubiera quedado para siempre en el camino de la perdicion, y jamas se hubiera convertido. Haz pues cuenta de que la religion y la piedad te dirigen las mismas palabras que á San Agustin, *tolle*, *lege*. Imita su docilidad; consagra á lo menos un cuarto de hora al dia á leer algun buen libro; y los frutos que este corto trabajo te producirá, te convencerán mejor que todas mis ponderaciones de la utilidad de este santo egercicio.

Otra piadosa práctica que quisiera yo inspirarte, y á la cual te debieras entregar con el mayor esmero, es la devocion á la Vírgen Santísima. Esta Señora es madre de Dios, y madre de los hombres, y por consiguiente madre tuya, y asi es muy justo que la honres, y singularmente implores su poderosa proteccion. Todos los Santos se han distinguido en tener para con esta Señora la mas tier-

na devocion, y han conseguido por su medio los mas señalados favores. Santo Tomás de Aquino aseguró al tiempo de morir, que jamas habia dejado de lograr cosa alguna que hubiese pedido á Dios por la intercesion de María. De Alberto el Grande se cuenta que debió á esta misma devocion los rápidos progresos que hizo en las ciencias. Cansado de las dificultades que hallaba en el estudio, pensó en renunciar al estado religioso, y volverse al mundo; pero la Vírgen Santísima, á quien singularmente veneraba, se le apareció en sueños, y prometiéndole que no hallaria en adelante su entendimiento los mismos obstáculos en el estudio de las ciencias, para hacerle ver que únicamente debia este favor á su intercesion, le anunció que llegaría algun dia á olvidar todo lo que hubiese aprendido: lo que se verificó al pie de la letra; pues dicho sabio despues de haber brillado mucho tiempo por su erudicion, perdío de tal manera la memoria, que no le quedó el menor recuerdo de todo lo que habia aprendido. Seria necesario un volumen

entero para manifestarte las gracias particulares que han debido á María sus fieles devotos. Algunos ilustrados por su medio con celestiales luces han reconocido claramente el estado á que Dios los llamaba. Otros con su auxilio han conservado su inocencia en medio de las mas violentas tentaciones. Todos en fin, á proporcion de sus necesidades, han experimentado los saludables efectos de su proteccion. ¿Y por qué no los has de experimentar tú igualmente? ¿Qué no debes esperar de una madre tan tierna, si la invocas con humilde confianza? Los niños son singularmente objetos de su predileccion; se complace en admitir sus rendimientos, y en abrigar su inocencia bajo su poderoso amparo. Procura pues merecerlo con una fiel y continua devocion. No dejes pasar dia alguno sin honrar á María por medio de algunas particulares oraciones, y celebra todas sus fiestas con la mas tierna devocion. Jamas la invocarás en vano; y si te portas con esta Señora como un hijo obediente y zeloso en servirla, encontrarás en ella el cariño de una tierna madre.

El Angel que Dios ha destinado para asistirte y para velar en tu conservacion y salvacion, debe tener tambien parte en tus cultos. Ya sabes lo que en otro tiempo hizo el Arcángel San Rafael con el jóven Tobías. Le guió en su largo viage, le libertó del furor del monstruoso pez que iba á devorarle, le dió los mas prudentes consejos para que no cayese en los lazos que le armó el ángel de las tinieblas; por último, le volvió sano y alegre á casa de sus padres. Pero Tobías por su parte lleno de agradecimiento miró como su primera obligacion, luego que estuvo en su casa, el corresponder á su santo conductor, y le ofreció inmediatamente la mitad de sus bienes. Tú tambien has recibido, aunque de un modo invisible, de tu Angel custodio los mismos favores que Tobías en otro tiempo. No ha dejado un momento de protegerte y de velar en beneficio tuyo. Mil veces te ha libertado de la cruel garganta del pecado, monstruo infinitamente mas funesto que el que acometió á Tobías. Mil veces, inspirándote saludables pensamientos, te ha he-

cho evitar los lazos del demonio, y siempre está dispuesto á hacerte experimentar los saludables efectos de su proteccion. Imita pues la juiciosa conducta de aquel piadoso Israelita, y profesa á tu Angel custodio el mismo reconocimiento y amor que él manifestó á su santo protector. No exige el santo Angel parte alguna de tus bienes; pero sí desea y merece tu reconocimiento, tu respeto, tu amor y tu confianza. No se los niegues, ni dejes de implorar su asistencia todos los dias, especialmente por la mañana y por la noche. No omitas en fin, amado Teotimo, cosa alguna de las que puedan alimentar y aumentar tu piedad. Acuérdate que sin ella nada hay sólido, y que de ella depende tu felicidad en esta vida y en la otra.

** Los egercicios de piedad, amado Teotimo, son unos remedios establecidos para perseverar en el propósito firme de no ofender á Dios. A este fin se han explicado los saludables efectos que produce la oracion, devota y frecuente, por cuyo medio pidiendo fortaleza y gra-

cia contra el pecado, y gustando de las dulzuras del Espíritu Santo, se consigue facilmente dejar las ilusorias del mundo, alcanzar el espíritu de la devocion que nos dispone para todo bien; y conservar la amistad de Dios. Tambien es necesario huir de todas las ocasiones del pecado, de las malas compañías, juegos, conversaciones, y comunicaciones sospechosas; acostumbrarse al uso de los Santos Sacramentos, que son remedios establecidos para curar los pecados cometidos, y preservar los de porvenir: ocuparse en obras de piedad; en la práctica de egercicios honestos; y en la lectura de libros devotos: *porque el jóven ocioso, es como la tierra viciosa, que no produce otros frutos que espinas y abrojos.*

CAPITULO III.

De la inocencia.

No tengo otra cosa que encargarte con mas encarecimiento, ó amado Teotimo, despues de la piedad, cuya importancia y necesidad te he demostrado, que la conservacion de la

inocencia. Esta virtud es el principal adorno del hombre, que le iguala de algun modo á los Espíritus celestiales. Por ella mereció San Juan Evangelista ser el favorito de Jesucristo, y descansar sobre su pecho. En una palabra, en ella consiste nuestra gloria y nuestra felicidad. Nada son las ventajas mas preciosas en comparacion de este tesoro inestimable que posees. Asi, si fuese necesario, todo lo debieras perder por conservarlo. Mientras lo poseas serás sobradamente rico; pero si lo pierdes, lo perdiste todo.

Adan y Eva gozaron de la suerte mas feliz mientras se mantuvieron en el estado de inocencia. Libres de las pasiones, de las enfermedades y de la muerte, lograban la vida mas tranquila en un jardin delicioso y fértil, que sin necesidad de cultivo producia todo género de frutos. No los incomodaba el calor del estío ni el frio del invierno. Gozaban de una primavera continua, y todos los animales estaban obedientes á su imperio; nada faltaba á sus deseos, nada

se oponia á sus inclinaciones. Pero apenas perdieron la inocencia cuando fueron arrojados de aquel delicioso vergél, se esterilizó la tierra, experimentaron los rigores de todas las intemperies, se desenfrenaron sus pasiones para atormentarlos, quedaron sujetos á las enfermedades y á la muerte, y en lugar de su pasada felicidad, llovieron sobre ellos todos los males.

Ve aqui, amado Teotimo, una descripcion exacta de lo que te sucederá tambien si llegas á perder el precioso tesoro de tu inocencia. Te cerrarás tú mismo las puertas del cielo, quedarás privado de la amistad de Dios, y hecho esclavo del demonio y del pecado. Dios te libre de experimentar jamas tan funesta desgracia. Hijo mio, decia en otro tiempo la Reina Blanca á San Luis cuando era de tierna edad, ya ves lo que te quiero, pues á pesar del amor con que te miro, mas querria verte espirar delante de mis ojos, que incurrir en un solo pecado mortal. No tengo reparo, amado Teotimo, en repetirte

lo mismo; sí por grande que sea la amistad que te profeso, mas quisiera verte privado de la vida que de la inocencia; porque la pérdida de la vida interesa solamente al cuerpo; pero la de la inocencia interesa al alma, y la expone á una desgracia eterna.

Por esta razon vemos que todos aquellos que han estado penetrados de verdadero amor á la religion y de temor de Dios, han preferido cuando ha sido necesario los suplicios y la muerte al pecado. Asi leemos que José mas quiso exponerse á ser calumniado, maltratado y encerrado en un oscuro calabozo, que cometer el delito que se le proponia. Una infinidad de jóvenes de ambos sexos le han imitado, y han padecido los mayores tormentos por no perder la amistad de Dios. En confirmacion de esto me contentaré con citarte el memorable egemplo que dieron al mundo los siete hermanos Macabeos.

Queriendo obligarlos el impío Antíoco á comer de un manjar prohibido entonces por la ley de Dios, respondieron unánimes los generosos her-

manos que mas querian morir que ofender al supremo Dueño del universo. El tirano al oir esta respuesta mandó preparar todo género de instrumentos para atormentarlos; pero ni los potros, ni las ruedas, ni las calderas encendidas pudieron hacer titubear la constancia de los seis primeros, muriendo todos sucesivamente, gozándose de su dichosa suerte. Quedó el mas jóven; y viendo Antíoco que no habian cedido los otros á los tormentos, se valió para con él de las caricias y de las mas lisonjeras promesas. Hizo venir al mismo tiempo á su madre para que le exhortase á obedecer á sus órdenes; pero la virtuosa madre en lugar de coadyuvar á las intenciones del tirano, no habló á su hijo sino para animarle á seguir el egemplo de sus hermanos, y á morir como ellos en defensa de las sagradas leyes, mostrándole el cielo, en donde antes de mucho habia de recibir el premio debido á su valor. No fue inútil la exhortacion; el piadoso jóven mirando con igual desprecio promesas y amenazas, pro-

testó sin rebozo que no obedeceria á las órdenes de Antíoco, sino á la ley de Dios. Irritó esto de tal manera al impío Monarca, que soltando la rienda á todo su furor, mandó á los verdugos que agotasen su rabia sobre aquella tierna víctima, que sufrió la muerte con la mas heroica constancia.

Ve aqui lo que costó á aquellos jóvenes mártires la conservacion del precioso tesoro de la inocencia. Regularmente no tendrás tú que padecer tales combates, ni que hacer tan grandes sacrificios para conservar la tuya. Pero no debo disimularte que necesitarás del mayor cuidado para no perderla. Es esta virtud una hermosa flor adornada de los mas vivos colores, y que esparce muy lejos el mas agradable olor; pero el menor vaho puede marchitarla, y el mas leve soplo basta para derribarla ó tronzarla. Una conversacion indecente, un mal egemplo, una mala compañía son bastantes para despojarte de la preciosa túnica de tu inocencia. A pesar de esta delicadeza estás obligado á conservarla pura y sin mancha. Si Dios te ha revestido de ella

ha sido con esta preciosa condicion, y llegará el dia en que te pida cuenta de ella.

Despues que los hijos de Jacob vendieron á su hermano José á unos mercaderes Ismaelitas, para ocultar este delito á los ojos de su padre, que le amaba con particular cariño, se quedaron con su túnica, y manchándola con la sangre de un cordero, se la enviaron con un criado, diciéndole por su medio, *esta túnica hemos encontrado, mira si es la de tu hijo.* ¡*Triste de mi*! exclamó el padre, ¡*demasiado la reconozco*! ¡*Pero en qué estado la veo*! *No hay remedio, José ha perecido, alguna fiera lo ha devorado.* Interrumpieron los suspiros y sollozos estas tristes palabras, y no hubo medio de calmar el dolor del afligido padre.

Pues haz tú tambien cuenta que llegará dia en que los Angeles presenten la túnica de tu inocencia ante el tribunal del supremo Juez, diciéndole como á Jacob: mirad, Señor, si es ésta la túnica de vuestro hijo. ¿Y qué desgracia seria la tuya si la viese manchada y teñida en sangre? Serias per-

dido para siempre, porque en el reino de Dios no puede entrar cosa manchada, y para ser admitido en él es preciso haber conservado la inocencia, ó haberla recobrado por medio de la penitencia. Cuida pues de que no se diga de tí lo que de José, *alguna fiera lo ha devorado.* El monstruo cruel que puede devorarte es el pecado. Continuamente te rodea para sorprenderte. Huye de él con el mismo cuidado que de una serpiente venenosa; y usa para librarte de los dos medios que Jesucristo nos propone para conservarnos en la inocencia, esto es, de la oracion y vigilancia.

Como nada podemos sin el socorro de Dios, y á cada paso damos las mas crueles caidas, sino nos sostiene su gracia, es preciso que la pidas continuamente, y no dejes pasar dia alguno sin rogar muchas veces al Señor, sobre todo por la mañana y por la noche, por medio de esta corta y adecuada oracion, de que continuamente usaba el jóven Ubaldino, muerto en opinion de santo á los diez y siete años de edad: *Quitadme antes la*

vida, ó Dios mio, que permitir que pierda mi inocencia. Añade la frecuencia de Sacramentos á la oracion. Todos los Santos Padres han mirado el Sacramento de la Eucaristía como uno de los medios mas eficaces para conservar la inocencia: este divino Sacramento, al paso que nos hace impenetrables al fuego de las tentaciones, obra en las almas de los que le reciben dignamente lo que obró en otro tiempo en el cuerpo de un niño, libertándole del furor de las llamas. Ve aqui como cuentan este suceso muchos Historiadores eclesiásticos.

Era costumbre antigua de la Iglesia Griega el consagrar el sacratísimo cuerpo de nuestro Señor Jesucristo con pan fermentado, como el que comemos ordinariamente; y cuando despues de comulgar los fieles sobraban algunas partículas de este pan consagrado, llamaban algunos niños pequeños de la escuela, y se las hacian comer. Vino para este efecto un dia, entre los demas, un hijo de un vidriero judío. Este niño, que ignoraba nuestros santos misterios, despues de haber re-

cibido como los demas en la Iglesia la sagrada Eucaristía, volvió á su casa. Preguntóle su padre por qué habia tardado tanto en volver, y el niño le contó sencillamente lo acaecido. Bastó esto para irritar al fanático judío de tal manera, que cogiendo enfurecido al niño, le arrojó en el horno encendido que le servia para fabricar el vidrio. La madre echando menos al hijo, ignorando lo que le habia sucedido, corrió toda la ciudad buscándole, derramando un rio de lágrimas, é implorando el socorro del cielo con voces interrumpidas por sus sollozos: al tercer dia, desesperando ya de hallarlo, y encontrándose llena de dolor á la puerta de la vidriería de su marido, repetia continuamente el nombre de su hijo, que oyéndola, le respondió de dentro del horno. La pobre madre llena de gozo rompe la puerta, y viendo á su hijo sin la menor lesion encima de las ascuas, le pregunta cómo es que el fuego no le habia dañado, á lo que el niño, contándole el suceso, satisface diciendo: Una muger vestida de púrpura ha ve-

nido á visitarme muchas veces, me ha dado agua para apagar las llamas que me rodeaban, y me ha traido de comer cuando lo he necesitado. Habiendo llegado este milagro á oidos del Emperador Justiniano, mandó que bautizasen á la madre y al hijo, que lo deseaban, é hizo castigar con pena de muerte al padre, que de ningun modo quiso hacerse cristiano.

Pero no basta orar y frecuentar los Sacramentos. Dios no lo ha de hacer todo. Es menester que por tu parte veles sobre tí mismo, y guardes con especialidad tus sentidos para no ver ni oir cosa alguna que pueda perjudicar á tu inocencia. Una mirada sola bastó para perder á David. Hasta entonces habia sido un modelo de inocencia y de piedad; pero por desgracia suya se detuvo á considerar con atencion un objeto peligroso; y esta sola imprudencia fue suficiente para hacerle cometer dos delitos enormes. Y si este santo Rey se dejó seducir tan fácilmente, ¿qüé no debes temer tú, si no haces, como Job, un pacto con tus ojos para no mirar

cosa alguna que pueda inclinarte al pecado? Esta vigilancia es el único medio para libertarte de los tropiezos en que caen todos los dias tantos jóvenes, que apenas llegan al uso de la razon, cuando se sirven de ella para ofender á Dios.

No puedo persuadirme, amado Teotimo, que hasta ahora hayas incurrido en tal desgracia. Tengo demasiado buen concepto de tu religion y de tu virtud para creerlo; pero si por desdicha hubieses manchado la preciosa túnica de tu inocencia con algun pecado grave, ya sabes que Dios en el Sacramento de la Penitencia nos ha dejado un remedio saludable para purificarnos y curarnos; y asi acude inmediatamente á él. Si vieras tu cuerpo acometido de alguna enfermedad peligrosa, ¿qué prisa no tendrias para llamar al médico, y tomar los remedios necesarios á fin de recobrar tu salud? ¿Pues cuánto mas debes apresurarte para remediar los daños de tu alma? La herida que en ella hace el pecado es mil veces mas peligrosa y funesta que todas las

enfermedades del cuerpo. A cada instante estás expuesto á que te sorprenda la muerte; ¿y qué seria de tí si murieses en pecado?

Espero en el Señor que no experimentarás tan triste suerte, persuadido de que aun posees el precioso tesoro de la inocencia, ó que á lo menos si has tenido la desgracia de caer en pecado, habrás tenido cuidado de purificar tu alma por medio de una sincera penitencia. Asi, me contentaré con esforzarme á precaverte contra los escollos que estás expuesto á encontrar, y que puedan ser funestos á tu inocencia. Estos escollos son los amigos viciosos, y los malos libros. En los dos capítulos siguientes verás cómo debes pensar acerca de ellos.

** Considera, amado Teotimo, que la inocencia es un don del cielo, y una gracia especial que no podemos atribuirla á nosotros mismos, que debemos por lo tanto suplicar á Dios nuestro Señor de contínuo, y con lo mas profundo de nuestro corazon, se digne de afirmarla;

y radicarla mas y mas en nuestra alma. Con este divino auxilio, el hombre justo é inocente será como el leon valiente que no conoce el miedo; todos los placeres y riquezas del mundo los mirará con astío y desprecio; atenderá y cuidará solo de poseer y disfrutar tan precioso tesoro: se hallará siempre contento y tranquilo sin que las agitaciones del mundo sean capaces de turbar su reposo, ni la nube densa de las pasiones de obscurecer el resplandor de su inocencia; y se verificará aquella sentencia del Espíritu Santo. *„El que vive con inocencia y sencillez se salvará; el que anda por caminos torcidos al cabo caherá."*.

CAPITULO IV.

De las malas compañías.

El Espíritu Santo nos asegura que no hay tesoro, por precioso que sea, que pueda compararse á un amigo prudente y virtuoso. El que lo es, toma parte en nuestros trabajos, nos consuela en nuestras aflicciones, nos ilumina con prudentes consejos, y

nos inclina á la virtud con su egemplo. Tal era Jonatás respecto de David, y David para con Jonatás.

Pero si es tan útil la amistad con los buenos, no hay cosa mas perjudicial que la que se contrae con los malos.

Menos debes temer á un enemigo declarado que á un amigo vicioso. Del primero siquiera desconfiarias, y tomarias precauciones para evitar sus asechanzas. Del segundo al contrario, no recelándote de él, y tratándole familiarmente, aprenderias insensiblemente las máximas mas perniciosas, imitarias su perverso egemplo, y poco á poco te harias semejante á él. El egemplar de Nerón basta para hacernos palpable esta verdad.

Mientras este jóven Príncipe se gobernó por los consejos de Burrho y Séneca, que estaban encargados de su educacion, fue admirado de todo el mundo por su mansedumbre y clemencia. Habiéndosele presentado un dia uno de sus ministros para que firmase una sentencia de muerte, dijo estas admirables palabras: *ojalá no su-*

piese escribir. En otra ocasion escribió á uno de los gobernadores de sus provincias, que habia aumentado considerablemente los impuestos, que era menester esquilar las ovejas, pero no desollarlas; dándole á entender con esto, que no era razon incomodar y arruinar los pueblos con contribuciones demasiado crecidas. Pero apenas empezó á dar oidos dicho Príncipe á los cortesanos aduladores y viciosos que le rodeaban, cuando, dejada á un lado la humanidad y clemencia, se convirtió en un leon furioso, que no podia alimentarse sino de sangre y de matanza. La nobleza y el pueblo, y especialmente los cristianos, fueron sacrificados sucesivamente á su crueldad. Dió muerte no solamente á Burrho y á Séneca, sino á su misma madre Agripina y á Octavia su muger. Llegó al extremo de decir muchas veces, que deseaba que todo el género humano no tuviese mas que una cabeza para tener el gusto de cortarla. Fue tal en fin su barbarie é inhumanidad, que hizo pegar fuego á Roma, para tener el gusto de contemplar desde

una alta torre el incendio, entreteniéndose en cantar un poema sobre la ruina de Troya mientras que las llamas devoraban la ciudad.

No fue menos funesto para Joas, Rey de Judá, el trato con los malvados. Este jóven Príncipe gobernó con el mayor juicio mientras siguió los consejos de Joyada, que ademas de haberle libertado del furor de Atalía, le habia colocado en el trono. El trato con este hombre virtuoso le hizo tomar gusto á la piedad y á la virtud. Pero muerto Joyada, tardó poco en mudar de conducta, y dió á conocer con su egemplo, que somos buenos ó malos segun con quien tratamos; porque habiendo venido á hacerle la Corte los Grandes de su reino, se dejó seducir por sus viles adulaciones, y colocó á algunos de aquellos hombres viciosos en el número de sus amigos.

Esta fue la época de sus desórdenes. Abandonando desde entonces el culto del verdadero Dios, se entregó al de los ídolos, y llegó á tal extremo su depravacion, que quitó la vida

al hijo del mismo Joyada á quien debia la corona.

Estas mutaciones te parecerán quizas extraordinarias; pero no deben admirarte. Un amigo vicioso es como un hombre que adolece de una enfermedad pegajosa; contagia á todos los que se le acercan; y asi del mismo modo que huirias con la mayor precaucion de cualquiera que padeciese una enfermedad epidémica, debes evitar el comercio y la amistad de los que tienen costumbres depravadas.

Este era el concepto que hacian de las malas compañías San Basilio y San Gregorio, cuando estudiaban en Atenas, siendo de tu misma edad: *Huíamos*, dice San Gregorio, *cuidadosamente de todo trato con aquellos compañeros que eran insolentes y violentos, y de malas costumbres; y solo teníamos amistad con aquellos que por su modestia, su moderacion y su juicio podian ayudarnos y mantenernos en los buenos própositos que teníamos de hacer una vida arreglada; conocíamos muy bien que los malos egemplos se comunican facilmente como las enfer-*

medades contagiosas. ¿Quieres ver un símil palpable, que te haga conocer mejor el peligro de las malas compañías? Mezcla frutas sanas con otras corrompidas, verás como en todas se introduce la podredumbre, y quedan enteramente perdidas. Este fue el símil de que se valió un prudente padre para retraer á su hijo de las malas compañías. Ve aqui el suceso.

FABULA III.

Las naranjas.

De la orilla del Tajo un buen vecino
Tenia un hijo, en quien unió el destino,
Sin egemplar, talento y hermosura,
Al candor la inocencia y la dulzura:
Un fenix en su tiempo era el chiquillo;
Mas por desgracia suya habia dado
En tratar con algunos calaveras
De su edad, cuyo egemplo depravado
Su corazon sencillo
Podia corromper muy facilmente.
El padre procuró con todas veras
Cortar esta amistad; mas vanamente,
Pues de su justo zelo

Y sus sermones se burló el mozuelo.
»¡Por qué, le dijo un dia,
Me exhorta usted á dejar tal compañía!
Si usted á mis amigos conociera,
Para otros su consejo guardaria;
Son buenos, y aunque alguno no lo fuera,
Frecuentándome á mí se corrigiera.»
Asi hablaba el tontuelo
De una falsa confianza prevenido:
Su padre cada vez con mas rezelo,
Al ver al niño en tal peligro puesto,
Hizo el desentendido,
Y buscó otra ocasion mas favorable
Para darle el consejo saludable.
Estando ausente el jóven, llenó un cesto
De fruta delicada,
Naranjas, que á la vista parecian
De oro puro, que en nada cederian
A las que presentó la fabulosa
Huerta de las (1) Hespérides famosa;
Entre ellas, dos ó tres puso el anciano
Exprofeso, que ya descoloridas,
Mostraban estar dentro corrompidas,
Y entregó el cesto al jóven: muy ufano

(1) Huerta fabulosa colocada por los Poetas en España, en la que dicen habia árboles que daban manzanas de oro.

De tal regalo, comenzó á mirarlas,
Y viéndolas que ya iban á perderse,
„Padre, exclamó de sentimiento lleno,
¿Qué ha hecho usted? si estas van á corromperse.
Con esas buenas, ¿para qué mezclarlas?
Asi se volverán todas veneno:
No, dijo el padre: tu temor es vano:
Verás todas las malas componerse
Con el suave aroma de las buenas.
Al contrario, señor: lo que está sano
Se podrirá, replica el desbarbado,
Al lado de esas tres que estan dañadas."
Redúcese por fin á duras penas.
A aguardar por un tiempo limitado;
Coge el padre una llave, y bien cerradas
Las deja, hasta que el tiempo suficiente
Para lograr su intento haya pasado:
Parece un siglo al jóven impaciente;
Llega en fin el instante suspirado;
Dale el padre la llave; él se apresura;
Apenas puede hallar la cerradura:
Abre por fin, y encuentra ¡oh vista horrible!
Todo hecho una confusa podredumbre.
Lleno de pesadumbre,
Murmura de su padre, y se lamenta;
„¿No dije (exclama) á usted que era imposible
Que asi quedase sana ni una sola? (posible

Pero usted de mi dicho no hizo cuenta.»
El sabio padre, al ver tal bataola,
»Sosiégate, le dice, hijo de mi alma:
Tu sentimiento calma;
Si yo de tus prudentes reflexiones
Tocante á las naranjas no hice aprecio,
Tú con igual desprecio
Trataste mis consejos y razones,
Cuando pronostiqué que llegaria
Tiempo en que tus amigos corrompiesen
Tu pureza, á no huir su compañía:
Esta fruta perdida es facil cosa
Resarcirla con otra mas hermosa;
Mas si en tu corazon se introdujesen
Los vicios, y manchasen tu inocencia,
¡Cuál mi dolor seria!
¡Cómo desgracia tal remediaria!"
Esto bastó para que comprendiese
El jóven el enigma y la advertencia;
Y este lance instructivo
Fue antídoto y total preservativo
Para que de los malos siempre huyese.
El egemplo á vosotros se dirije,
¡Oh jóvenes! grabad esta importante
Máxima en la memoria,
Que está harto acreditada por la historia.

Rara vez el malvado se corrige

Aunque trate con buenos; y es constante
Que siempre el bueno se pervierte y daña
Cuando con los malvados se acompaña.

No me cansaré de exhortarte á que te acuerdes á menudo de este suceso. Ningun símil hay mas propio para darte á conocer el peligro de las malas compañías; pero con todo, aun hay alguna diferencia entre las frutas pasadas y los amigos viciosos; pues aquellas á lo menos manifiestan claramente su mal estado. Las manchas lívidas de que las vemos cubiertas, nos dan á conocer facilmente su interior podredumbre; en lugar que los amigos viciosos parecen muchas veces muy distintos de lo que son. Ocultan los desórdenes de su corazon bajo el velo de la modestia y de la honradez. Son lobos hambrientos, que se cubren con pieles de oveja para poder devorar con mas facilidad los tiernos corderillos. No te fies pues de su exterior engañoso: no juzgues por sus modales de sus costumbres; antes bien atente al concepto de los que los conocen, y te avisan que evites su trato.

La fábula siguiente te dará á conocer cuán peligroso es escoger sin precaucion un amigo.

FABULA IV.

El raton y el gato.

Un ratoncillo jóven é inexperto
En las cosas del mundo,
Cansado de vivir en un profundo
Abismo con sus padres encerrado,
Se escapó una mañana, y muy despierto
Comenzó á corretear con alegría
El campo dilatado,
Que á su admirada vista se ofrecia.
Descubrió no muy lejos casualmente
Otro animal de venerable gesto:
Su mirar inocente
Y grato, su magnífico ropage,
Y aun su modo de andar grave y modesto,
Dejaron al bobillo embebecido,
Y deseoso de amistad y trato
Con tan benigno y santo personage,
Y era no menos que un famoso gato,
Por nombre Ratizampa, conocido
Por el Neron de ratas y ratones;
Que á pesar de su santa catadura
Sin piedad á docenas se mamaba.

Mas nuestro ratoncillo, que ignoraba
Sus tretas y perversas intenciones,
Totalmente fiado en su dulzura
Y humildad aparente,
En su lengua ratona inreriormente
Decia: »¡Qué señor tan apreciable!
¡Qué trato será el suyo tan amable!
Por feliz me tendria
En gozar su amistad y compañía.»
Se acerca al decir esto reverente
Al santo, que dejando de repente
La mansedumbre á un lado,
Fiero sobre él se arroja, y al cuitado,
Sin mascarlo, en el vientre lo sepulta.

Jamas fiemos solo en la apariencia;
Que muchas veces la maldad se oculta
Con capa de virtud y de inocencia.

Imprime cuidadosamente en el fondo de tu corazon estas saludables máximas, y procura conformarte á ellas. De este cuidado depende principalmente la conservacion ó la ruina de tu inocencia; porque segun el oráculo infalible del Espíritu Santo, *serás bueno con los buenos, y malo con los malos.* Por mas virtuoso que hayas

sido hasta aquí, una mala compañía bastaria para perderte. La experiencia nos enseña todos los dias que la mayor parte de los jóvenes naufragan en este escollo: yo mismo he visto perecer en él á infinitos; y si no te hace fuerza mi testimonio, mira lo que dice Gersón del trágico fin de un jóven ilustre por su nacimiento.

Habia sido dicho jóven por mucho tiempo un modelo de inocencia y de piedad; pero por desgracia suya contrajo estrecha amistad con un sugeto vicioso y entregado á la mayor disolucion. Las conversaciones y los malos egemplos del perjudicial amigo tardaron poco en contagiar su entendimiento y su corazon. En lugar de aquella moderacion, y de aquella modestia, que hasta entonces le habian hecho admirar, se notó en él un total abandono á los mas vergonzosos desórdenes. No anhelaba otra cosa que juegos, diversiones y deleites. Todos los esfuerzos de sus padres, amigos y maestros para apartarlo del camino del vicio fueron vanos; los mismos obstáculos que hallaba ser-

vian de nuevo incentivo á sus pasiones; y en fin, perseveró impenitente hasta la muerte. Sobrecogido de una violenta enfermedad, habiéndose presentado un Sacerdote para exhortarle á reconciliarse con Dios, se negó totalmente á oirle, y avivando el caritativo Eclesiástico sus exhortaciones, al paso que le veia mas endurecido; el desgraciado jóven, atormentado de los remordimientos mas crueles, se volvió al fin á mirarle con semblante furioso, y le dijo estas terribles palabras: ¡*Infeliz del que me ha seducido! Son demasiado grandes mis delitos para esperar su perdon. Veo ya el infierno abierto para recibirme*. Despues de haber pronunciado estas palabras, se volvió del otro lado para no oir las voces del Sacerdote; y al cabo de un instante espiró lleno de la mas horrible desesperacion.

Ve aqui, amado Teotimo, el fruto de las malas compañías. Asi se cumple el oráculo del Espíritu Santo, que dice, *que el que ande con la pez, se manchará los dedos*, esto es, que el que trate con amigos vicio-

sos, contraerá sus vicios y defectos. No extrañes pues que me haya detenido tanto en un asunto de tanta importancia. Me lisonjearia de haber asegurado tu inocencia si supiera de fijo que te habia inspirado un eficaz horror á las malas compañías. Con todo queda aun otro escollo, que debes evitar con igual cuidado: este es el de leer malos libros; de lo que ahora te voy á hablar.

** Advierte, amado Teotimo, que un mal amigo nos precipita en todo género de desgracias, y los golpes que descarga, son tanto mas peligrosos, cuanto que descienden con nosotros al abismo que nos labra. La complacencia arrastra; y cuando llegamos á conocer que hemos sido engañados, no tenemos valor para librarnos del estrago. No te dejes seducir del rostro agradable; de la conversacion elocuente; ni del ingenio brillante: *la experiencia del mundo enseña, que no hay cosa tan falsa, como la lengua y la fisonomía.* Procura pues huir de la brillantez de estas aparentes exterioridades. Observa que aquellos que se crian

en el libertinage; y que se entregan á los placeres, deleites, y disipaciones, son malos amigos, y se complacen en formar discípulos de sus disoluciones. Ellos son los mas exaltados en sus opiniones, y aunque procuran disfrazarlas para hacer mas perceptible el veneno, concluyen siempre hablando de cosas que ofenden á la religion, á la sana moral, ó á las buenas costumbres. Sus vicios los pintan como si fuesen virtudes; y asi es, que el incrédulo te dirá, que no hay otra dicha, como el deleite; otra alma que los sentidos, ni otro Dios que el mundo: el jugador te persuadirá que el juego es muy á propósito para la reunion de las mejores sociedades; que es agradable, y seguro asilo contra las desgracias, y el enojo: y por este órden cohonestan y disfrazan los demas vicios *para lograr la presa de la inocente víctima.*

CAPITULO V.

De los malos libros.

Son los libros para el alma lo que los alimentos para el cuerpo. La sus-

tentan y la fortalecen; pero asi como hay alimentos que en lugar de contribuir á la salud del cuerpo, solo sirven para debilitarla y arruinarla; del mismo modo, amado Teotimo, hay libros que en lugar de ilustrar y perfeccionar nuestra alma, no son del caso sino para corromperla y cegarla. Tales son las novelas, las poesías amorosas, y generalmente todos los escritos perjudiciales á la religion y á las costumbres. Sí, amado hijo, todos los libros de esta clase contienen un veneno sutil, que se insinúa insensiblemente en los corazones de los que los leen, y produce en ellos el mayor fastidio para todos los actos de piedad, y el amor á los deleites, que destruye todas sus buenas inclinaciones. Pudiera citarte muchos egemplos en confirmacion de esta triste verdad. Conozco muchos jóvenes que la han experimentado á costa suya. Me acuerdo en particular de uno á quien los malos libros pervirtieron totalmente. Estaba lleno de la mas sincera piedad; pero al mismo tiempo era aficionadísimo á leer, y

leia sin discernimiento cuantos libros caian en sus manos: tropezó lastimosamente con algunos de aquellos que parecen haber sido vomitados por el infierno para pervertir la juventud. Al principio los manejaba sin conocer el peligro; pero poco á poco se aficionó á ellos, y comenzó, digámoslo asi, á tomarles el gusto. Desde esta época empezó á enfriarse en la piedad, dejó de acudir á los Sacramentos con aquella frecuencia que solia; y al cabo abandonó todas sus devociones, y mudó enteramente de conducta. Los que velavan sobre su educacion no sabian á qué atribuir tan repentina mudanza, y mucho mas viendo que no andaba con malas compañías, hasta que un dia él mismo declaró impensadamente el motivo, propalando en la conversacion una perniciosa máxima que habia leido en un libro malo que citó. El superior del Colegio que le oyó fue inmediatamente á registrar su estante, en el que halló varias novelas y escritos escandalosos. Reprendióle severamente, y le hizo presentes las

funestas consecuencias de semejantes lecturas: convino en ello el jóven, y aun le confesó con sinceridad, que la lectura de estos libros perniciosos era el orígen de su depravacion; pero como somos mas inclinados al mal que al bien, se habian impreso tan profundamente en su ánimo las malas ideas que habia bebido en aquellos libros, que le costó muchísimo trabajo borrarlas de él, ó quizá jamas lo consiguió.

Me lisonjeo, amado Teotimo, que no te sucederá lo que á este infeliz jóven: pero no respondo de tu virtud, sino con tal que evites cuidadosamente la lectura de todo libro vicioso; porque producirá en tí los mismos efectos que ha producido en tantos jóvenes cuya perdicion ha ocasionado.

La fábula nos cuenta que habia en otro tiempo una fuente que volvia frenéticos á los que bebian sus aguas: esta fuente representa á lo vivo los malos libros, cuya lectura corrompe nuestro entendimiento y nuestro corazon.

Huye pues de ellos con el mismo horror que de un vaso emponzoñado.

Miralos como otros tantos lazos armados contra tu inocencia; y si alguna vez llega alguno á tus manos, imita la conducta de aquel santo jóven que habiendo hallado un dia una novela, apenas leyó su título, cuando la arrojó al fuego, y corrió á lavarse las manos solo por haberla tocado por el forro, dando á entender con esto cuan persuadido estaba de que no hay cosa mas perniciosa y mas funesta á la inocencia que los malos libros.

No faltará quien te diga para inclinarte á leerlos, que contienen cosas curiosas y bien escritas. Pero el veneno por agradable que parezca á los sentidos, no deja de ser veneno, y por esta misma circunstancia mas peligroso; asi aunque sean capaces de contentar la curiosidad, debes huir de ellos como del fuego. Mas te valdria permanecer toda tu vida en la mas crasa ignorancia, que comprar la sabiduría á costa de tu inocencia; pero, por mejor decir, no hallarás que aprender en esos malos libros, sino cosas que para siempre debieras ignorar. Te sucederia cuando los hubieses leido lo que á

nuestros primeros padres despues de comer la fruta vedada. Creian que aquel fatal bocado ilustraria su entendimiento. La infernal serpiente se lo habia persuadido. *Sereis*, les habia dicho, *como dioses*, *y alcanzareis la ciencia del bien y del mal.* Adan y Eva, fiados en su promesa, cogieron la dañosa fruta; pero apenas la probaron, cuando se vieron despojados de su inocencia, y sumergidos en un abismo de ceguedad y miseria.

Tales serian igualmente, ó amado Teotimo, las consecuencias de tu curiosidad. No te dejes pues seducir como nuestros primeros padres por las vanas promesas del espíritu tentador. Tienes como ellos delante de tus ojos mil frutas exquisitas; esto es, una infinidad de buenos libros, de que puedes lícitamente disfrutar, y que serán para tu alma un excelente alimento. Cíñete á estos: los demas son como la fruta vedada del paraiso terrenal, y puede decirse de ellos lo que Dios dijo á Adan de la tal fruta: *En el instante que la pruebes morirás.* Esto es, perderás la inocencia, que

es la vida de tu alma.

Pero como á veces son estos libros perniciosos dificultosos de distinguirse, y está oculto su veneno bajo un título engañoso que disimula su malicia, el partido mas prudente para no engañarte, es el de no leer libro alguno sin consultar antes alguna persona ilustrada y virtuosa, para saber si su lectura te será útil ó dañosa, y conformarte enteramente con su dictamen. Sin esta sabia precaucion te alucinaria facilmente el falso resplandor de algunos libros que al parecer no pueden contener cosa alguna perniciosa: te aficionarias á ellos sin sospechar el peligro, y experimentarias la misma suerte que el imprudente niño, cuyo suceso voy á contar.

FABULA V.

El labrador y el niño.

Lejos de maestros,
Y libre del aula,
Contento un muchacho
El campo paseaba.
Viéndolo cubierto

De bellas y extrañas
Flores, á cogerlas
Alegre se baja.
Llega á echar la mano
A una de las plantas,
Cuya flor hermosa
Los ojos encanta.
Un labrador viejo,
Que al chico miraba,
Viéndole en peligro
De alguna desgracia,
Le grita al instante:
»Digo, camarada,
No toques las flores,
Que te saldrán caras,
Que hay muchas culebras
Bajo de las matas,
Y á los que las tocan
Dan crueles picadas:
¡Y cuántos muchachos,
Por tenerlo á chanza,
Sacaron las manos
Bien ensangrentadas!»
Al oir estas voces
El niño se espanta,
Y del prado ameno
Muy lejos se aparta;
Mas vuelto del susto,

Cobrando confianza,
Del rústico juzga
Que el dicho es patraña;
Que para burlarse
De su edad temprana
Inventó el buen tio;
Y asi se abalanza
A coger las flores,
Dando vueltas varias,
Como mariposa
Que de una á otra pasa.
Una violeta
Va á coger gallarda,
Cuando una culebra
El ahijon le clava.
Llorando se vuelve
El tontuelo á casa,
Dando con su egemplo
Leccion adaptada
A jóvenes necios
Que su tiempo gastan
En leer libros llenos
De máximas malas,
Que como las flores
A la vista agradan
Con hermoso estilo,
Con frases limadas;
Mas debajo esconden

Sierpes enconadas,
Que á los que se acercan
Muerden y maltratan;
  Y al que se descuida,
Y luego no escapa,
Quitan venenosas
La vida del alma.

** Me parece, amado Teotimo, que no debes hacer cosa mas acertada, que entregarte al estudio, y sacrificar en su obsequio todo aquel tiempo de que puedas disponer: *El alma que no se ilustra, es como el cuerpo que no se alimenta.* La lectura recrea el espíritu, adorna la memoria, y enriquece la imaginacion; mas debes considerar que el acierto consiste en la buena eleccion de los libros que has de leer, entre tantos como se reproducen en el teatro del mundo. Te encargo pues, no compres alguno, sin consultar al menos con un sugeto hábil, instruido, honrado y virtuoso; y ten entendido, *que la buena eleccion, y no la multitud de libros, es la que adorna y rectifica el entendimiento.*

CAPITUTO VI.

De las obligaciones de los niños para con sus padres.

Tienes, ó amado Teotimo, un Dios á quien servir, y una inocencia que conservar. Estas son dos obligaciones indispensables; pero aun hay otra no menos necesaria; esta es la de honrar á los padres que te han dado la vida. Poco tendré que trabajar sin duda para moverte á cumplir con ella: sé que lo contrario repugna á tu corazon. Por consiguiente, no trataré de esta importante materia precisamente para despertar en tí los afectos regulares á todo hijo bien inclinado, sino para animarte á conservarlos durante toda tu vida; porque no es de temer que faltes á esta obligacion por ahora, sino en adelante. Demasiado comunes son los egemplares de hijos desconocidos, que por su indocilidad y desagradecimiento han llenado de amargura la vida de aquellos á quienes debian la suya. No quiero citártelos; son

monstruos que horrorizan, y merecen quedar sepultados en perpetuo olvido. Me debes demasiado buen concepto para creerte capaz de imitarlos. ¡Infelices! Mas te valdria haber perecido en el vientre de tu madre, que llenar su vida de amargura con una conducta indigna de un buen hijo.

Acuérdate pues que despues de Dios á nadie debes amar y honrar tanto como á los autores de tu nacimiento. Dios ha impuesto á todos los hombres esta obligacion por medio de un mandamiento expreso; pero aun cuando no lo hubiera mandado de este módo, bastaba para egecutarlo saber que despues de Dios les debes la vida, que te han cuidado en la niñez, que te han llevado en sus brazos, han enjugado tus lágrimas, te han alimentado y criado, y que continúan en velar sobre tu educacion, destinando sus trabajos y sudores á prepararte un establecimiento ventajoso. Todos estos beneficios son otras tantas voces sonoras, que te dan á entender que no puedes excederte en amarles, honrarles y obedecerles.

Jesucristo mismo nos ha dado este egemplo de filial obediencia. Siendo dueño de cielos y tierra, estando todo sujeto á su imperio, lo estaba él mismo, como nos dice el Evangelio, á José y á María su madre, habiendo pasado los primeros treinta años de su vida en su compañía, y únicamente ocupado en obedecerles.

Isaac habia dado ya en la antigua Ley un egemplo admirable de esta obediencia filial; porque habiéndole llevado su padre Abraham á un monte para sacrificarle, conforme á la órden que Dios le habia dado; el virtuoso hijo luego que lo supo, se sujetó humildemente á su voluntad, y se dejó atar sobre la pira, pronto á sufrir el golpe mortal que su padre iba á darle; pero Dios no quiso que recibiese la muerte en pago de tan generosa obediencia. Contento del sacrificio de su corazon, hizo oir su voz á Abraham en el instante en que levantaba el brazo para herir aquella inocente víctima. Le prohibió sacrificarla; y en premio de su fidelidad le prometió que derramaria sus

bendiciones sobre Isaac, que le daria una descendencia tan numerosa como las estrellas del cielo, y que todas las naciones serian bendecidas en uno de sus descendientes.

Asi se complace Dios en recompensar la sumision de los hijos obedientes á sus padres; cuando al contrario, hace llover castigos y maldiciones sobre aquellos que faltan á esta sagrada obligacion. El egemplo de Absalón prueba demasiadamente esta verdad. Este ingrato hijo llegó á tal extremo de indocilidad y de rebelion, que tomó las armas contra su padre, con ánimo de quitarle la vida. David se opuso á sus designios con las tropas que le quedaron fieles, recomendando con todo al General de su egército, que cuidase de conservar la vida á Absalón en caso que se consiguiese alguna ventaja contra él; chocaron ambos egércitos, y el de Absalón, aunque mas numeroso, fue derrotado enteramente: el mismo jóven Príncipe se vió obligado á ponerse en salvo; pero al pasar montado en una velocísima mula por de-

bajo de un róble muy frondoso, su cabello, que era sumamente largo, se enredó en las ramas, y siguiendo la mula adelante, quedó colgado de ellas, hasta que Joab, á pesar de las órdenes de David, le atravesó con tres dardos el corazon, habiendo sin duda permitido Dios esta desobediencia del General para castigar la rebelion y la ingratitud del malvado hijo.

Por aqui podrás conocer, amado Teotimo, cuan culpado es el hijo que desobedece á sus padres, y con cuanto horror has de mirar semejante conducta; pero no debes evitar con menos cuidado todo lo que puede ser contrario al respeto que merecen; tal fue el delito de Cham, y el orígen de todas sus desgracias. Este ingrato hijo tuvo el atrevimiento de burlarse de su padre, á pesar del egemplo de sus hermanos, que se portaron con él con el mas profundo respeto; pero no quedó impune su delito, porque habiendo sabido Noé, luego que despertó, lo que habia sucedido, fulminó las mas terribles mal-

diciónes contra el temerario Cham, pronosticando que arrastraria siempre á los pies de sus hermanos; y por el contrario bendijo para siempre á Sem y á Japhet, y les prometió las mayores prosperidades. No dejó el Señor de ratificar las maldiciones y las promesas de Noé. Cham arrastró una vida miserable, oprimido de desgracias, que se extendieron á toda su descendencia, al paso que sus hermanos fueron felices durante toda su vida, y dejaron su dicha en herencia á sus descendientes.

Parece que Dios continúa en el dia en guardar la misma conducta con los hombres. Rara vez prosperan los malos hijos. No solamente son el objeto del desprecio y del aborrecimiento de los hombres de bien, sino que los vemos muchas veces experimentar calamidades, que son el justo castigo del poco respeto que han tenido á sus padres. Dios, al contrario, parece que se complace en derramar á manos llenas sus bendiciones sobre los hijos dóciles y virtuosos. Procura pues conseguirlas por medio

de una conducta digna de un buen hijo, y ten presente que el que falta al respeto debido á sus padres, falta de algun modo al que debe á Dios, pues hacen sus veces respecto de nosotros.

Pero no basta obedecerlos y respetarlos; ademas es preciso amarlos tierna y sinceramente, evitar en consecuencia lo que puede desagradarlos, tirar á complacerlos, consolarlos en sus aflicciones, y asistirlos en sus necesidades, siempre que hayan menester socorro. Los Gentiles mismos nos han dado los mas admirables egemplos de este amor filial. Podrás conocerlo por este rasgo que se halla en la historia del Japon, en el cual, presciudiendo de la mentira de que se echó mano, y que no puede aprobarse, brilla la mayor heroicidad.

Una muger quedó viuda con tres hijos varones; y no tenia otro socorro que el que ellos la suministraban con su trabajo. Los tres eran idólatras, y viendo estos jóvenes que ó por falta de ocasion, ó por no haberse hecho desde pequeños al trabajo, no gana-

ban lo suficiente, tomaron la mas extraña resolucion. Se habia publicado poco hacia un edicto, declarando que á cualquiera que prendiese á un ladron, y lo presentase al Magistrado, se le daria una suma considerable. Los tres hermanos, aun mas afligidos de la miseria de su madre que de la suya propia, convinieron entre sí que uno de los tres haria el papel de ladron, y que los otros dos le presentarian al Juez. Echan suertes para ver cual de ellos ha de ser víctima del amor filial; cae sobre el mas jóven, que se deja atar, y llevar como un delincuente; tómasele declaracion; confiesa que ha robado, condúcesele inmediatamente á la cárcel, y reciben sus hermanos la prometida suma; estos antes de volver á su casa, hallan medio para entrar á verle en la prision, y creyendo estar solos, comienzan á abrazarle tiernamente, derramando infinitas lágrimas antes de separarse de él. El Magistrado, que por casualidad estaba en parage de donde sin ser visto era testigo del lance, se admira extraordinariamente de ver á un delin-

cuente tan estrechamente unido con los que le habian entregado á la Justicia; llama inmediatamente á uno de sus dependientes; le da órden de que siga á los dos delatores hasta la casa donde fuesen á parar, y que no los pierda de vista hasta que esté completamente instruido de todo lo necesario, para descifrar un suceso tan extraordinario como el que acababa de presenciar. El Ministro obedece puntualmente; y hechas todas las diligencias que se le habian mandado, vuelve á decir á su superior, que habiendo visto entrar á los dos hermanos en una casa, y acercádose á escuchar, les habia oido contar á su madre todo lo que acabo de decir; que la pobre muger al oir esta noticia, prorumpiendo en las mas lastimosas quejas, habia dicho á sus hijos que devolviesen inmediatamente el dinero recibido; porque mas queria morirse de hambre, que conservar la vida á costa de la de su hijo. El Juez, mas admirado al oir esta narracion, manda venir al preso, le toma nueva declaracion sobre los supuestos robos, y le hace va-

rias preguntas, para ver si se corta en alguna. Viendo en fin que todas sus respuestas concordaban perfectamente, y que era inútil su industria, le declara lo que sabe, y le obliga con esto á confesarlo todo. Apenas le oye la verdad, cuando pasa á hacer relacion de todo al Emperador, que admirado de tan heróica accion, quiso ver á los tres hermanos, los llenó de agasajos, señaló al mas jóven mil y quinientos escudos de renta anual, y quinientos á cada uno de los otros.

El pasage que voy á contar no es menos admirable que el que acabas de leer. Durante la guerra civil, que dividió á los romanos en tiempo de Augusto y Marco Antonio, Metelo y su hijo se separaron, y abrazaron distintos partidos. El padre siguió á Marco Antonio, y el hijo se declaró por Augusto; habiendo vencido este al primero en la batalla de Actium, Metelo fue hecho prisionero con otros muchos, y presentado con ellos á Augusto. Estaba tan desfigurado con las fatigas de la guerra y con las incomodidades de su prision,

que apenas parecia el mismo, pero su hijo no le desconoció; apenas le vió, se arrojó á sus brazos, le bañó en lágrimas el rostro, y temiendo que Augusto le hiciese experimentar todo el rigor de su venganza, le habló de esta manera: *Señor, aqui teneis mi padre á vuestros pies; convengo desde luego en que ha merecido vuestra indignacion por haber tomado las armas contra vos; pero tambien sabeis que por mi parte merezco algun premio por haber seguido fielmente vuestras banderas; dignaos pues de concederme la gracia que voy á pediros. No pretendo que dejeis de satisfacer vuestra venganza, ni que quede impune su delito; lo único que os suplico es que deis á mi padre el premio que á mí se me debe, y que me hagais sufrir en lugar suyo los castigos y la muerte que habia de padecer.* No fueron vanos los ruegos y las lágrimas de este buen hijo; porque Augusto, enternecido del amor que manifestaba á su padre, aunque muy irritado contra Metelo, inmediatamente le perdonó, y le concedió la libertad.

Pudiera traer aqui otros muchos sucesos semejantes de que hace mencion la historia; pero es inútil amontonarlos. No necesito persuadirte que seria cosa indigna de un cristiano el ser tan inferior á los gentiles en el cumplimiento de tan sagrada obligacion; pues que ademas de la voz de la naturaleza, que nos habla como á ellos, tenemos el mandamiento expreso de Dios, que nos obliga á honrar á los autores de nuestro nacimiento. No es regular que te encuentres en tales circunstancias, que te veas precisado á exponer tu vida para conservar la de tus padres, como los generosos hijos de que acabamos de hablar, y por lo mismo no trato de esto; lo que quiero de tí es que les obedezcas prontamente, que oigas sus consejos con entera docilidad, que jamas les hables sino con un profundo respeto, que te esmeres en complacerles en todo, y que evites cuidadosamente lo que pueda desagradarles.

Tal era la conducta del jóven Príncipe que perdió hace algunos años la Francia, y cuya pérdida jamas llo-

rará bastantemente. Se resistia un dia á hacer una cosa que se le mandaba, y habiéndosele dicho que su desobediencia desagradaria quizás al Delfin su padre, bastó esto solo para que venciese su repugnancia, y exclamase al instante, *que papá no se enfade, que no se enfade, que yo haré todo lo que quieran.*

Tal debe ser la conducta de todo hijo bien criado. Cualquiera que falta al respeto, á la obediencia y al amor que debe á los que le han dado el ser, no merece el título de cristiano ni el de hombre, debe ser mirado como un aborrecible monstruo, indigno de vivir entre los hombres.

CAPITULO VII.

De las obligaciones de los niños para con aquellos que estan encargados de su educacion.

Las obligaciones de un discípulo para con los que estan encargados de su educacion son, á poca diferencia, las mismas que las de un hijo

respecto de sus padres; pues el maestro debe considerarse como un segundo padre. Tal era el concepto en que tenia Alejandro á su preceptor Aristóteles: decia muchas veces que no debia menos á este que á Filipo su padre, pues que si este le habia dado la vida, Aristóteles le habia enseñado á usar bien de ella. En los mismos términos hablaba el hijo de Ciceron de su maestro Cratipo. *Sabe*, escribia, á uno de sus amigos, *que profesó á Cratipo el mismo amor que un hijo á su padre: no solo tengo el mayor gusto de oirle hablar en público, sino que miro como una de mis obligaciones el conversar particularmente con él, y paso muchas veces dias y noches en su compañía.*

Con esta misma disposicion debes, ó amado Teotimo, mirar á tus maestros. Has de considerarlos como tus bienhechores, y profesarles el amor mas sincero y el mas vivo reconocimiento; seria preciso no tener corazon, ó tenerlo perverso, para faltar á esta obligacion. La educacion es el mayor de todos los beneficios. Cuan-

do salimos de manos de la naturaleza somos como un pedazo de jaspe en bruto y sin forma alguna; para hacernos tales cuales debemos ser, es menester que nos dirijan, que nos instruyan y que nos ilustren; del mismo modo que para hacer una hermosa estatua es preciso que trabajen y pulan el jaspe; y siendo asi que nuestros maestros son los que nos hacen esta buena obra, inspirándonos virtudes que dan forma á nuestro corazon, y comunicándonos conocimientos que ilustran nuestro entendimiento, ¿qué amor, qué reconocimiento no les debemos por tan importante beneficio? El Emperador Marco Aurelio estaba tan penetrado de este agradecimiento que se dejó llevar de él hasta un extremo muy reprensible, como el de hacer colocar las estatuas de sus preceptores entre las de sus dioses, y sacrificar todos los años víctimas sobre sus sepulcros. Hasta los mismos animales nos han dado muchas veces egemplos del amor y del agradecimiento que debemos á nuestros maestros. Vióse en otro tiempo en Roma

un leon hambriento acariciar y defender en el anfiteatro á un esclavo que habia sido sentenciado á ser devorado por las fieras. Preguntado por el Emperador, que estaba presente, la causa de un suceso tan extraordinario, declaró el esclavo que habiendo encontrado algunos años antes en un bosque de Africa á aquel leon, que entonces era jóven, estropeado, y que no podia andar sino arrastrando, á causa de tener una espina clavada en el pie, se determinó á sacársela; de resulta de lo cual el animal le hizo mil caricias, y con ellas le obligó, hallándose como estaba fugitivo y sin recurso, á acompañarle á su cueva, en donde se alimentó algun tiempo con la caza que el leon traia: que despues cansado de aquella vida silvestre, se separó del animal, y vino á parar al estado en que se hallaba; que el leon le habia conocido; y que esta era la razon de las caricias que le habia hecho y del amor con que le miraba. El Emperador enternecido dió vida y libertad al esclavo, y le regaló el leon.

¿Y qué es el beneficio hecho al leon en comparacion de los que recibes de tus maestros? ¿Cuántas espinas y abrojos no arrancan de tu corazon? ¿Qué diligencia omiten para alimentar tu entendimiento y tu voluntad con las mas saludables máximas? ¿No serias pues mas insensible que los mismos animales si correspondieses á sus beneficios con la indiferencia y la ingratitud? ¿si siguieses el egemplo de tantos jóvenes, que apenas han acabado sus estudios cuando se precian de desconocer, y muchas veces de despreciar á aquellos que no han perdonado cuidado ni fatiga para educarlos? ¿si hicieses, como ellos, uso de la lengua, que, por decirlo asi, ellos han desatado para zaherirlos y despedazarlos? ¡Ah! Si yo te creyera capaz de semejante vileza, no te miraria ya sino como á un infame; pues que no hay cosa mas indigna del hombre que la ingratitud, y sobre todo respecto de aquellos de quienes ha recibido un beneficio tan grande como el de la educacion.

Pero no: tengo demasiado buen concepto de tí para dar entrada á una sospecha tan injuriosa á tu corazon. Me contento solamente con precaverte contra una cosa que podria entibiar el amor y reconocimiento que debes profesar á tus maestros: esta es la severidad de que quizás se verán precisados á usar contigo; porque no hay cosa mas comun que el que una ligera reprension haga olvidar á los niños los mayores favores, y que irritados de la justa severidad de sus maestros, los miren mas como á enemigos que como á bienhechores. Ve aquí una fábula que te dará á conocer cómo debes pensar en este punto, si alguna vez te hallas en semejante situacion.

FABULA VI.

La viña y el labrador.

Cierto dia una viña se quejaba
Al labrador que en ella trabajaba,
De que cortase sin reparo alguno
Los vástagos, que lejos de servirla,
Solo crecian para destruirla,

Y ocupar el terreno inútilmente.
Llorábalos la pobre uno por uno
Como á hijos malogrados; é impaciente
Al labrador volviéndose decia:
„¿Por qué conmigo usar tal tiranía?
Si me estimas, si yo de tus sudores
Soy objeto, por qué de los mejores
Renuevos, de mis vástagos lozanos
Me despojan tus brazos inhumanos?
Tú sin duda no me amas,
Pues no haces de mis lágrimas aprecio."
El rústico prudente la responde
„¡Qué mal tu amarga queja corresponde
A mi bondad! tú juzgas que esas ramas
Corto yo por malicia ó por desprecio:
Pues á esta operacion tan dolorosa
Tu interes solo mi cuchillo guia:
Si ese ramaje inútil no cortase,
Quedando al parecer bella y pomposa,
Te hallarias estéril algun dia,
Sin poder producir frutos ni flores,
Y expuesta á que tu dueño te arrancase;
Cuando por el contrario, padeciendo
Esos breves dolores
Te encontrarás tan sana,
Tan fértil y lozana,
Que juzgarán que Baco por su mano
A cuidarte y labrarte está atendiendo."

En este símil tan sencillo y llano
Ved, jóvenes, lo que hacen los maestros
Que cuidan de educaros santamente:
Si alguna vez, cual labradores diestros,
Al parecer os tratan duramente,
Sabed, si teneis juicio,
Que es solo por haceros beneficio.

Sí, amado Teotimo: está siempre seguro de que la severidad de tus maestros no tiene otro orígen que el zelo con que miran tus intereses. No se irritan contra tí, sino contra tus defectos; desean precaver los daños que esta mala semilla puede causarte en adelante si se deja arraigar en tu alma. Llegará dia en que conozcas cuánta razon tenian para obrar de este modo; y en lugar de estar enconado con ellos, no podrás menos de manifestarles tu agradecimiento del mismo modo que el enfermo cuyo suceso voy á contarte.

FABULA VII.

El enfermo y el cirujano.

Un sugeto tenia
Una úlcera cruel que le causaba
Los mas vivos dolores: cada dia
Emplastos á montones se aplicaba,
Ya el blanco, ya el rosado y amarillo:
No hubo por fin ungüento
Que no experimentase, mas en vano:
El mal de cada instante iba en aumento:
Se vió al cabo obligado el pobrecillo
A llamar un famoso cirujano
Para que, como en viña vendimiada,
Se metiese á cortar carne dañada,
Y le apartase de la estigia (1) orilla.
Llega nuestro hombre armado de cuchilla
Corva, de bisturís y de tigeras;
Hace atar al paciente
Para que no se mueva: y preparado

(1) Los poetas suponian que habia en los infiernos una negra laguna llamada *Estigia*, á cuyas orillas pasaban las almas de los que morian; y asi esta frase de nuestra fabula equivale á decir le apartase de la muerte.

Cual si mondase peras,
Empieza á mondar carne á cada lado:
Al principio resiste firmemente
Al dolor; mas despues que hubo llegado
A cortar en lo vivo, se enfurece;
Y mirando con vista encarnizada
Al maestro, lo llena de baldones
Llamándole verdugo carnicero,
Y asesino cruel; jura y ofrece
Tenerle odio mortal: la comenzada
Curacion, despreciando sus razones,
Sigue el buen operario muy ligero:
Acaba en fin, le venda; y ordenado
El método á que habia de arreglarse
Hasta estar totalmente mejorado,
Se despide: el enfermo brevemente
Cobra mas fuerzas, y al octavo dia
Se ve en estado ya de levantarse;
Pónesele su bienhechor enfrente,
Y le dice: »aqui tiene usted el tirano
Asesino que tanto aborrecia.
Esta es la impía mano
Que á usted atormentó tan duramente:
Ahora puede vengarse facilmente.
¡Qué venganza! Por mucho que yo hiciera,
Dice el convaleciente agradecido,
No era posible que correspondiera
Al singular favor que á usted he debido;

Usted es mi tierno amigo, y solo siento
Los injustos baldones
Que dije en fuerza del dolor violento
Que delirar me hacia:
Si atendiendo á mis quejas infundadas
Se hubiera usted andado en compasiones,
En este instante ya pasado habria
De Acheronte (1) las aguas enlutadas.
Debo á usted en fin la vida,
Y esta deuda preciosa en mi memoria
Eternamente quedará esculpida."
Le abraza al decir esto cariñoso,
Y premia sus fatigas generoso.

Jóvenes, aprended en esta historia
Lo que debeis vosotros á un zeloso
Maestro: si cumpliendo con su oficio
Vuestros deseos corta, y os maltrata,
Os llenais de furor; mas algun dia
Del prudente rigor con que ahora os trata,
Como del mas insigne beneficio,
Le dareis gracias llenos de alegría.

(1) Acheronte, rio tambien del infierno, segun los Poetas. La expresion en que se nombra, quiere decir que se hubiera muerto á no ser por la firmeza del cirujano.

No creas, amado Teotimo, que te engaño con suposiciones. La experiencia demuestra todos los dias lo que te acabo de decir. Vemos regularmente que aquellos que han sido tratados con mas rigor durante su niñez, son los que manifiestan mas agradecimiento á sus maestros; porque conocen que les deben tanto mas amor, cuanto con mas severidad han corregido sus defectos. Preguntándole un dia al jóven Duque de Borgoña á cuál de sus tres ayudas de cámara queria mas, respondió: *á Fulano, porque nada me disimulaba durante mi niñez, é inmediatamente daba cuenta de cualquiera falta mia para que me corrigiesen.* Acostúmbrate pues, á egemplo de este Príncipe, á amar á los que procuran tu enmienda, aunque algunas veces te incomoden. Por lo regular son mas saludables las correcciones, que las caricias y lisonjas. La condescendencia solo sirve para fomentar y perpetuar defectos, que una prudente severidad destruiria. Esta verdad nos enseña la fábula siguiente.

FABULA VIII.

El niño enfermo

Un chico de su madre idolatrado,
Y por tanto un si es no es voluntarioso,
Con motivo de fiesta salió un dia
Del encierro en que (1) Apolo le tenia.
Pasólo con su madre tan mimado,
Que al remolon se le hizo muy penoso
El volverse tan pronto à su colegio.
Faltábale pretexto; y al instante
Se halló en la faltriquera
Una de aquellas indisposiciones
Que suele padecer por privilegio
Para no trabajar Júan Estudiante.
De marchar llega la hora lastimera;
Pierde el color, pondera desazones
En todo el cuerpo; muelas y costado
Le duelen; y aun se siente incomodado
Del bazo. ¿El bazo à mas? ¡Ay pobrecito!
Aunque traga los platos con la vista,

(1) Apolo, segun la Fábula, era el dios de las ciencias, y asi quiere decir en esta expresion, que salió del colegio en que estudiaba.

Se queja que ha perdido el apetito:
La pobre madre acongojada y lista
Sus lágrimas enjuga, y prontamente
Manda venir los médicos á pares:
Cada Galeno (1) acude diligente,
Armado de recetas singulares,
Para el lance cruel: la madre tierna
Les hace una patética pintura
De aquella horrible enfermedad interna;
Le pulsan, y aunque no hallan calentura;
Fruncen las cejas; hílanse los sesos
Hablando largamente
Del mal, de sus principios y progresos;
Y despues de un exámen diligente
Convienen en que debe manejarse (garse.
Con tiento, y que el enfermo ha de pur-
Nuestro tuno al oler la fastidiosa
Diábolica pocion, que le revuelve
Las tripas, de otro lado se les vuelve,
Grita, se desespera y se lamenta:
La madre á que la tome cuidadosa
Le persuade y alienta;

(1) Galeno fue un famoso médico romano, y se da aqui por ironía su nombre á los médicos cuya imprudente conducta y ninguna ciencia resultan del contexto de la fábula.

Mas viendo que el bribon se niega á todo,
Hace traer de dulces y bizcochos
Un azafate, á ver si de este modo
Puede vencerle: el pillo al ver los chochos
Se anima un poco, se los va zampando,
Y al paso que los come mejorando;
Dícelo asi á su madre, que orgullosa
Al ver de esta receta prodigiosa
La eficacia divina,
Luego envia á escardar la medicina:
Arroja alegre la bebida amarga,
Y al chiquillo de dulces lo rellena;
El picaron se rie á boca llena
De la buena mamá tan engañada,
Y la sabrosa enfermedad alarga;
Nunca hubiera llegado á ser curada,
Si el padre, que era un viejo marrullero,
Y con sus hijos nada zalamero,
No hubiera por fortuna aparecido:
Ve, examina al paciente, y en la cara
Conoce luego la enferdad rara,
Que en español se llama picardía.
De semejantes chanzas mal sufrido,
"Señorito, le dice, salga usía
De esa cama al instante, y á la escuela
Marche sin detenerse, si no quiere
Que le quede señal mientras viviere."
El señorito calla y obedece,

Aunque allá dentro se condena, y vuela
Al ver que á lo mejor se desvanece
Su sistema tan bien imaginado:
No tardó mucho el holgazan taimado
En cansarse de temas y lecciones,
Y en suspirar los dulces y roscones:
Vuélvele á dar el accidente fiero;
Toma el padre el partido
De apartar á la madre de la cama
De nuestro enfermo, y en su lugar llama
Un preceptor austéro,
Que haga dar á aquel hijo tan querido
No dulces, sino caldo fastidioso,
Y alguna lavativa
Para que no ande el vientre perezoso.
En fin, le hace guardar dieta severa:
Viendo el enfermo que de veras iba
La fiesta, hace mudanza, se remedia
El terrible accidente, salta fuera
De la cama molido y fastidiado
De verse muerto de hambre y jaropeado,
Y da fin renegando á la comedia.
Quedó la madre muy bien enterada
De que si la bondad es demasiada,
Del ánimo los males acrecienta,
Y que un rigor prudente los ahuyenta.

** Habiéndose tratado en los dos úl-

timos capítulos de las obligaciones que tienen los niños con sus padres, y con aquellas personas encargadas en su educacion; creo, amado Teotimo, muy oportuno hablarte en este lugar de las obligaciones que debemos á la Patria, y que contrahemos desde que nacemos, para que puedas formar alguna idea del aprecio y amor que se merece. Seré muy breve. La Patria, querido Teotimo, es aquella digna, y amable madre comun, que desde los primeros instantes de nuestra vitalidad nos recibe y acoge en su dulce seno, nos acaricia como á sus tiernos y queridos hijos, y nos proteje, auxilia y socorre como á sus caros súbditos, ¿cuáles pues deberán ser los sentimientos de reconocimiento, aprecio, amor y gratitud con que debemos corresponderla? Desde que la sabiduría infinita (por un efecto de los eternos é incomprehensibles arcanos de su providencia) dispuso y decretó que naciesemos en un reyno, mas bien que en otro, quiso asimismo que el lugar de nuestro nacimiento fuese privilegiado en nuestro amor, y gravó este sentimiento de tal forma en nuestra alma que no existe hombre al-

guno, que no sea naturalmente patriota. Esta dulce impresion unida á nuestro corazon por el Soberano autor de la naturaleza y de la gracia, parece que se vigoriza y consolida mas y mas entre aquellos súbditos que profesan una misma religion, obedecen á un mismo gobierno, observan unas mismas leyes, conservan los mismos usos y costumbres, y tienen un propio lenguaje. Si, amado Teotimo, los españoles nuestros hermanos, han manifestado en todos tiempos á la faz del mundo los verdaderos sentimientos de acendrado amor por su Religion, por su Patria, y por su Rey. Pudiera referirte millares de egemplares del valor con que se han distinguido por su patriotismo; haciéndose tambien en la Europa dignos de todo elogio y admiracion por los sucesos ocurridos en este siglo.

Esta preciosa investidura de ciudadanos que recibimos en nuestra primera existencia; este sublime y distinguido título gravado en nuestro corazon desde los primeros respiros de su vitalidad, el honor nacional, y cuanto hay de sagrado en el hombre, no solo nos recuer-

da, sino que nos impone la mas estrecha y rigurosa obligacion de consagrar en servicio de la Patria nuestros intereses, honores, comodidades, fortuna, y cuanto valemos, y podemos, para emplearlo todo en su socorro. Nos recuerda, que la sangre misma que circula en nuestras venas es patrimonio de la Patria, y tiene legítimo derecho para mandarla derramar. Sí, amado Teotimo, nuestra vida es muy inferior al honor de morir por la Patria: esta muerte es una gloria que nos inmortaliza, y una luz que brilla y sobrevive á la obscuridad de los tiempos. *Indigno es pues hasta de la respiracion, el que falte á los deberes de ciudadano.*

CAPITULO VIII.

De la docilidad.

No basta, amado Teotimo, tener respeto, amor y reconocimiento á los que trabajan en tu educacion; es preciso ademas ser docil á sus consejos é instrucciones; la docilidad debe considerarse como la principal obliga-

cion de los discípulos para con sus maestros; estos son tus guias, y asi te has de dejar gobernar por ellos. Sus luces son superiores á las tuyas; por lo que te tiene cuenta preferir sus consejos á tus propias ideas. Cuando tus padres te han entregado á su cuidado ha sido para que les obedezcas en un todo; y asi faltarias á la sumision que debes á aquellos, si resistieses á la voluntad de los que hacen sus veces.

Todas estas razones deben darte á conocer cuan justa y razonable es tu docilidad para con los que estan encargados de tu enseñanza. El jóven Duque de Borgoña estaba bien persuadido de esta verdad, aunque elevado por su nacimiento á una clase que parece le dispensaba de la regular docilidad que deben tener los demas niños con sus maestros. Sucedió un dia que en el calor de una disputa contradijo á su ayo, y aun se le escapó el decirle: *veremos quien de los dos tendrá razon*; pero reflexionando en el instante que esta expresion era contraria á la obediencia

y docilidad que le debia, añadió inmediatamente; *sin duda será usted; porque es usted mas racional que yo.*

Los discípulos de Pitágoras no se preciaban menos de su docilidad. Miraban todas sus palabras como oráculos de que no les era lícito dudar; y cuando alguno queria oponerse á sus máximas, no le daban otra respuesta que esta: *el maestro lo ha dicho. Magister dixit.* Seria de desear que todos los niños usasen en el dia de la misma expresion; pero estan muy lejos de tal docilidad para con sus maestros. En lugar de este racional obsequio no se ven en la mayor parte de ellos sino murmuraciones, desobediencias y rebeldías. Basta muchas veces que se les mande una cosa para que se empeñen en no hacerla. ¿Y nos admiraremos despues de que adelanten tan poco en las ciencias y en la virtud?

¿Qué dirias de un caminante que tomando una guia para dirigirle en su viage, se obstinase en no tomar el camino que le señalaba, y se metiese siguiendo su propio capricho por

sendas desconocidas? Sin duda le tendrias por un insensato, que precisamente se habia de perder, sin poder llegar jamas al término que se proponia. Pues este caminante es viva imagen de un niño indocil, que sin atender á los prudentes consejos de sus maestros, quiere guiarse solo por su capricho, y seguir en todo su propia voluntad. ¿Y se podrá esperar de tales antecedentes que consiga una buena educacion? El por sí es incapaz de gobernarse á sí mismo; por otra parte no quiere dejarse dirigir por los que tienen mas conocimientos y experiencia que él; con que precisamente se ha de perder, y ha de experimentar la funesta suerte de una mariposilla jóven, cuyo suceso te servirá de instrucion, y te dará á conocer las tristes consecuencias de la indocilidad.

FABULA. IX.

La mariposa jóven y la vieja.

Una mariposa vieja
En el mundo muy curtida,
Porque no muriese asada

A su hija le repetia:
»Huye esa engañosa llama,
Que parece que convida
Con su belleza, y destruye
A todo el que se le arrima:
Yo misma, por ser curiosa,
Acercándome atrevida,
Saqué, y aun fue gran fortuna,
Estas alas consumidas.
Y si como otras sin juicio
Me descuidara en huirla,
Seguramente como ellas
Perdido hubiera la vida.»
Obedecerla promete
Amedrantada la niña;
Mas dentro de poco rato,
Hablando consigo misma,
Decia: »Por qué mi madre
De tal modo me intimida
Para que esa luz no vea,
Cuyo brillo al mundo hechiza?
¡Qué resplandor tan hermoso!
¡Vaya que es cosa muy linda!
¡En verdad que son los viejos
Extremos de cobardía!
Les parece un elefante
Cualquier mosca pequeñita,
Y un gigante todo enano

Si fiamos en su vista.
¿Qué mal puede resultarme
Por mas que cante la tia,
De acercarme con cautela?
¿Qué soy yo alguna bobilla?
Con eso daré razon
A todas las demas chicas,
Sin aventurarme mucho,
De esas luces tan bonitas."
Decir esto y acercarse
Fue todo una cosa misma:
Al rededor de la luz
La tonta mariposilla
Comenzó á revolotear;
Al principio no sentia
Mas que un calor agradable;
Esto mismo la incita
A que se fie, y gozosa
Cada vez mas se aproxima;
Hasta que al fin, deslumbrada,
Al dar una vuelta lista
De aquella pérfida llama
Al centro se precipita,
Y sin poderse valer
Acaba su triste vida.

Tal pena el desobediente
Tiene muy bien merecida.

Acuérdate bien de esta leccion, amado Teotimo, y jamas dudes de que la indocilidad es siempre funesta á los niños que se niegan á las luces de sus guias para arreglar su conducta. Si no les arrastra en todas ocasiones á los mayores desórdenes, les impide cuando menos adelantar en las ciencias, y cultivar su ingenio. Porque un niño que se está educando é instruyendo es como un fogoso potro que se está domando. Aunque se ponga un animal de esta especie en manos del mas hábil picador, si se obstina en sacudir el freno, en empinarse, en retirarse y negarse á andar á la cuerda, y hacer las demas evoluciones á que se le quiere sujetar, á pesar de todos los sudores del picador jamas servirá para cosa alguna. Espárzase la mejor simiente en un campo fértil; si la tierra no la recibe en su interior, si no se pone cuidado en cubrirla para que fermente y nazca, será eternamente inútil, y el campo no producirá fruto alguno. Puede pues aplicarse lo que digo de este campo á cualquier niño indocil. En vano se

esparcen en su ánimo las semillas de la ciencia y de la virtud; en vano se le dan las mas saludables instrucciones; si no coopera con su docilidad á los cuidados de sus maestros, serán vanas é inútiles sus fatigas, y totalmente infructuosa su enseñanza. ¿Quieres ver otro símil que te de á conocer mejor la importancia de la docilidad? Toma un pedazo de hierro, mira si lo puedes ablandar, y verás como no lo consigues: su dureza, superior á tus esfuerzos, opondrá un obstáculo invencible á tus deseos. Toma al contrario un poco de barro ó de cera, verás con que facilidad lo ablandas, y formas cualquiera figura. ¿Y en qué consiste esta diferencia? En qué ha de consistir, sino en que la cera es docil á todas las impresiones que se le dan, y el hierro al contrario inflexible. Por esta razon con este metal nada podrás hacer, y con la cera harás todo lo que te ocurra. Es tan clara la aplicacion de este símil, que no necesita de indicarse. Ya conoceras que el hierro representa al muchacho indócil, y la cera al que es obe-

diente. De esta misma comparacion se valió en otro tiempo un prudente maestro para reprender la desobediencia de su discípulo. Ve aqui el suceso.

FABULA X.

El maestro y el discípulo.

Cierto chiquillo indocil y travieso
Del griego y del latin poco cuidaba,
Pero sí de enredar, cuando se hallaba
En el aula en lugar de estar atento
A la leccion, formando con gran seso
Para no estar ocioso
Mil figuras, mil títeres con cera:
Nota el divertimiento
El maestro, que en la escuela un argos era;
Le riñe ásperamente: él con reposo
Oye el sermon, que le entra por un oido,
Y por el otro sale en el instante;
Vuelve á su cera el inmediato dia,
Y vuelta á predicar, mas él constante
Su fábrica de monos proseguia
A pesar de castigos y sermones:
Viendo el maestro que arrojaba al viento
Sus zurras y razones,
De otro modo pensó tomar el tiento

Al tozudo muchacho; unas barritas
De hierro recogió, y cierta mañana
Cuando el tuno labraba con mas gana
De cera las famosas figuritas:
"Vaya, le dice, que eres industrioso;
Lástima es que no seas mas juicioso;
Siquiera, si esos títeres hicieras
Con este hierro, en mi concepto fueras
Hombre útil, y jamas te reñiría
Por malgastar el tiempo inútilmente,
Como en la cera, que eso es niñería."
"¿No ve usted, le responde prontamente,
Que eso me es imposible?
La cera es blanda, y á las manos cede,
Cuando al contrario, el hierro es inflexible,
Ablándemelo usted, si acaso puede,
Como la cera, y quedará servido."
"Muy bien te explicas, replicó el maestro,
Deseoso de verle corregido:
Hablas como hombre en la materia diestro:
Pues con todo; á pesar de la dureza
Que el hierro tiene por la naturaleza,
Se labra, mas no hay fuerza que consiga
Dar forma alguna al ánimo obstinado
De un niño á sus violentos
Caprichos entregado,
Y asi, si quieres que útilmente siga
En pulir tus costumbres y talentos,

En adelante sé para conmigo
Blando, como la cera lo es contigo."

No menos que al tal niño se dirige á tí esta leccion, ó amado Teotimo: aprovéchate de ella, y guárdate de imitar la conducta de aquellos muchachos indóciles que parece que no tienen mayor gusto que el de oponerse en todo á la voluntad de sus maestros, sin que las amonestaciones y castigos puedan hacerles ceder. No hay cosa mas odiosa que esta especie de rebeldía, pues es señal característica de un entendimiento zurdo, de un mal corazon, y de un caráter obstinado é inflexible. Debe perdonarse facilmente una inadvertencia, un pronto, un primer movimiento; pero no una indocilidad continuada. Cualquier niño que persevera en su rebeldía, es reputado por indigno de todo cuidado, y abandonado á su perverso caráter: cuando al contrario nadie puede dejar de querer á un niño docil; todo el mundo se deleita en instruirle, y se esmera en atenderle, porque ve que las lecciones que se le dan, se-

mejantes á la simiente que cae en buena tierra, producirán ciento por uno.

Mira pues como una de tus principales obligaciones el acomodarte al dictamen de tus maestros en todo lo tocante á tus estudios y conducta. Ponte en sus manos como el barro en las del artífice, que le hace tomar las figuras que quiere. A los principios te costaré dificultad; pero quedarás bien pagado de la violencia que te hagas, por las ventajas que sacarás de tu docilidad; esto es, por el amor y la estimacion de tus maestros, por la satisfaccion de tus padres, y por los progresos que harás en las ciencias y en el camino de la virtud; ademas que esta sujecion no ha de durar siempre. Llegará tiempo en que gozarás de la libertad sin estar expuesto á abusar de ella. Pero por ahora es absolutamente preciso que estés sujeto á la autoridad de las sabias personas que estan encargadas de tu educacion. Si estuvieses entregado á tí mismo, te dejarias arrastrar infaliblemente de tus deseos, y llegarias á conocer, aunque tarde, que la libertad

era para tí mil veces mas funésta que la suave sujecion en que vives. Te daré á conocer mejor esta verdad por medio de la siguiente fábula, que dará fin al capítulo.

FÁBULA XI.

El canario.

Prisionero se hallaba
Un canario pulido,
Y aunque en dorada carcel,
Lloraba el pobrecito
Su libertad perdida,
Sin servirle de alivio
De su ama enamorada
Las fiestas y los mimos.
En vano le repite
Que en aquel dulce nido
Está libre del fiero
Gavilan enemigo;
Le fastidia el azúcar,
Le cansa el organillo
Destinado á enseñarle,
Emulo de sus trinos;
Las olorosas flores,
Romeros y tomillos

Con que su jaula adornan
Por verle divertido,
Sirven solo de cebo
A su corazoncito
Para tener del campo
Deseos aun mas vivos.
En su lengua decia
El simple pajarillo:
¿Qué aprovechan adornos
A un infeliz cautivo?
La libertad deseo,
La realidad suspiro,
No apariencias, que sirven
Solo á dorar los grillos.
Cuando asi discurria,
Le trae un bizcochito
Su cariñosa dueña;
Mas por fatal olvido
De la prision la puerta
Deja sin el pestillo:
Apenas la ve ausente
El pájaro atrevido,
Cuando sin acordarse
De los tiernos cariños
Y regalos de su ama
Ni de sus beneficios,
Sin despedirse vuela
Por los aires muy listo,

Muy gozoso de verse
Dueño de su albedrío.
Sobre un tejado forma
Proyectos los mas lindos,
Cuenta vivir dichoso
Lleno de regocijo;
Mas cuenta sin un gato
Que le acecha escondido,
Y con uñas crueles
Da fin á sus delirios.
Desconfiemos siempre
Del gustoso atractivo
Con que suele una falsa
Libertad seducirnos.
La sujecion prudente,
Lejos de hacer perjuicio
Al hombre, le liberta
De riesgos infinitos.

** Creo, amado Teotimo, que no se puede desear una instruccion mas expresiva que la apreciable que se contiene en este capítulo. En el se ha demostrado con doctrinas sólidas, y con repetidos egemplares, la necesidad de que los discípulos sean dóciles á los consejos de sus maestros, y se dejen conducir de aquellas superiores luces que han

adquirido por la aplicacion y la experiencia, abandonando los caprichos, y todas aquellas ideas desordenadas que les arrastraria al precipicio, y producirian en su tierno corazon las mas funestas consecuencias. Desgraciado el discípulo que se olvide de estas importantes verdades, porque entonces recaería sobre él aquella terrible sentencia del Espíritu Santo: *»Vendrá muerte repentina, y nun»ca será sano, aquel que con dura cerviz »desprecia al que le corrige. La vara y »la correccion dan sabiduría; mas el ni»ño que se abandona á su propia volun»tad será el oprobrio de su madre. Al »soberbio sigue la humillacion, al dócil y »humilde de corazon la verdadera gloria.»*

CAPITULO IX.

De las obligaciones de los niños para con sus iguales.

Despues de tus padres y maestros, tus compañeros é iguales son los que tienen mas conexion contigo, y te importa mucho lograr su amor y estimacion, pues de esto depende tu

quietud, y la felicidad de tu vida. Es cosa muy desagradable el verse continuamente expuesto á las burlas y desprecios de aquellos con quienes tenemos precision de vivir; y esto te sucederia si no tuvieses cuidado de arreglar tu conducta para con tus iguales, y de evitar ciertos defectos que te atraerian su aborrecimiento y desprecio. Todos estos defectos pueden reducirse á tres puntos principales, que son, por decirlo asi, las fuentes de donde nacen todas las enemistades y disensiones que reinan entre los niños,

El primero es la soberbia, que hace que nos estimemos mas que á los otros, y que los miremos con desprecio; y por lo regular se funda en atribuirnos ó mas talento, ó mas ilustre cuna: no puedo ponderarte, amado Teotimo, cuan contrario es semejante modo de pensar á los principios de nuestra sagrada Religion, que no nos encarga otra cosa con mas cuidado que el que nos miremos todos como hermanos, y no puedes concebir cuan aborrecibles nos hace para

con nuestros compañeros. Yo mismo fui testigo de un lance bien extraordinario acaecido por esta causa en un colegio en que me hallaba. Entre los demas niños habia alli uno tan preciado de su noble nacimiento, que no sabia hablar de otra cosa. Esta vanidad empezó á indisponer contra él á todos los que le trataban; con todo, á los principios se atribuia á atolondramiento y á tontería mas que á soberbia, y no se le hacia caso; pero llegó á explicarse en cierta ocasion con tanta altanería, que alborotó contra él todos los compañeros. Estando en la hora de recreacion con uno de sus condiscípulos de nacimiento inferior, contándose este por igual suyo, cuando menos en la calidad de colegial, que les era á todos comun, le habló y le trató con la misma familiaridad que á los demas; pero nuestro altivo niño, creyendo que le faltaba al respeto debido, se puso muy serio, y en tono soberbio é imperioso se volvió á él y le dijo: *¿cómo te atreves á hablarme así? ¿no sabes que soy Marques?*

No fue menester mas para hacerle la fábula del colegio. Inmediatamente le rodearon todos, y haciéndole por burla las mas profundas cortesías, le molieron con los títulos de noble y de Marques. No acabó con esto la escena. Cualquiera de ellos que le encontraba repetia á cada paso la misma ceremonia. No le trataban sino de señor Marques. Llegó en fin la cosa á tal extremo, que no pudiendo ya sufrir las malignas y saladas burlas que llovian sobre él, se vió obligado á salir del colegio, y á aprender á costa suya que la soberbia y la vanidad al paso que nos hacen desear mas la estimacion, nos atraen el desprecio y el vilipendio.

Huye pues cuidadosamente de insultar á los demas con la menor apariencia de vanidad ó de desprecio. Por mas que les seas superior en nacimiento y en talento, jamas des á conocer en tus conversaciones ni en tus modales que te prefieres á ellos. Sé con todos afable, humano, y amigo de complacer. Esmérate en servirles cuando llegue la ocasion, y

evita cuidadosamente cualquiera cosa que pueda darles que sentir. Por este medio conseguirás su estimacion y afecto; por el contrario, si no ven en tí otra cosa que indiferencia y desprecio, te pagarán infaliblemente en la misma moneda, y no tendrán otro gusto que el de abultar malignamente tus faltas, y humillar tu vanidad con las mas amargas burlas.

FABULA XII.

La abeja y la mariposa.

La vanidad en todos es odiosa,
Pero principalmente
En el humano trato es enfadosa.
Cierta especie de gente,
Que aunque de humildes padres procreada,
Viéndose con carrozas y dineros,
Mira á todos con ceño y con desprecio,
Y en la calle no cabe á puro hinchada;
El mundo malicioso al ver tal necio
Se acuerda que algun tiempo anduvo en cueros,
Y á carcajadas rie
A las barbas del mismo que se engrie.
Asi le sucedió á una mariposa

De un oscuro capullo prisionera,
Que apenas se vió fuera,
Y el mundo nuevo examinó curiosa,
Cuando todos los otros animales,
Que á su vista se ofrecen,
En gracia y en belleza le parecen
A su linda persona desiguales;
Y asi pondera ufana sus primores:
„No siendo ciego, ¿quién compararia
Su hermosura á la mia?
¡Estos vivos colores,
Estas alas soberbias, afelpadas,
De azul celeste y oro matizadas!
¡Vaya que soy prodigio de belleza!
A esa abeja preciada de industriosa
¿Qué adorno concedió naturaleza?
¿Pues la mosca tan negra y asquerosa,
Y este animal tan lánguido y tan fiero,
Ese mosquito.... pueden compararse
De cien leguas á mí? ¡Talle grosero,
Mal color, estrambótica figura!
Vaya, grima me dan: fuera locura
Que conmigo pensaran igualarse;
Las flores mismas quedan muy distantes
De mis colores vivos y brillantes;
Y si á ellas llego, llenas de alegría
Sus perfumes me ofrecen á porfia."
Asi hablaba madama ventolera,

Cuando una buena abeja
Le dice estas razones á la oreja:
»Todos reconocemos, señorita,
Que es usté la primera
En belleza: mas deje usté ese vano
Orgullo, acuérdese que era gusano
Poco hace, y no tendrá tanta pepita.
Antes de tomar vuelo,
Al meterse en el sucio cucurucho,
Era usté un avechucho
Como este que ahora arrastra por el suelo."

** FABULA.

El niño soberbio.

Sobre una torre elevada
De pie estaba un rapazuelo,
Y á la caterva de abajo
Menospreciaba soberbio:
El simplecillo creia,
Por verse alzado del suelo,
Ser uno de aquellos hombres,
Que gigantes llama el pueblo.
¡Qué pequeñas me parecen
Esas gentes, dice el necio!
¡Qué cuerpecillos! ¿no son
Todos, menos yo, Pigmeos?

Uno que le oyó responde:
Pues baje usted compañero,
Y abajo verá, que es
De todos el mas pequeño.
El que á los otros desprecia,
Por verse en mas alto puesto,
Aprenda esta fabulita,
Y mirese en este espejo.

El segundo defecto que debes evitar es el de hacer el oficio de delator y soplon de las faltas y de la conducta de tus condiscípulos. Acostumbra á pintarse la discordia bajo del emblema de una furia con un tizon encendido en la mano, y la cabeza poblada, en lugar de cabellos, de una multitud de culebras que vomitan á todos lados el veneno del odio. No hay retrato mas propio de un soplon. Solo sirve para sembrar en todos los corazones la disension y la enemistad. Sus delaciones son un abundante manantial de desazones y quimeras; y lo que es mas particular es que dañando á los otros, se daña á sí mismo; porque no hay cosa que haga mas odioso á un niño que semejante oficio.

Todos los demas le miran como á un embrollon, y á porfia huyen de él, y le desprecian. No quiero decir con esto que cuando los que tienen autoridad sobre tí te examinen secretamente acerca de algunas faltas que puedas haber observado en los otros, y sean capaces de contagiar el aula ó el colegio, dejes de declararles la verdad; pues en tal caso estás obligado á hablar aun antes que te se pregunte, para precaver en cuanto esté de tu parte el daño; pero aun en estas mismas ocasiones has de ser sumamente circunspecto, y no has de decir mas que lo que sepas con entera certidumbre. Evita cuidadosamente el escrudiñar los defectos agenos, contentándote con conocer y corregir los tuyos.

Como al próximo nunca nos miramos,
Dos alforjas nos dió naturaleza
A todos los que de hombres nos preciamos;
Y es tal nuestra destreza,
Que las faltas del próximo llevamos
A la vista en la alforja delantera,
Pero las nuestras siempre en la trasera.

Esto es, que muchas veces notamos y reprendemos en los otros faltas que no vemos en nosotros mismos, aunque nos afeen igualmente que á ellos. El pasage siguiente de que me acuerdo, servirá de confirmacion á esta verdad.

FABULA XIII.

Los dos hombres feos.

Cierto dia en un corrillo
Con tesón se disputaba
Sobre prendas corporales,
Sobre presencia bizarra;
Allí por casualidad
Dos hombres feos se hallaban,
Cuyas faltas en la historia
Nos han quedado archivadas;
Color de tabaco de hoja,
Narices grandes y chatas,
El pelo rojo y muy claro,
Las bocas desaforadas;
A estos rasgos de belleza
Ojos de gato agregaban,
Y unas barbillas de vieja:
Tales eran las dos fachas,

El uno de ellos juicioso
Reconocia sus faltas
Buenamente; mas el otro
De buen mozo se preciaba:
Por hermoso se tenia,
(En nuestros tiempos no es rara
Esta escasez de razon)
Aunque un Esopo (1) en la traza;
Pero era lo mas gracioso
Que á su pobre camarada,
Como si él fuera un adonis,
Sin cesar se le burlaba:
"¡Qué semblante tan gracioso
Le decia! ¡qué gallarda
Presencia! Es lástima, cierto,
Que no le lleven en andas;
Si alguno le recogiera,
Y al público le enseñara
Por dineros como el oso,
Presto se hiciera de plata."
Asi sin vergüenza alguna
Nuestro buen fisgon zumbaba
Al otro, que sin decirle

(1) Esopo fue un hombre muy feo, pero muy entendido y discreto, que escribió varias fábulas muy ingeniosas muchos siglos antes de la venida de Cristo.

La mas mínima palabra,
Marcha á traerle un espejo,
Y delante se lo planta,
Obligándole á mirarse
Aquella espantosa cara,
Diciendo: »Aqui tiene usted
Respuesta á todas sus chanzas:
Mírese usted sin pasion,
Y sabrá esta verdad clara;
Que si sus propios defectos
Viera usted al poner tachas
A los demas, para siempre
De conversacion mudara."

El tercer defecto de que debo precaverte es el de la impaciencia y la cólera. A cada paso se hallan niños que nada pueden sufrir. La menor palabra les irrita, y les hace prorumpir en quejas y disensiones. Semejantes al pedernal, al menor encuentro, á la menor disputa se encienden; y en lugar de chispas despiden injurias y desvergüenzas. El que se porta de este modo no conoce bien su propio interés. Esta conducta daña mas á cualquier muchacho, que cualquiera otra cosa que pudiese hacerse ó decirse

contra él. Con ella desacredita su genio, é induce mas y mas á sus compañeros para que le inquieten. Ya habrás reparado que por lo regular todo el mundo se divierte en burlarse con mas empeño de aquellos que tienen poco sufrimiento, ó como suele decirse, poca correa, y que basta muchas veces que un niño se resienta de algunos motes ó zumbas, para que los otros le hostiguen continuamente con ellos. Ten pues mucho cuidado, amado Teotimo, en este particular, aguanta las zumbas y chocarrerías de los demas con semblante risueño, que dé á conocer que entiendes de chanzas. Si lo haces asi, en breve impondrás silencio á los burlones, y serás el objeto de su estimacion y cariño; y por el contrario, si te impacientas y enfadas, les darás pie para que te persigan de muerte.

FABULA XIV.

Del perrito y sus compañeros.

Un perrito, de lanas adornado
Blancas y negras, fino, acariciado
De un amo noble y sabio, en quien se unia
El trato amable á la filosofia,
De tamaña fortuna envanecido,
Turquillo, que asi el perro se llamaba,
Segun cuenta el autor de nuestra historia,
Un dia que hizo cierta escapatoria,
Se presentó en la calle tan ergüido
Y tan hueco, que toda la ocupaba.
Los otros perros viendo á aquel ufano
Forastero que andaba á lo prusiano,
Se empiezan á burlar de su figura;
Poco á poco la turba le rodea;
Uno de ellos, con grande compostura,
La pata alza, y encima se le mea;
Otro muy grave se le pone al lado,
Le huele y le registra lentamente;
Aquel le empuja y gruñe, éste le ladra,
Alguno mas audaz le clava el diente?
A nuestro Turco, poco acostumbrado
A estas chanzas, ninguna de ellas cuadra,
Y en lugar de soltar la carcajada,
Les pone una carilla renegada;

Hace en fin el tremendo desatino
De querer resistir; mas al pobrete
Entre todos le ponen en un brete;
Sabe Dios como escapa, y á su casa
A toda prisa vuelve muy mohino;
Reflexiona despues lo que le pasa:
Ve que ha estado imprudente,
Y que entre aquella gente
Era el mejor remedio acomodarse
A las burlas, y nunca impacientarse:
Lo hace asi: la primera vez que sale
Los insultos aguanta con paciencia,
Se rie, y no les hace resistencia;
Esta conducta á los burlones todos
Los pone de su parte; eso le vale."
Dice Almanzor, que á todos gobernaba,
Y en perruna prudencia aventajaba
Cual digno presidente: »buenos modos
Son los que aqui le sacarán ileso;
Pero si nos viniese á hacer el tieso,
De esas ligeras chanzas mal sufrido,
Saldria bravamente corregido."

Esta leccion confirma la experiencia,
Se han de llevar las burlas con paciencia:
El que hace lo contrario es despreciado,
Y del racional trato desterrado.

Lo que se acaba de decir es mas importante de lo que te parece, no solamente para ahora, sino para lo sucesivo. Te hallarás en mil ocasiones en que, sea por divertirse, sea por experimentar tu genio, te darán zumba sobre algunos defectos reales ó supuestos; si no correspondes á éstas chanzas con aquel tono risueño, y aquella política que pide la buena crianza, te mirarán todos como un hombre mal educado, habrás de sufrir mil desaires en la sociedad, y quizá tu descortesía tendrá consecuencias mas funestas. No serás tú el primer jóven que se ha precipitado en las mayores desgracias por no haber sabido llevar una inocente chanza. Asi se perdió un jóven ilustre recien llegado á un regimiento. Envanecido de su nobleza, y satisfecho de su pretendido mérito, no podia sufrir que se riesen de él, y creia que todo el mundo debia respetarle. Esto mismo alborotó mas y mas á los otros oficiales jóvenes contra él; cuanto mas sensible le veian á las zumbas, tanto mas le apretaban. El recien llegado no pudo contenerse,

rompió al fin, sacó la espada, y fue muerto en un desafio, que ciertamente se hubiera ahorrado, si hubiera sabido dominar su genio inflexible, y divertirse con los que se le zumbaban. Este egemplo te dará á conocer cuanto importa acostumbrarse con tiempo á reprimir los ímpetus de la impaciencia, y á llevar sin resentimiento cualquier chanza inocente.

CAPITUTO X.

De la ciencia.

Son pocos los niños que conocen la importancia de la ciencia, y son pocos por consiguiente los que se aplican á adquirirla; porque si todos supiesen las grandes ventajas que trae consigo, no podrian menos de anhelarla con el mayor ardor.

La ciencia es para nuestra alma lo que la luz para nuestros ojos. Nos ilumina y dirige en todos nuestros pasos. Nos da á conocer los atractivos de la verdad, la hermosura de la naturaleza. y la grandeza de su Cria-

dor. Cualquier hombre rodeado de oscuridad, no distinguirá objeto alguno, no sabrá de donde viene ni adonde va, y estará continuamente expuesto á dar las mas crueles caidas. Lo mismo sucede á un ignorante. Semejante de algun modo á aquellos ídolos sin alma, de los que dice un Profeta, que tienen ojos y no ven, oidos y no oyen, ignora las cosas mas sencillas, que para él son oscurísimos enigmas. Su ignorancia, como una espesa nube, ofusca y apaga todas las luces de su entendimiento, dejándole al nivel de los brutos, que se gobiernan por un ciego instinto. Tal es á lo menos la idea que ha tenido de la ignorancia la mayor parte de los filósofos.

Vino cierto dia un padre de familias á verse con Aristipo, que era uno de los mayores filósofos de la Grecia, y le suplicó que admitiese á un hijo suyo en el número de sus discípulos, y le enseñase la filosofía y las letras humanas. Condescendió el filósofo; pero con la circunstancia de que le diesen por su trabajo cien

talentos. El buen padre espantado de semejante suma, y demasiado avariento para pagar á tal precio la educacion de su hijo, cuya importancia nó conocia como debiera, le respondió: *Menos me costaria el comprar un esclavo. Pues cómpralo*, le respondió Aristipo, *y con eso tendrás dos.*

Otro sugeto que se hallaba en igual caso preguntó al mismo filósofo qué ventajas conseguiria su hijo del estudio de las ciencias. *El fruto que sacará*, respondió Aristipo, *será que cuando asista á los juegos públicos, no se verá en el puesto que ocupe una piedra sentada sobre otra piedra.* ¿Y qué te parece que pretendió darnos á entender con estas dos respuestas el sabio filósofo? Quiso darnos á conoçer que un ignorante debe compararse á un vil esclavo ó á una piedra. Hacia él mismo tanto aprecio de la ciencia, que habiéndosele preguntado qué diferencia hallaba entre los sabios y los ignorantes: *La misma*, respondió, *que entre los caballos domados y los indómitos.*

Del mismo dictamen era el famo-

so Diógenes. Diciéndole un dia que los habitantes de Megara no ponian cuidado alguno en la instruccion de sus hijos, al paso que se esmeraban en la cria de sus ganados: *Si eso es cierto*, respondió sonriéndose, *mas quisiera ser carnero de cualquier Megarense, que hijo suyo*. Palabras expresivas, que dan á conocer que en el sentir de aquel filósofo cualquiera animal bien enseñado merecia preferirse á un hombre ignorante. Esta idea no es de solo Diógenes, sino de todos los hombres instruidos: lo que habrás conocido sin duda, si has reparado que los ignorantes son el objeto del desprecio de las gentes, y que se les señala con los mas indecorosos apodos. Pero al paso que la ignorancia ha sido en todos tiempos vilipendiada, ha merecido siempre la ciencia la estimacion y el respeto de los hombres. Cualquier sugeto culto puede presentarse en todas partes, y en todas ellas es recibido con distincion. Todo el mundo se apresura por verle y gozar su conversacion, colmándole de honras y de elogios. Pu-

diera citarte aqui el egemplo de Platon, al cual Dionisio Tirano de Siracusa, salió á recibir hasta la orilla del mar, y haciéndole sentar á su lado en su carro, le condujo en triunfo á su palacio. Pudiera decirte tambien, que habiéndose apoderado Alejandro de la ciudad de Tebas, y habiendo mandado incendiarla, dió órden de que no se tocase á la casa ni á la descendencia de Píndaro, para dar á entender la estimacion y veneracion que profesaba á este célebre Poeta.

Pero para proponerte un egemplo mas adaptado á tu edad, te contaré los aplausos que consiguió un niño de ocho á nueve años, que poco hace defendió unas conclusiones públicas de gramática, de geografia, de historia y de lengua latina. Me hubiera alegrado infinito de que hubieses presenciado los honores que se le hicieron: ninguna cosa te hubiera dado mejor á conocer el valor de la ciencia y el aprecio que de ella se hace: apenas habia satisfecho á una pregunta, cuando por todas partes se

oia un palmoteo general acompañado de estas exclamaciones: ¡Qué admiracion! ¡Qué pasmo! ¡Dichoso el padre de tal hijo! Pero cuando todos se excedieron en manifestar su satisfaccion fue cuando se acabaron las conclusiones. Todos los concurrentes le rodean; se lo arrancan, digámoslo así, unos á otros para abrazarle: no se cansan de mirarle, y llenarle de agasajos y enhorabuenas: de resultas de este suceso fue el objeto de todas las conversaciones; y sus brillantes progresos trasladados á los papeles públicos, llenaron á toda la Francia de admiracion.

El célebre Pico de la Mirándula habia dado ya igual egemplo al universo. Fueron tales sus progresos en el estudio desde sus primeros años, que algunas personas, espantadas de su prodigiosa ciencia, quisieron hacerle pasar por Mago; pero se descubrió bien pronto que no debia su erudicion sino á la vasta capacidad de su entendimiento y á su extraordinaria viveza. De edad de veinte y cuatro años defendió conclusiones pú-

blicas sobre todas las ciencias, sin excepçion; y aunque murió muy jóven, dejó varias obras que han admirado á todos los sabios.

El jóven Peirese, natural de Aix en Provenza, no brilló menos por su ciencia desde la niñez. De edad de siete años reconoció en sí mismo la capacidad suficiente para encargarse de dirigir los estudios de un hermano menor que tenia. Su padre oyó la proposicion que sobre esto le hizo como una ocurrencia pueril; pero con todo condescendió por algunos dias, mas con deseo de satisfacerle, que con esperanza de que pudiese egecutarlo; pero viendo con admiracion suya que desempeñaba perfectamente su encargo, le dejó continuar; y se ahorró para siempre el preceptor. En efecto, el dicho Peirese fue el Mentor de su hermano, cultivó sus talentos, y dirigió su conducta como lo hubiera podido hacer el mas hábil maestro.

No pretendo con esto, amado Teotimo, que iguales á estos extraordinarios modelos: quizá la naturaleza

no te ha dotado de tan grandes talentos como á ellos; pero su egemplo, cuando menos, debe animarte á que no omitas diligencia alguna para adornar tu alma con todos aquellos conocimientos de que es capaz; pues te da á conocer que no hay cosa que nos haga mas estimables á los ojos de los hombres que la ciencia.

Pero una de las cosas que deben moverte mas á conseguirla, es que no hay estado alguno ni clase en que no sea de la mayor utilidad para los que la poseen. Un hombre instruido en cualquier estado que se halle, es como un caminante, que conociendo perfectamente la senda que debe seguir, llega con seguridad al término que desea; al paso que el ignorante se asemeja á un ciego que anda al tiento, que tropieza á cada paso, y que se pierde continuamente. En vano se gloría cualquiera de ser rico y poderoso. Las riquezas y las honras sin el mérito no son mas que un vano adorno.

Si un juez es ignorante, el vulgo atento
Hace solo á su toga acatamiento.

El mismo aprecio se hace de un estúpido Creso que de una hermosa estatua que exteriormente agrada; pero que interiormente está privada de entendimiento y de sensacion. Al contrario, siempre se respeta la ciencia aunque esté sumergida en la pobreza, y aun muchas veces es un recurso contra este trabajo. La Fontaine demuestra muy bien esta verdad en la siguiente fábula.

FABULA XV.

Las ventajas de la ciencia.

Armóse en tiempo antiguo una contienda
Entre dos ciudadanos que habitaban
El mismo pueblo; el uno era ignorante,
Pero provisto de copiosa hacienda;
El otro pobre, pero en él brillaban
Las ciencias á porfia:
El rico satisfecho y arrogante
Del pobre se reia,
Y si acaso de oirle se dignaba,

Pretendiendo ser siempre preferido,
En tono magistral asi le hablaba:
„Buen hombre, no se canse, es muy debido
Que el rico sea del mundo respetado:
Cualquiera hombre prudente
Tendrá á usted por un grande majadero:
¿Qué mérito se encierra en ser letrado?
Con leer cuatro sandeces fácilmente
Cualquier pelon consigue
La borla. ¿Y qué provecho se le sigue
Al pueblo de su ciencia sin dinero?
Un pedante se encuentra en cada esquina;
Pero hombres como yo, cuya cocina
Mantiene medio pueblo, cuyo lujo
Al mercader, al sastre, al zapatero
Da trabajo y doblones,
No se hallan, señor mio, á dos tirones:
Me dirá usted ¿qué influjo
En el público logra el que no cuenta
Cuatro cuartos de renta;
No tiene mesa, sale muy ufano
En invierno vestido de verano;
Vive siempre en guardilla;
Para acallar su estómago quejoso
Con librotes fastidia al poderoso,
Y no da de comer ni á la polilla?"
¿Qué habia de decir el literato?
Calló, mas presto se encontró vengado.

(1) Marte destruyó el pueblo en que vivia,
Quedó el rico en la calle despreciado,
Al paso que hechizado de su trato
Al sabio todo el mundo le asistia.

Asi se decidió la competencia
Por mas que sus riquezas exageren,
Los tontos, y su dicha nos ponderen,
Mas sólido valor tiene la ciencia.

No te admires pues de que se ponga tanto cuidado en instruirte, y de que tantas veces se te exhorte á que estudies. En esto no se busca otra cosa que tu propio interes. No estás aun en estado de conocerlo; pero con el tiempo lo comprenderás, y darás mil gracias á tus padres por haberte dejado en herencia la sabiduría. Es la mas preciosa alhaja que puedes recibir de su mano. No hay otra cosa que ricos ignorantes que darian la mitad de sus rentas por tener la ventaja de poseer mil conocimientos, cu-

(1) Marte, deidad de la guerra segun la fábula, que aquí quiere decir metafóricamente la guerra misma.

ya utilidad reconocen, y de que por desgracia suya se hallan privados. Pero su intento es vano. Todo el dinero del mundo no es bastante para comprar la ciencia; serán siempre inútiles sus deseos , y llorarán toda su vida la irreparable pérdida que han hecho desdeñando instruirse durante su juventud.

Precave, ó amado Teotimo, precave con tiempo semejante arrepentimiento. Imita la prudente conducta de la aveja , que hace sus provisiones durante el buen tiempo, para tener con que alimentarse cuando los crueles frios del invierno la impiden salir á buscarlas. Ahora estás tú tambien en el buen tiempo, esto es, en la edad mas propia para adquirir los conocimientos de que has de necesitar en adelante. Si dejas pasar esta sazon oportuna , jamas la verás volver : impedido por otras ocupaciones, te sera imposible digerir los primeros elementos de las ciencias, que siempre son espinosos , y quedarás toda tu vida sepultado en las tinieblas de la ignorancia. Es menester

pues esforzarte en la feliz primavera de la edad para adquirir un bien que mas adelante buscarias inútilmente.

No puedes concebir ahora cuanto te alegrarás algun dia de haber seguido mis consejos sobre este punto tan esencial.

** Sí, amado Teotimo, solo quiero recordarte por conclusion de este capítulo aquellas divinas palabras contenidas en los proverbios ó libros sapienciales: »*El temor de Dios es el principio de la sabiduría. Los necios desprecian la sabiduría y la enseñanza. Si la sabiduría entra en tu corazon, y tu alma gusta de la ciencia, sus consejos te guardarán, y su prudencia te defenderá. Dichoso el que encuentra la sabiduría, y tiene la verdadera prudencia. La sabiduría es árbol de la vida para aquellos que la abrazan, y bienaventurado el que la conserva.*"

CAPITULO XI.

De la instruccion que deben adquirir los niños.

La ciencia es un tesoro que no se adquiere sino poco á poco y por grados. Querer aprenderlo todo á un tiempo es exponerse á no saber jamas cosa alguna. Es menester pues observar cierto órden en sus estudios, y aplicarte lo primero á adornar tu entendimiento con aquellos conocimientos mas adecuados á tu edad, y que puedan serte mas ventajosos. Te diré brevemente cuales son, y te haré tocar con las manos su importancia para que puedas gobernarte por este plan.

Es inútil decirte que la religion debe ocupar el primer lugar en tus estudios. Ya sabes que no estás en el mundo sino para conocer y amar á Dios, y tampoco ignoras que no podemos conocerle como corresponde, ni por consiguiente amarle, sino es por medio de la religion, que nos instruye de sus perfecciones, de sus

misterios, y de su voluntad. Nuestra razon es demasiado limitada para poder dirigirnos en este asunto, y asi los que no se han valido de la luz de la religion, han incurrido en los mas mostruosos errores: unos han adorado al sol, á la luna y á los demas astros; y otros han prostituido su culto á las plantas y á los animales, teniéndolos por dioses. Todos ellos, en fin, han juzgado virtudes los vicios mas vergonzosos, por haberse forjado dioses á quienes atribuian los mismos excesos. Nosotros mismos hubiéramos caido como ellos en tan lamentables desórdenes, si hubiéramos estado entregados á nuestra sola razon. Pero por dicha nuestra Dios mismo se ha dignado bajar á la tierra para alumbrarnos.

La doctrina que nos ha enseñado es al mismo tiempo la luz que ha de guiar nuestros pasos, y el camino que hemos de seguir para lograr la suprema felicidad. Estúdiala pues, ó amado Teotimo, con la mayor aplicacion que te sea posible. Las demas ciencias no te son absolutamente necesa-

rias; pero de ningun modo puedes omitir el estudio de las verdades de la religion, y seria delito el ignorarlas. Oye pues con la mayor atencion las instrucciones que se te den en este punto: procura aprenderlas por tí mismo, estudiando con la mayor aplicacion el catecismo y los demas libros piadosos que te pongan en las manos, y acuérdate que el niño que se descuida en enterarse de las verdades y de las obligaciones de la religion cristiana, precisamente ha de ser con el tiempo un mal cristiano.

Despues del estudio de la religion, debes considerar el de la lengua latina como uno de los mas útiles y mas importantes. El latin es la llave de las ciencias. Las obras mas excelentes que han salido á luz estan escritas en este idioma. Y asi ¿cómo has de leerlas y comprenderlas si lo ignoras? Oirás hablar infinitas veces de Horacio, de Virgilio, de Ciceron, y de otros muchos autores conocidos de todo el mundo; ¿y podrás tú acaso hablar de ellos sin entender siquiera su lengua? ¡Qué avergonzado te verias si

hubieras de confesar tu ignorancia, guardando un forzoso silencio mientras que los demas que tratases diesen á conocer su erudicion!

Ademas de esto, la lengua latina puede serte precisa en mil ocasiones. Supon v. g. que quisieras seguir la carrera eclesiástica ó la de la toga. En tal caso ¿cómo has de conseguir tu deseo sin saberla? Ignorándola, ni puedes cumplir con las obligaciones anejas á estos dos estados, ni aun introducirte en ellos; pues que la mayor parte de las cosas que deben saber los eclesiásticos y los togados esestan escritas en dicho idioma, y por esta razon el no aprenderle seria cerrarte enteramente la puerta de estas dos carreras, para las cuales sucederá quizás que tengas vocacion; ademas de verte privado de otras mil utilidades que puede producirte su posesion.

¡Cuántas veces, pongo por egemplo, puedes hallarte precisado á viajar á paises estrangeros, especialmente si sigues la carrera militar? Ni tú entenderás su lengua, ni ellos la tuya; y por consiguiente ¿qué comodidad

no será para tí el saber el latin, que es la lengua general de todos los pueblos y de todas las naciones ? No hay intérprete mejor para todos los paises. A mí mismo me sucedió últimamente encontrar un Ingles en una posada ; se me acercó con un semblante melancólico y distraido, y pronunció algunas voces que no entendí. Viendo que no las comprendia empezó á explicarse por señas, y no logrando tampoco que le entendiese, le hallé tan embarazado que deseoso de sacarle de su apuro, eche mano del latin, y le dije algunas palabras á ver si las entendia. Vile al instante lleno de serenidad y de alegría. Me abrazó tiernamente, celebró infinito haberme encontrado, hablé en aquel idioma, y me dió á conocer lo que deseaba. Satisfice á lo que me preguntó, le proporcioné varias cosas que necesitaba, y quedó tan agradecido á este corto favor que si hubiera yo sido hombre de aprovecharme de su liberalidad, me hubiera llenado de dádivas.

Por aqui conocerás amado Teoti-

mo, cuan útil, ó por mejor decir, cuan indispensable es muchas veces la lengua latina. Ya ves que si desean que te apliques á ella es por tu propio interes, al que perjudicarias infinito si no te aplicases. Hazlo pues con el mayor conato mientras estás en la edad propia para aprenderla. Cuida sobre todo de saber muy bien sus elementos, sin los cuales jamas la poseerás perfectamente. Los que se descuidaron en estos primeros principios, dice un autor célebre, se parecen á aquellos niños que estan siempre enfermos por no haber mamado buena leche.

No te fastidies de este estudio, aunque al principio lo halles arido y escabroso. Cuanto mas adelantes lo encontrarás mas fácil. Caminarás ahora entre espinas y abrojos; pero esta senda te llevará á un jardin delicioso, en donde encontrarás hermosas flores y frutas preciosas, que te recompensarán abundantemente de los trabajos que hubieres padecido para llegar á él. La siguiente fábula te hará ver palpablemente esto mismo.

FABULA XVI.

(1) *Flora y el niño.*

Entró un niño á un jardin todo poblado
De las mas bellas flores;
Hallábanse de todos los colores
Rosas, claveles, violas y azuzenas;
Flora misma lo habia cultivado;
El niño las ve apenas,
Cuando á un tiempo las quiere coger todas;
Pero la diosa no le da licencia
Sino para elegir una á su antojo:
Corre el muchacho cual si fuera á bodas;
La rosa entre las otras le da en ojo,
Decide á su favor la competencia;
Llega á cogerla ufano,
Y al simple se le clavan en la mano
Las punzas de que estaba resguardada;
De la traicion llorando se lamenta:
„Queda, dice, en tu zarza, infame rosa,
Para siempre entre abrojos encerrada;
Jamas de tí haré cuenta,
Que otra hallaré sin punzas mas hermosa.
Bien registró, mas no encontró otra alguna

(1) Flora, deidad fabulosa, que suponen los Poetas cuidaba de los jardines.

Que no estuviese de ellas erizada,
Aunque las fue mirando una por una.
Echa el tonto á llorar amargamente,
De llevarse tal chasco resentido:
Flora se rie al ver el inocente
Llanto, y le dice: „No estés aflgido,
Hijo mio; ¿no ves que desatinas
En querer hallar rosas sin espinas?
Si quieres fácilmente
Coger cualquiera rosa sin punzarte,
Las espinas primero ve con tiento
Quitando." Egecutolo, y sin mas arte
Se salió á poco rato con su intento.

Lo mismo digo al niño que estudiando
Desmaya al ver que al paso que camina
En las ciencias, encuentra alguna espina,
Algun trabajo. Apliquese este cuento,
Vénzalo con valor y con paciencia,
Y el fruto cogerá sin resistencia.

Ademas del estudio de la lengua latina te es preciso el de tu propia lengua; ambas deben, por decirlo asi, darse las manos, de modo que al salir del colegio puedas usar igualmente de ellas, y aun me atreveré á decir que debe en caso de duda ser

preferida la propia lengua, porque todos los dias te verás precisado á hablar ó escribir en ella, ¿Y qué verguenza no seria para tí el ignorar despues de siete ú ocho años de estudios tu propio idioma, de manera que no pudieses seguir una conversacion, ó escribir correctamente una carta? No hace mucho tiempo que cayó en mis manos una, escrita por un estudiante á su padre con motivo de año nuevo. No puede darse cosa mas ridicula. Parecia que el niño se habia empeñado en acumular en ella todas las faltas de gramática y ortografia. Su padre indignado quiso sacarle del colegio, persuadido de que era incapaz de adelantar, pues con tres años de estudio incurria en solecismos tan garrafales. Opúseme á su resolucion, dandole á entender que los disparates de que estaba sembrada la carta de su hijo mas procedian de su descuido en estudiar su propio idioma, que de falta de capacidad, y que no era menester mas para corregirle que hacerle leer durante algun tiempo la gramática de su

idioma patrio, y copiar exactamente algunos renglones de cualquier libro bien escrito para que aprendiese la ortografia. Siguió mi consejo, y aprovechó tanto el muchacho con este método, que en menos de un año se vio en estado de escribir con la mayor exactitud y correccion. Sigue tú este mismo metodo, amado Teotimo, y no dudes que observándolo con cuidado, antes que acabes tus estudios sabrás perfectamente tu lengua, sin que te haya costado mucho aprenderla.

No te es menos necesario el estudio de la geografia que el de los idiomas expresados. Como esta ciencia nos enseña la situacion de las varias regiones de la tierra, que á cada paso salen á la conversacion, si no tuvieses algun conocimiento de ella, te verias continuamente expuesto á decir los mayores disparates. Colocarias en Europa las provincias de la América ó de la Asia: cambiarias las situaciones de mar y tierra, y darias que reir á todos con tu ignorancia. Jamas olvidaré el apu-

ro y la confusion en que poco hace se halló un joven en una tertulia á que yo asistia. Tratóse casualmente de un viagero que habia llegadó de Calais á Douvres en dos horas, aunque hay siete leguas de distancia de una ciudad á otra. Oyendo ésto nuestro joven, y no sabiendo que semejante viage no puede hacerse sino por mar, saltó al instante: *Buen caballo debia de tener ese sugeto para hacer tan fuerte jornada.* *Nada de eso*, le respondió un fisgon, *no tenia mas que un caballo de madera. ¿Cómo*, replicó el otro, *andar siete leguas en dos horas sobre un caballo de madera? Eso es imposible. Es un disparate. Pues no dude usted que ha sido asi*, respondio el otro muy serio *aunque á la verdad con la circunstancia de que el caballo tenia alas, y andaba sobre el agua.* Comprendió entonces el joven que hablaba de un navío; se inmutó, se avergonzó, y se fue indignado consigo mismo por haberse hecho con su ignorancia el objeto de la risa de todos los concurrentes. Aprendió pues á costa su-

ya á no descuidarse de saber una ciencia que á cada paso es necesaria. Podrás tomar una tintura suficiente de ella leyendo un librito intitulado la geografia de los niños, y estudiando con cuidado los diferentes mapas que representan las cuatro partes del mundo.

Al estudio de la geografia has de añadir el de la cronología, que nos enseña el órden de los tiempos que han pasado desde la creacion del mundo hasta nuestros dias. Esta ciencia servirá para que no confundas los sucesos, y para que no incurras en los desatinados anacronismos en que acostumbran caer los que la ignoran. Tal fue el de un muchacho que en presencia de muchas gentes preguntó con gran serenidad á su padre si Luis XIV. habia conseguido alguna victoria contra Alejandro Magno. *No le faltaba valor para ello*, respondio su padre, *pero habia que vencer una corta dificultad, esto es, era necesario para verificarse, que Alexandro Magno hubiese resucitado; porque habia muerto muchos siglos antes que*

Luis XIV. viniese al mundo.

Pero el estudio á que debes aplicarte con mas cuidado es el de la historia, como el mas propio para adornar tu entendimiento y formar tu corazon. Es la historia un espejo que nos pone á la vista los sucesos mas notables que han acaecido sobre el teatro del mundo. En ella se ven brillar los rasgos de las virtudes mas heroicas, y se aprenden las revoluciones de los imperios, y las costumbres de los diferentes pueblos que han habitado la tierra. El hombre que posee la historia es hombre de todos los tiempos y de todos los paises, al paso que el que la ignora es como un estúpido bárbaro, que solo conoce los objetos que le rodean y lo que tiene delante de los ojos. Pero como el campo de la historia es inmenso, y necesita mucho tiempo para recorrerse, puedes ceñirte por ahora á la Historia sagrada, á la de tu patria y á la Romana, que son las que mas á menudo ocurren en la conversacion, y no debe ignorar un muchacho bien educado. Si no tienes

tiempo para leer los numerosos volúmenes que contienen estas historias, conténtate con leer sus compendios, en donde hallarás recogido todo lo mas importante.

Y no creas, amado Teotimo, que sea este estudio dificil y fastidioso. Antes no hay otro mas divertido ni mas agradable al entendimiento. A cada paso vemos gentes que lo prefieren á cualquiera otro entretenimiento, y que llegan aun á privarse del sueño para gozar del deleite que trae consigo. Haz tú mismo la experiencia. y hallarás seguramente el mismo atractivo. ¿ Te gusta el oir casos raros? ¿Te deleitas mucho cuando te cuentan sucesos memorables? Pues nada en esta parte podrá satisfacer mejor tus deseos y curiosidad que la lectura de la historia. En ella encontrarás los sucesos mas interesantes y mas curiosos que han pasado entre todas las naciones del universo. Leela pues con atencion. No puedes hacer mejor uso del tiempo que te queda despues de haber satisfecho á las obligaciones del aula,

que son primero. Encontrarás juntos en aquella ocupacion el provecho y el deleite; y al paso que ilustre tu entendimiento con los conocimientos que te dé, inclinará tu corazon al amor de la virtud con los admirables egemplos que te presente.

** Si, amado Teotimo, deseo no te olvides de estas importantes instruciones; y á fin de que las conserves con mas facilidad, te prevengo, cuides de hacer la distribucion de tus libros en las cuatro clases siguientes: primera, los libros de moral: segunda, los que sean correspondientes á tu estado: tercera, los que mas convengan para que puedas conocer el mundo fisico y moral; y cuarta, los que puedan servir para una honesta diversion.

CAPITULO XII.

De la aplicacion al trabajo.

No pongo duda, amado Teotimo, que desearás con ansia adornar tu entendimiento con todos los conoci-

mientos de que acabo de hablar; pero querrás quizas saber cuales son los medios de que te has de valer para adquirirlos. No hay otros que el estudio y el trabajo. Porque asi como el campo, por mas fertil que sea, no produce fruto alguno sino á fuerza del cultivo, asi el entendimiento mas despejado queda estéril y enteramente inútil si no se le ayuda por medio de un trabajo prolijo y constante. La siguiente fábula confirmará esta verdad.

FABULA XVII.

El diamante y el lapidario.

Cierto diamante, que en bruto
De tierra á un cubierto estaba,
Resistia al pulimento,
Y daba quejas amargas
Al lapidario, que diestro
Le iba lavando la cara:
Y á proporcion que sus cortes
Le cercenaban las barbas,
Desazonado y furioso
De este modo le gritaba:

» ¿ Qué haces hombre desalmado ?
¿ Acaso de obra ó palabra
Te he ofendido alguna vez?
¿Pues porque asi me maltratas?
Dicen los naturalistas
Que es mi dureza extremada;
Pero tú sin duda alguna
Mas dura tienes el alma
Líbrame , te lo suplico,
De esa rueda condenada
Que cada vez que da vuelta
El cuerpo me despedaza."
» Amigo, replica el hombre,
Es cierto que con tirana
Violencia te atormento;
Pero si no se te labra,
Si el arte en tí no se ocupa,
Serás siempre piedra basta
Sin valor llena de polvo,
Y en un rincon olvidada:
Y asi solo por tu bien
Te doy esta fuerte carda."
Prudente fue la respuesta,
Mas no le sirvió de nada.
Siguió el tozudo diamante
Sus quejas y su algazara,
Hasta que al fin el artista
Con sus lamentos se ablanda,

Y en un rincon lo abandona
Al polvo y las telarañas:
Alli sin luz y sin moscas
Durmió nuestro camarada
Largo tiempo, y aun durmiera
Si su amo no se acordara
Un dia de él; condolido
De ver alli despreciada
Alhaja de tal valor
Me le vuelve á echar la garra,
Diciendo: »¿Piedra tan rica
Ha de estar abandonada?
No señor." La pone al punto,
A pesar de su matraca,
Al taller, y sin piedad
A puros golpes la labra:
Cada vez se ve el diamante
Con figura mas bizarra;
Conforme se va puliendo
Arroja luces mas claras:
Queda al fin abrillantado,
Y deslumbra con las llamas
Que arroja á los que lo miran.
Todos á una voz lo alaban;
La fama de su hermosura
Llega á oidos del Monarca,
Que ordena que á su presencia
Se lo traigan sin tardanza:

Apenas lo ve lo admira,
Y que se coloque manda
Sobre la corona Real,
Para darla nueva gracia.
Desde alli con su belleza
Y con sus fuegos encanta
El mismo diamante, que antes
Que su dueño lo labrara,
Sin dar resplandor alguno,
Cubierto de tierra y manchas,
A la vista parecia
La piedra mas ordinaria.

En vano naturaleza
Nos da las prendas mas raras;
Jamas producirán fruto
Si el trabajo no las labra.

Aunque tuvieras el talento mas sublime, de nada te serviria sino tuvieses cuidado de labrarlo; y por el contrario, aunque la naturaleza se hubiese contentado con darte una mediana disposicion para las ciencias, podrias hacer en ellas los mayores progresos, con tal que suplieses lo que faltaba por parte de talento con una aplicacion infatigable al estudio. Asi ve-

mos todos los dias que los campos mas estériles á fuerza de cultivo producen abundantísimos frutos ; porque el trabajo vence todas las dificultades, y sobrepuja todos los obstáculos.

Cuéntase que Demóstenes halló en su natural disposicion tales impedimentos, que parecian imposibilitarle de poder hablar jamas en público. Tenia un defecto en la lengua que le estorbaba el pronunciar muchas palabras seguidas; su voz era desagradable, y su pecho sumamente débil; pero sabiendo que con el trabajo se consigue todo, lejos de ceder á estas dificultades se animó mas á vencerlas. Ya para corregir la torpeza de su lengua se llenaba la boca de piedrecitas, y recitaba en alta voz muchos versos seguidos. Ya para fortalecer su pecho declamaba violentamente, trepando al mismo tiempo á toda prisa por lugares escarpados. Aun hay quien diga que estuvo metido tres meses en un parage subterráneo, sin otra ocupacion que la de arreglar su tono y sus movimientos, teniendo un espejo delan-

te para corregir mejor sus faltas. No fueron inútiles estas fatigas; pues á fuerza de luchar con su naturaleza, triunfó de ella con tal felicidad que llegó á ser el mayor orador de la Grecia.

No te desanimes pues, aunque no tengas uno de aquellos extraordinarios talentos que tanto suele excasear la naturaleza; antes bien á egemplo de Demóstenes procura, como te he dicho, suplir la esterilidad de tus talentos con mayor aplicacion al estudio. El famoso filósofo Cleanto era de entendimiento muy limitado; pero durante su juventud asistió con tal empeño y atencion á las lecciones de Cenon su maestro, que en breve se adelantó á todos sus condiscípulos, y llegó á ser la lumbrera de su siglo. No son por lo regular los entendimientos mas vivos los que hacen mas progresos en las ciencias, sino los que mas se aplican al trabajo. Pretenden algunos autores que Boileau no tenia mas que un talento regular; pero nadie trabajó sus obras con mas prolijidad que él. Gastaba á veces dias enteros en

pulir y limar un solo verso; y asi no hay obras mas exactas y mas concluidas que las suyas.

Pero sean los que se fueren tus talentos, tengas mucha ó poca facilidad en comprender, acuérdate siempre que el trabajo es absolutamente preciso para prosperar. Los mayores ingenios han tenido que echar mano de este medio para adquirir la ilustracion y la ciencia que admiramos en sus obras. Plinio el mayor tenia tanto cuidado en aprovechar el tiempo, que aun cuando salia á la calle salia siempre en litera para poder leer sin que le estorbasen las gentes. Mientras siguió la abogacía jamas iba al tribunal sin llevar consigo un libro, para poder emplear en leer el corto tiempo que pasaba desde su llegada hasta que comenzaba la sesion. Su sobrino, Plinio el menor habia heredado su aficion al estudio. El mismo cuenta en una de sus cartas, que aun cuando iba á cazar llevaba consigo su libro de memorias para poder traer á falta de caza alguna especie útil y nueva. Ademas de estos exempla-

res pudiera citarte el de un antiguo filósofo llamado Carneades, tan embebido en sus libros que muchas veces se olvidaba de que era hora de comer; de modo que su criada tenia que sacarle por fuerza de su estudio para hacerle tomar algun alimento. De Diógenes se cuenta tambien que desde su niñez fue aficionadísimo al estudio, y que habiendo ido un dia á oir las lecciones de Antístenes, su maestro, este le envió á pasear, diciendole que no tenia que enseñarle. No bastó semejante desaire para desanimar á Diógenes, antes bien sirvió para que le importunase con ruegos y con instancias. Pero Antístenes, que queria desembarazarse de él, ó quizá experimentar su constancia, le replicó con mas dureza, y aun le amenazó darle un golpe. Pégueme usted, dijo Diógenes, todo lo que quiera, con tal que deje usted que le oiga.

Pero ve aqui otros dos casos tanto mas extraordinarios, cuanto sucedidos con dos niños de tu edad. El primero es el de un muchacho griego llamado Euclides, que á pesar de la

prohibicion hecha á sus compatriotas los de Megara de tratar á los Atenienses, iba todas las noches á Atenas, favorecido de la oscuridad, para tener la dicha de oir las lecciones de Sócrates, y volvia todas las mañanas á Megara, vistiéndose para esto de muger con un manto de diferentes colores como se estilaba, y cubierta la cara con un velo para no ser reconocido. El segundo egemplo es el del joven Duque de Borgoña, que durante la larga enfermedad que privó de él á la Francia, no echaba menos otra cosa que sus libros. Sintiéndose un dia algo aliviado, hizo las mayores instancias á su ayo para que se los trajese, y preguntándole este la razon de esta pasion extraordinaria al estudio, respondio el niño: *es que temo olvidar lo que sé, y hay ademas mil cosas que deseo aprender.* Con tales disposiciones no hay que extrañar que antes de cumplir los nueve años tuviese el entendimiento adornado de tantas noticias.

Ya te he dicho, amado Teotimo, y no me cansaré de repetirtelo; que

el amor al trabajo es la mejor disposicion para adquirir las ciencias, y que ningun joven que se aplique con empeño puede dejar de hacer en ellas progresos rápidos. Acostúmbrate pues, con tiempo á amar el trabajo. Si no le cobras aficion durante tu juventud, jamás se la tendrás, y seras inútil para todo. Al principio quizá te costará alguna mortificacion; pero luego que te habitúes, se trocará en deleite. Ademas de que los frutos que consigas recompensarán sobradamente los malos ratos que te hubiere causado. ¿Qué mayor satisfaccion puedes lograr que la de verte al frente de una aula, aventajarte á todos tus émulos, ser el objeto de la complacencia de tus padres, y gozar la estimacion y amistad de tus maestros? Pues todo esto conseguirás si te dedicas con esmero al estudio; pero si lo abandonas quedarás entregado á la ignorancia y al desprecio, y tendrás que sufrir mil mortificaciones por parte de tus maestros, de tus padres, y aun de tus condiscípulos. Esto mismo dió á

entender un gusano de seda á un joven estudiante en la siguiente fabula.

FABULA XVIII.

El estudiante y el gusano de seda.

En un colegio un estudiante habia
A Nebrija muy poco aficionado,
Y menos aun á estar tan encerrado.
Mirando como hilaba cierto dia
Un gusano de seda que tenia
Por gusto, dijo: "¿A qué tan afanado
Trabajas por quedar encarcelado?"
Esta respuesta la sabiduría
Dictó al gusano; es claro su sentido:
"Si yo de encarcelarme estoy ansioso,
Despues que esté algun tiempo recluido,
Mariposa saldré del tenebroso
Sepulcro, y si no estoy en él metido
Seré siempre un gusano fastidioso."

** No creas, amado Teotimo, que el estudio es siempre agradable; puede compararse á la rosa, que tiene belleza y hermosura, pero al mismo tiempo está por todas partes cercada y rodeada de espinas. Los principios de las ciencias y ar-

tes te molestarán ; mas tu aplicacion y aprobechamiento convertirán en dulzura todo el trabajo. Pero debes abstenerte de aquellos excesos que pueden comprometer tu vida, ó debilitar gravemente tu salud. El desarreglo é inmoderacion en la lectura extenúa el cuerpo y fatiga el espíritu : y ten entendido, que sucede al almá, lo mismo que al cuerpo, que el demasiado alimento en vez de nutrirle le entorpeze y abruma.

CAPITULO XIII.

De la pereza y ociosidad.

La pereza ha sido siempre el defecto mas comun en los niños; por mas que se les predique contra este vergonzoso vicio, como no preveen sus funestas consecuencias miran todas las advertencias que se les hacen como vanas declamaciones, y se entregan con la mayor facilidad á él, por lo mismo que se les presenta con apariencia agradable, y que parece prometerles la mayor felicidad. Quizá será esta la idea que tú mismo, ó

amado Teotimo, tienes de la pereza. ¡No lo quiera Dios! Pero si lo es, desengáñate y aprende á conocerla mejor. Asi la retrata uno de nuestros Poetas latinos.

Al pie del monte Parnaso, dice, hay una profunda cueva, obra de la naturaleza sin el socorro del arte. Al frente de esta gruta informe hay un campo dilatado y estéril, al cual jamas llegó el arado ni surcó el labrador. En lugar de doradas espigas solo produce espinas y abrojos. Reina al rededor de esta morada una quietud profunda. Jamas en ella se interrumpe el silencio, ni aun por el canto de las aves. Solamente se oye la voz del mas vil de los cuadrúpedos, cuando con sus gruñidos anuncia á los habitantes de aquel lugar, sepultados en un profundo sueño, que ha llegado el sol á la mitad de su carrera. En lo interior de la cueva se descubre un lecho de grama rodeado de adormideras. En el descansa dulcemente una indolente diosa, á la que se ha dado el nombre de Pereza, diosa amada de los niños y de la juven-

tud, aun muchas veces de los mas adelantados en edad. Esta diosa, desidiosa, sale algunas veces de su lóbrega mansion, y se presenta á la luz del dia; pero aunque apoyada sobre un cómodo cayado, apenas puede dar un paso. Semejante á la tortuga, en lugar de andar parece que arrastra, tituveando y tropezando á cada paso. Inútilmente se esfuerza en abrir sus ojos á la luz, el sueño cierra inmediatamente sus párpados, y su cabeza cayendo por su propio peso á cada instante se une con su pecho. Apenas anda algunos pasos cuando se detiene para descansar en una silla prevenida por la poltronería. Está siempre á su lado la ignorancia su hija, que se da á conocer por sus largas orejas, que sobrepujan en altura á su cabeza, y por la venda espesa que cubre sus ojos.

Tal es el fiel retrato de la pereza, ó por mejor decir, la imágen adecuada de un niño perezoso. El mas perspicaz talento se inutiliza en sus manos, y no produce fruto alguno. Ocupado únicamente en satisfacer sus

sentidos, pasa los dias entregado á la desidia, y á un especie de letargo. Cualquier libro es para él un peso intolerable. Si alguna vez lo toma á pesar suyo, inmediatamente se le cae de la mano. Mas quiere fastidiarse que ocuparse, y prefiere la ignorancia á todos los conocimientos que necesitan de trabajo para adquirirse; pero tambien le acompaña por todas partes el desprecio. En cualquiera aula que esté ocupa siempre el último lugar, y no experimenta otra cosa de sus maestros que reprensiones y castigos.

Pero lo mas deplorable es que á la pereza se siguen las mas funestas consecuencias, y que de ella recibe mortales golpes la inocencia. Porque dejando á un lado la irreparable pérdida de la juventud, que por sí sola es un mal de la mayor consideracion, la ociosidad que es madre de todos los vicios no puede menos de precipitar al infeliz joven en toda clase de desordenes. No empleando bien el tiempo, precisamente lo empleará mal; se unirá con

otros que se le parezcan; gastará el tiempo del estudio en paseos peligrosos, ó en conversaciones sospechosas, y de aqui pasará regularmente, lo que Dios no quiera, á cosas peores. Esta no es una pintura imaginaria. La experiencia nos enseña que rara vez habita la virtud en el corazon de un niño perezoso; y asi puedo asegurarte que en general siempre sigue el vicio á la ociosidad. Por esta razon se ha considerado siempre el trabajo como uno de los mejores preservativos contra el desórden de las costumbres. Cuéntase en las vidas de los Padres del desierto, que el superior de una de aquellas casas solitarias, despues de haber tenido toda la mañana á sus súbditos ocupados en hacer cestas de mimbres, les obligaba por la tarde á deshacerlas, de modo que nunca salian del principio de su trabajo. Entre dichos solitarios hubo uno que cansado de esta insulsa tarea, que le parecia enteramente inútil, se presentó á dicho superior y le dijo sencillamente que estaba admirado

de que se les hiciese malgastar el tiempo de aquel modo, y que hacer y desacer, en buenos términos, era no hacer cosa alguna. *Te engañas hermano*, replicó el Abad; *vive persuadido de que no pierdes el tiempo, acuérdate que no debe tenerse en poco el evitar la ociosidad.*

Esta idea no era privativa de aquel solitario. Todos los sabios igualmente han mirado la pereza y la ociosidad como el mas pernicioso vicio; y no falta quien diga que entre las leyes que dió Dracon á los Atenienses, habia una que condenaba á muerte á cualquiera que fuese convencido de haberse abandonado á dicho vicio. Sin duda te parecerá esta ley demasiado severa; pero á lo menos te dará á conocer el concepto que se ha hecho siempre del hombre perezoso.

Huye pues, ó amado Teotimo, de la pereza como de un monstruo que no te halaga sino para sacrificarte á todos los vicios. La fábula nos cuenta que las sirenas con el sonido de sus voces melodiosas atraian

á su isla los navegantes, y despues de tenerlos en ella los sumergian en la ociosidad y en el deleite, y los trasformaban al cabo en brutos. Ulises enterado de esto, y viéndose obligado á pasar cerca de la isla de estas pérfidas ninfas, se hizo tapar los oidos para no percibir su canto, y con esta precaucion evitó el caer en sus manos. Haz cuenta que la pereza es para tí una de estas engañosas sirenas, que procura atraerte con sus hechizos para hacerte semejante á los animales sumergiendote en la ignorancia y en los vicios. Imita la conducta del prudente Ulises. Huye de sus funestos atractivos, y esmérate en consagrar tu juventud al trabajo. La ociosidad te gustaria á los principios, pero causaria tu perdicion, y el trabajo, aunque te cueste algun esfuerzo, será para tí el manantial de mil preciosos bienes. El labrador que cultiva y siembra su campo tiene que pasar muchas fatigas, que ahorra el que deja el suyo inculto; pero tambien recoge una abundante mies, y este

otro se ve reducido á la mayor pobreza. Tal es la diferiencia entre el trabajador y el perezoso. La fábula siguiente contribuirá á que juzgues de ambos como debes.

FABULA XIX.

El padre de familias y sus dos hijos.

Por el ameno campo
Paseaba cierto dia
De fiesta con dos hijos
Un padre de familias.
Ambos eran dotados
De comprension muy viva,
Mas sus inclinaciones
En nada parecidas:
El uno era estudioso
Y dócil; preferia
El otro hermano el juego
A Vives y Nebrija.
Comun entre estudiantes
Suele ser tal desidia,
Pero en grado el mas alto
El nuestro la tenia
Bien sus distintos genios
El padre conocia,

Y para el perezoso
Buscaba medicina.
Como esto le ocupaba,
En la hermosa campiña
Vió volar dos insectos
De prendas muy distintas.
La infatigable abeja,
Y la mariposilla
Liviana; el padre atento
A su prole querida
El caso aprovechando
Esta leccion le dicta,
Señalando los bichos
Que el aire discurrian:
» ¿Veis estos dos insectos
Que entre las flores giran?
Pues son de vuestros genios
Imágenes cumplidas:
Tú que con tal cuidado
Al estudio te aplicas.
En la prudente abeja
Tu fiel retrato mira.
Como á ella su trabajo
Da mieles exquisitas,
Asi honor, ciencia y bienes
Te darán tus fatigas;
Mas, hijo, tu que ocioso
(Vuelto al otro seguia)

El estudio abandonas
Y á jugar te dedicas,
En esta mariposa
Ligera y aturdida,
Hallas bien retratada
Tu inquietud y desidia.
De flor en flor volando
Corre la pradería,
Sin que del vano juego
Fruto alguno consiga:
Y despues de mil vueltas
Inútiles y listas,
Al fin sin hacer nada
Viene á acabar su vida.
¿Y esperas otra suerte
Si como ella deliras?»
Lo mismo digo á todos
Los niños que la imitan.

**. Si, amado Teotimo, debes estar persuadido, que una de las mayores desgracias que afligen mas á la especie humana, es el vergonzoso vicio de la pereza y ociosidad. La religion cristiana le tiene marcado entre los pecados capitales. Las leyes de todos los pueblos civilizados le han considerado como la escuela donde se aprende la profesion

del latrocinio, y de los demás delitos que conducen á los hombres á la miseria y á los patívulos; y no es estraño, que la sabia Roma, despreciase en tan alto grado á los ociosos y holgazanes, que mejor queria dejarles morir, que mantenerles en este vicio. En nuestra España se les ha impuesto algunas penas, y creo que en el dia estabamos en el preciso caso, de reagrabarlas, ó de adoptarse otras medidas políticas capaces de contener sus progresos. Atiende ademas á lo que se halla escrito en el libro de la Sabiduría. »*Pasé por el campo del perezoso, y he aqui que las ortigas le habian llenado todo; las espinas habian cubierto toda la tierra, y la cerca de piedra estaba destruida; habiendo visto esto reflexioné, y escarmenté en cabeza agena. El perezoso esconde sus manos debajo de los sobacos, y no las llevará á su boca. Perezoso, vé á la hormiga, reflexiona sus caminos, y aprende sabiduría. Ella sin tener quien la enseñe, ni quien la gobierne se previene de mantenimiento en el estío, y al tiempo de la siega hace provision para comer despues. No gastes de dormir mucho para que no te persi-*

ga la pobreza; madruga y tendrás abundancia de pan."

CAPITULO XIV.

De las diversiones y juegos.

Aunque te he encargado con tanto empeño que huyas de la pereza y ociosidad, no pretendo con esto, amado Teotimo, que se extienda esta prohibicion á privarte totalmente de las diversiones y juegos. El entendimiento no puede estar siempre ocupado: necesita descansar de cuando en cuando, y tomar algun aliento. De S. Juan Evangelista se dice que despues de haber satisfecho á las penosas obligaciones de su apostolado, se divertia en domesticar una perdiz; y que habiéndole manifestado alguno su admiracion de verle con este entretenimiento, le respondió, que del mismo modo que un arco no podia siempre estar tendido, no sufria la flaqueza del hombre que estuviese sin interrupcion entregado al trabajo. En este supuesto no desapruebo

yo que te diviertas, ni que interpoles el trabajo con el descanso; lo que quiero únicamente es darte algunos consejos, para que en las diversiones que te tomes evites todo lo que pueda hacértelas funestas y volvértelas veneno.

Has de saber pues que no todos los entretenimientos son lícitos. Hay algunos peligrosos y culpables; pongo por egemplo, los espectáculos, las conversaciones libres, las leyendas sospechosas &c.; y por consiguiente debes totalmente privarte de ellos. Es cierto que divierten el corto tiempo que duran; pero á este deleite momentáneo se le siguen los remordimientos, la inquietud y los latidos de la conciencia, que causan mucho mayor dolor que gusto la diversion precedente. Esaú se deleitó en comer el plato de legumbres que compró á su hermano Jacob; pero cuando despues de haberlas comido comenzó á reflexionar que habia cedido por ellas su primogenitura, se puso á rugir como un leon, y no podia consolarse de haber sacrifica-

do los mayores bienes á un placer instantáneo. Esto mismo pasa á todos aquellos que por disfrutar una satisfaccion transitoria pierden su inocencia, que es el bien mas precioso que poseemos. Quiera Dios, amado Teotimo, que jamas te suceda otro tanto. Bien te guardarias de beber ponzoña, aunque estuviese mezclada con miel; pues haz lo mismo con las diversiones ilícitas. Considéralas como un veneno sutil, que al paso que agrada al paladar da muerte al alma. La sagrada Escritura presenta una viva imagen de esta verdad en la persona de Jonatás.

Habiendo ido un dia este joven Príncipe acompañado de su escudero á acometer á los Filisteos, infundió tal temor en su campo y tal confusion, que volvieron las armas unos contra otros y comenzaron á matarse entre sí. La noticia de este desórden llegó en breve al campo de los Israelitas; y Saul enterado de la ausencia de Jonatás, congeturando lo que habia sucedido, resolvió marchar inmediatamente á perseguir á los ene-

migos, para completar la victoria principiada con tanta felicidad por su hijo. Pero antes de ponerse en marcha juró quitar la vida á cualquiera que tomase el menor alimento mientras no acabase el dia. Observaron exactamente sus órdenes todos los soldados, aunque hallaron muchísima abundancia de miel en el camino; pero Jonatás, que ignoraba el juramento de su padre, viéndose desfallecido con la fatiga que habia sufrido en el combate, cogió un poco de miel con la punta de una varita, y se la puso en la boca. En esto, llegada la noche, hizo alto el egército para descansar un poco, y queriendo volver á marchar para continuar el alcance de los Filisteos, consultó Saul al Señor para saber cuál seria el éxito de esta nueva empresa. Pero viendo que Dios no le daba respuesta, sospechó que alguno de los individuos de su egército le habria irritado, desobedeciendo á la prohibicion que habia hecho, y juró que, aunque fuese el mismo Jonatás, le haria pagar su desobedien-

cia. Mandó en efecto que se echasen suertes para ver si el Señor descubria el culpado, y cayó la suerte sobre Jonatás. ¿Que has hecho? le dijo entonces Saul su padre. ¡Ay de mí! respondió el jóven Príncipe; yo, Señor, me vi muerto de hambre, tomé al pasar, con la punta de una varita, un poco de miel: ¿y he de perder por eso la vida? Sí, replicó Saul, morirás: iba en efecto á cumplir su juramento; pero el pueblo, movido de compasion, desarmó su cólera, y consiguió á fuerza de ruegos que perdonase á Jonatás.

Ve aqui, amado hijo, un ligero bosquejo de lo que te sucederia si, á pesar de las órdenes de Dios, verdadero padre y Rey tuyo, te atrevieses á probar algunos de esos deleites que te ha prohibido. Llámolo un ligero bosquejo, porque Jonatás no murió realmente; y tú, amado Teotimo, padecerias una muerte aun mas funesta que la que se destinaba á este Príncipe, y podrias decir con mas razon que él: he probado un poco de miel, esto es, un brevisimo deleite, y

ha dado este la muerte á mi alma. Para que comprendas aun mejor cuales son las consecuencias de las diversiones peligrosas é ilícitas, lee la siguiente fábula.

FABULA XX.

La Mosca y la leche.

Una mosca holgazana andando á caza
Como suelen, de alguna golosina,
Rodando una cocina
Ve colmada de leche una gran taza:
¡Bueno! dice, encontré lo que buscaba;
Dichosa soy: de esta hecha
Para seis meses quedo satisfecha.
Asi la tontarrona se engañaba,
Bien agena de creer que una bebida
Tan dulce habia de acabar su vida;
Se arroja pues muy lista y muy gozosa
En aquel mar de leche; se recrea,
Y se atraca á su gusto, y sin cuidado:
Al fin se cansa ya de andar á nado:
Quiere salir, pero es fatiga ociosa:
Boga por todas partes, y rodea
La taza, mas en vano;
De aquel vasto oceáno

Toda la costa esta tan escarpada,
Que no puede treparla; al fin cansada,
Va á beber de las aguas del Leteo (1).

El joven que engañado del deseo
Se entrega á algun deleite peligroso,
Tiene este paradero lastimoso.

Pero no todas las diversiones son de esta naturaleza. Hay muchas lícitas é inocentes, como las conversaciones honestas, el paseo y los juegos moderados; pero aunque estas no son culpables, y puedes usar de ellas, debes con todo observar ciertas reglas y condiciones, sin las cuales pudieran causarte perjuicio.

1.ª No debes dedicar al juego mas tiempo que el que te sea permitido, porque si se alarga, y nos ocupa demasiado rato, en lugar de servirnos de remedio nos daña, desperdiciamos en él sin necesidad un tiempo cuyos instantes son de infinito precio. Perde-

(1) Leteo rio del infierno, segun la fábula. La expresion quiere decir que murió.

mos la aficion al estudio, y nos inclinamos á la ociosidad, de modo que en lugar de renovar las fuerzas de nuestra alma, las relaja y las debilita. S. Agustin llora amargamente en sus Confesiones la demasiada aficion, que tenia al juego durante su niñez, y el tiempo que en él habia malgastado, pudiendo emplearlo en adquirir conocimientos útiles.

2ª Es menester que el juego sea desinteresado, porque apenas damos entrada al interés y á la codicia de ganar, cuando deja de ser diversion, y se vuelve una ocupacion seria, que fatiga el ánimo, agita el corazon, y revuelve las pasiones. De aqui viene que notemos en los jugadores aquel semblante inflamado, aquellos ojos encendidos, aquellos ímpetus de cólera que les hacen extender muchas veces su insensata venganza aun á los mismos instrumentos del juego. Este es tambien el orígen de aquellas expresiones picantes y de aquellas violentas disputas que á cada paso se mueven entre ellos, y los precipitan algunas veces en los últimos exce-

sos. Verás una imágen sensible de esta verdad en la fábula que te voy á relatar.

FABULA XXI.

El perro faldero y el gato.

Pichon, perro faldero, retozaba
Con fray Meloso, gato que habia sido
Criado de pequeño en un convento,
Y habiendo apostatado se encontraba
En el siglo, sirviendo á un caballero,
Con el perrito estrechamente unido.
Segun relata el viejo, autor del cuento,
Como hermanos, con juego placentero
Ambos á dos se urgaban, se corrian,
Ya las zarpas ya el diente
Manejando, mas siempre blandamente.
La union reinaba entre ellos; florecia
La deleitable paz; pero envidiosa
La discordia, arrojó la perniciosa
Manzana entre los dos. Sucede un dia
Que el amo de sus gracias encantado,
Un sabroso bocado
Les echa. Para el juego en el momento:
Los que antes se querian como hermanos,
Tocan con sus gruñidos á rebato;

Con encono sangriento
Se muerden y se arañan inhumanos;
En fin, proceden como perro y gato,
Y por coger la deseada presa,
Sin duda hubieran á la orilla aciaga
De Aqueronte bajado hechos pedazos,
Si el amo al ver que su furor no cesa,
No coge una zurriaga,
Y á los guapos separa á latigazos.

Acaece lo mismo en todo juego;
Si llega el interes á introducirse,
Cesa la diversion, se enciende el fuego
De la discordia, y viene á convertirse,
En furor, en injurias, en quimeras,
Y á veces en desgracias lastimeras.

Pero aun cuando no tuvieras que temer inconveniente alguno de estos, siempre deberias huir de todo juego interesado. No porque sea malo que se atraviese algun dinero en el juego, siendo moderado, sino porque se hace costumbre de esto, se excede de los límites de la moderacion, y vienen á atravesarse tales sumas, que causan gravísimo daño al que las pierde. ¿Pero en qué desórdenes no pre-

cipita esta furiosa pasion á la juventud? ¿Cuántos vemos sumergidos en la miseria, tristes víctimas de este vicio, el mas tirano de todos? ¿Cuántos conocemos que han sacrificado en las aras de esta cruel furia sus caudales, sus haciendas, sus esperanzas y aun el amor y la benevolencia de sus padres? Te causaria horror el juego si estuvieras instruido de todas las desgracias que ha ocasionado aun á las familias mas opulentas.

Desconfia pues de todo juego interesado, y jamas pierdas de vista estas juiciosas máximas de Madama Deshoulieres.

Amargos son los placeres
Siempre que se abusa de ellos:
Es bueno jugar un poco,
Mas solo por pasatiempo;
Que el que por oficio juega,
De comun consentimiento,
De hombre no tiene otra cosa
Que la presencia y el gesto;
Ni es fácil como se piensa
Al jugar mucho dinero
Que conserve la honrradez;

Pues de ganar el deseo
Dia y noche le atormenta
Como un activo veneno;
Por ser el bobo comienza,
Y acaba por ser fullero.

3. Es menester portarse siempre en el juego con igualdad y cortesía; lejos de tí toda prontitud, toda impaciencia. No imites á aquellos que siguen con el semblante y los modales las mudanzas del juego, que se entregan á una excesiva alegría cuando les favorece, y se llenan de una negra melancolía cuando les es contrario. Evita aun con mas cuidado todo movimiento de ira, y toda obstinacion en sostener tus derechos. Siempre es mejor ceder al contrario, que ofenderle con palabras amargas. Juega en una palabra de tal manera que á nadie ofendas, y no dañes á tu conciencia con las faltas que son tan comunes en el juego.

** Hay, amado Teotimo, recreaciones que autoriza la misma virtud, y que las encontrarás llenas de atractivos cuan-

do solo te diviertas por necesidad; un juego por amistad, y por cumplir con la sociedad; una conversacion alegre y chistosa; un paseo, una lectura importante; un partido de pelota; un dia de caza; comidas entre buenos amigos y risas inocentes: estas han de ser tus diversiones; y te parecerán muy deliciosas si conoces la naturaleza del verdadero placer, es decir, *aquel placer que no se compra con afán ni remordimiento*, *y que deja siempre al alma en un mismo grado de felicidad.*

CAPITULO XV.

De la mentira.

La mentira es uno de los defectos mas comunes de los niños. Cuando cometen alguna falta, y temen la reprension ó el castigo, procuran ocultarla con el velo de la mentira para librarse de ambas cosas. No creo, amado Teotimo, que jamas hayas echado mano de tan indigno estratagema; pero como puedes hallarte en ocasion en que estes expuesto á usarlo, es menester precaverte con-

tra este vicio, y hacértelo mirar con el debido horror.

No hay otra cosa en efecto mas aborrecible que la mentira. Ultraja á Dios, engaña á los hombres, y nos hace incurrir en la indignacion de aquel, y en el desprecio de estos. Los Gentiles mismos han reconocido y condenado su indignidad. Unos la consideraron como una injusticia, y otros como la señal de un hombre ruin. Llegaron algunos de ellos á tal delicadeza en este punto, que jamas quisieron mentir, ni aun en chanza. Cornelio Nepote atribuye á Atico, y elogia en él esta delicadeza. Homero cuenta que Aquiles repetia muchas veces que miraba con mas horror á cualquiera embustero que á la misma muerte. Los Persas consideraban la mentira como el vicio mas vergonzoso, y desde que sus hijos llegaban á la edad de cinco años nada les recomendaban con mas ahinco que el que siempre dijesen la verdad.

No puedo excederme, amado Teotimo, por mas que te repita igual

encargo, y quisiera grabar en tu corazon la máxima que un sábio Príncipe escribió con el dedo sobre los lábios de su hijo: *antes morir que mentir*. Este es el único medio de conseguir la estimacion y la confianza de aquellos con quienes vivas, porque nadie se fia de un embustero. Como se sabe que habla de un modo, y muchas veces piensa de otro, todo el mundo sospecha de su sinceridad, y no se da crédito alguno á sus palabras, aun cuando dice la verdad, por el justo temor de que mienta en aquel caso como en otros en que se le ha cogido en este fallo. Richer ha aclarado mas y mas esta verdad con la siguiente fábula.

FABULA XXII.

Los pastores.

Pascualillo el pastor hacia el lobo,
Y el campo por reirse alborotaba,
Gritando alguna vez, al lobo, al lobo,
Cuando en venir el lobo no soñaba.
Al oir de su voz el lastimero

Eco los compañeros acudian;
Mas viendo ya la burla al embustero
Dejaban que gritase, y le decian:
„Llegará el tiempo en que de veras llames,
Y entonces será en vano,
Pues que por mas que clames
Nos estaremos mano sobre mano."
Se cumplió. Llegó un lobo carnicero,
Se metió en el redil, y en un instante,
A pesar del pastor, del incesante
Ladrido de los perros,
No perdonó ni á oveja ni á carnero:
Huyó Pascual, y por aquellos cerros
Mil voces dió las mas desaforadas;
Sus compañeros todos se reian,
Y de lejos con voces y palmadas
Sin moverse ni un paso respondian:
De manera que el lobo de mal año
Salió á costa del mísero rebaño.

Nunca se queje el que á otros ha mentido,
Si aunque verdad les diga no es creido.

Acostúmbrate pues á mirar siempre con horror la mentira, y á considerarla como un vicio indigno de todo hombre honrado, y principalmente de un cristiano; porque no

hay cosa en efecto mas opuesta á la honradez y á la religion que el decir lo contrario de lo que se piensa. No nos ha dado Dios la facultad de hablar sino para manifestar la verdad, y por consiguiente el servirse de ella para mentir y para engañar á los que tratamos es abusar de los dones del Señor, y oponerse á sus intenciones.

Sin duda me replicarás, ¿por qué no ha de ser lícito el mentir cuando la mentira á nadie daña, y es útil para nosotros mismos, librándonos de algun mal que nos amenaza? Para responder á tu dificultad me contentaré con citarte el egemplo y las palabras de Telemaco.

Siendo jóven este Príncipe llegó en compañía de Narbal, su amigo, á Tiro, en donde reinaba Pigmaleon. Habiendo sabido Narbal que el cruel Monarca habia dado órden de prender á Telemaco, y no ignorando que si llegaba á averiguar que era hijo de Ulises le quitaria la vida, corrió inmediatamente á encontrarle, y le

habló en estos términos: *Tengo precision, ó Telemaco, de presentarte al Rey; te hará mil preguntas acerca de quien eres, y has de responder que eres de Chipre, natural de la ciudad de Amatonta, é hijo de un estatuario de Venus. Declararé por mi parte que conocí en otro tiempo á tu padre, y quizá el Rey sin mas examen te dejará ir. No hallo otro medio de salvar tu vida y la mia. Abandona,* respondio Telemaco, *abandona á este infeliz contra quien está empeñada la suerte. Yo se morir, ó Narbal; pero no sé resolverme á mentir. No soy Ciprio, y soy incapaz de decirlo. Los dioses ven mi sinceridad. Poder tienen para conservar mi vida, y ellos dispondrán medio, si quieren. Pero yo no me valdré de la mentira para salvarla. Si esta mentira*, replicó Narbal, *es absolutamente inculpable, á nadie daña, salva la vida á dos inocentes, y aun al mismo Rey no le engaña sino para impedir que cometa un atroz delito. Tú eres demasiado nimio en el amor á la virtud, y te*

excedes hasta el extremo en el temor de ofender la religion. Basta, replicó Telemaco, *que la mentira sea mentira para que sea indigna de un hombre que habla en presencia de los dioses, y que todo lo debe á la verdad. El que falta á ella ofende á los dioses, y se ofende á sí mismo, porque habla contra su conciencia. Cesa, pues, ó Narbal, de proponerme una cosa indigna de tí y de mí. Si los dioses nos miran con piedad, ya sabrán librarnos; y si quieren dejarnos morir, moriremos víctimas de la verdad, y dejaremos á los hombres un egemplo que les enseñe que debe preferirse la pureza de la virtud á una larga vida.*

Tal era el modo de pensar de este jóven Príncipe, que preferia la muerte á la mentira; y tales deben ser tambien las disposiciones de todo niño que se precia de religion y de virtud. Jamas te hallarás por lo regular en un lance tan apretado como el de Telemaco; pero podrá suceder que te veas en la alternativa de men-

tir, ó de confesar una falta de la que te resulte alguna reprension ó castigo; y en tal caso jamas prefieras tu conveniencia á la verdad.

La mentira te dañaria mas que el castigo mas seguro. Ya está medio enmendada la falta cuando hay valor para confesarla, y seria acrecentarla hasta lo sumo el querer negarla. Jamas se gana cosa alguna con mentir, y siempre se pierde mucho. Ademas de ofender nuestra conciencia, incurrimos muchas veces en castigo mas riguroso, porque nadie perdona á la mentira. Al contrario, siempre es ventajoso decir la verdad. Damos á conocer con esto, que si hemos tenido la flaqueza de cometer aquella falta, tambien tenemos el valor de confesarla; y esta sinceridad basta muchas veces para conseguir el perdon. Me acuerdo de un pasage sobre este propio asunto, que al mismo tiempo que te divierta confirmará la verdad de cuanto he dicho.

FABULA XXIII.

El Principe y los forzados.

Tenemos ciertas casas de madera,
En los puertos, que son el paradero
Regular donde todos los bribones
Con un remo en la mano
Hacen la penitencia mas severa,
Bajo de un director fuerte y austero,
De todas sus pasadas sinrazones:
De las galeras hablo en castellano:
En esta habitacion tan miserable
Llegó á entrar cierto dia
Un Príncipe curioso que corria
El mundo: luego que entra, los forzados
Viendo aquella ocasion tan favorable
De salir del colegio, se presentan
A su Alteza, le imploran humillados,
Y sus causas le cuentan
Cada cual sus razones alegando,
Y la vida anterior santificando.
Ninguno entre ellos se halla delincuente;
El uno echa la culpa al escribano,
O á una calumnia; el otro á la dureza
De su juez: este culpa su pobreza;
El que menos, en fin, era inocente,

Y al parecer humano
Debia alguno ser canonizado.
Entre ellos llega un hombre, ya avanzado
En edad, y con rostro pesaroso
Dice: »Señor, yo he sido muy dichoso,
De haber salido de las garras fieras
De la justicia solo con galeras,
Pues que el mayor facineroso he sido,
Asesino, traidor y monedero,
Y mil veces la soga he merecido,
Aunque se han contentado con el susto."
El Príncipe le mira muy severo,
Y vuelto á los demas dice: »No es justo
Que un sugeto tan vil y tan malvado,
Entre tanto hombre honrado
Habite; salga el pícaro al instante
De la galera, porque tal tunante,
Si entre esta buena gente residiese,
Puede que su inocencia corrompiese."

El se libró, y los otros embusteros,
Como estaban, quedaron prisioneros.
Logra ser perdonado
Quien sincero confiesa su pecado.

** Si el hombre mentiroso y falso supiera lo que pierde cuando se conduce sin verdad, rectitud, ni sinceridad, él mis-

mo se juzgaria indigno de la sociedad. En ella nadie le mira con consideracion ni amor; todos temen hablar en su presencia, y confiarle un secreto, le tratan con desconfianza, y aunque alguna vez diga verdad, ninguno le cree. Si, amado Teotimo, ten por cierto que aunque el mundo envejeciéndose se ha corrompido, sin embargo, la mentira es odiosa en sumo grado, y en el comun concepto se tiene por degradado y despreciado al hombre embustero. Asi pues, no dejaré de reencargarte y aun de suplicarte con lo íntimo de mi corazon, que si se presentase ocasion de adquirir ó comprar la fortuna por solo una mentira, debes, sin vacilar, quedarte en la mayor indigencia antes de acceder á ella.

CAPITULO XVI.

De la cortesía.

Siempre se ha considerado la cortesía como prenda necesaria á todo niño bien educado. Ella es la que da al mérito aquel lustre y aquel agrado que le hace amable. Un hombre

de mérito sin cortesía es semejante á una figura bien delineada, pero que aun no tiene colorido; ó por mejor decir, á un precioso diamante sin abrillantar. Sus modales eclipsan todas las otras prendas que posee. Su impolítica le hace perder toda la estimacion que pudiera conseguir con sus talentos, y se le considera como á una de aquellas aves nocturnas, criadas precisamente para vivir en la oscuridad, que no pueden presentarse á la luz del dia sin ofender la vista de los que las miran.

Del mismo modo á proporcion se moteja la impolítica de un niño que la de un hombre hecho, si se presenta atado con cierta rusticidad, si es demasiado tímido ó sobrado atrevido, si no saluda, si no responde, si no da gracias cuando viene al caso, aunque en lo demas posea las mas estimables partidas, todo el mundo dice: *¡qué niño tan mal criado! parece que le han sacado de alguna choza ó de algun desierto.* Pero al contrario, si se presenta con gracia, si responde con prudencia y modestia á lo que se le pregun-

ta, si trata con mucho respeto y atencion á sus superiores, si habla ó calla á tiempo en la conversacion, aunque no tenga por otra parte el mayor mérito, es aplaudido, es estimado, y se le colma de los elogios mas lisonjeros.

Esto mismo experimentarás, ó amado Teotimo, á proporcion de la política que tengas. No juzgará el público de tu mérito y de tu educacion sino por tu conducta exterior. Acostúmbrate pues á tratar con modo y cortesía á todo el mundo y en todas ocasiones; porque la política debe extenderse á todo, y manifestarse en todas partes. En el modo de presentarse, evitando toda postura dejada y desidiosa, no andando con precipitacion, moderando y midiendo los movimientos del cuerpo; en el semblante, no dejando que se manifieste en él la vanidad, el mal humor, la frialdad y la tristeza; en la conversacion, guardándose de contradecir, disputar con tenacidad, interrumpir á los que hablan, y de usar ciertas palabras indecentes propias del populacho; en las

concurrencias, tomando siempre el último asiento, levantándose y saludando como es costumbre á los que llegan, teniendo siempre un semblante decente y risueño, y hablando solo para responder; en el juego, manteniéndose de continuo con humor igual, y perdiendo con galantería; en el paseo, cediendo la derecha y la acera á los superiores, y saludándolos con respeto antes que ellos saluden; en la mesa y en los convites, portándose con moderacion, sobriedad y limpieza. ¿Pero adónde voy á parar? Seria menester un tomo entero para explicar individualmente todos los preceptos de la buena crianza; tus maestros suplirán mi silencio en este punto. No tienes mas que hacer que aprovecharte de sus lecciones, y no miiar como fútiles las reglas y los modales que te dictaren para pulirte; aunque te parezcan poco importantes, son absolutamente necesarias, y ninguno puede presentarse en el mundo con honor y con decencia sin ellas; porque, como antes dije, no hay en el mundo cosa mas despreciable que un hombre sin crian-

za. Tenga en lo demas todo el mérito que tuviere, desaparece á vista de su impolítica: es como un hombre rico que no sabe honrarse con sus riquezas.

Cuando te exhorto á que seas atento, estoy muy lejos de pretender que incurras en cierta afectacion que se ha llegado á introducir en los modales, en los movimientos, en el modo de presentarse, y en el adorno de algunos jóvenes conocidos en el mundo con el nombre de *petrimetres*. Los tales hacen el papel mas despreciable que puede hacer un jóven. Cualquiera que dá en esto, ocupado continuamente en su peinado, sus joyas y sus gestos, funda todo su mérito en esta vana exterioridad, se cree digno de estimacion, porque sabe algunas fórmulas de cumplimientos, porque habla en tono decisivo, y borda una cortesía; pero la gente sensata, que no se deja alucinar de esta engañosa exterioridad, le aplica con razon lo que dijo la zorra á un busto.

No es mas un petimetre que un farsante:
Su disfraz, su magnífica apariencia

Pasma al vulgo ignorante;
El burro siempre á lo exterior se atiene;
Pero el zorro sagaz siempre previene
El engaño, y dilata la sentencia,
Hasta dar dos mil vueltas al objeto,
Y mirarle bajo uno y otro aspecto;
Asi cuando en él no halla lo que quiere,
Repite lo que dijo cierto dia (tuviere
A un busto hermoso y grande: »El que
Tal busto tendrá, dijo, una preciosa
Alhaja, una cabeza primorosa,
Mas de seso totalmente vacía.»

¡A cuántos pisaverdes vendrá justo
Lo que el dicho raposo aplicó al busto!

Sé pues político en tus modales, pero jamas afectado: oculta el arte con que los arregles, de modo que parezcan efectos sencillos de la naturaleza. Un hombre de mucho mérito decia un dia de su hijo: *me desesperaría si le viese petrimetre.* Lo mismo te repito: mas querria verte falto de crianza que afectado.

El excesivo cuidado en la exterioridad y el demasiado deseo de agradar encaminan casi siempre á los vicios.

** Si por la sociedad, amado Teotimo, somos destinados á vivir con los demas hombres, por la política y cortesía, estamos tambien obligados á observar con exactitud aquellas reglas de urbanidad que nos inspiren amabilidad y agrado, pues no hay cosa mas enfadosa y cansada que tratar con personas impolíticas y groseras. Estas reglas reducidas, podrás conservarlas con mas facilidad, y no olvidarte de la importancia de estas máximas: *nunca hablar mal de nadie; contenerse en su propia clase y esfera; no entremeterse en negocios agenos, intrigas ni maquinaciones; no dar motivo á los elogios ni á las sátiras; no usar de altanerías de soberbia ni bajezas de adulacion; conservar un semblante sereno; no hacer jamas vanidad de ingenio, y conducirse siempre con honradez, verdad, candor y sencillez.*

CAPITULO XVII.

De la eleccion de estado.

Aunque todavia no estas en edad de elegir estado, ó amado Teotimo, con todo, como dentro de algunos

años te verás precisado á determinarte en este punto, me parece preciso darte alguna instruccion acerca de él, para que desde ahora puedas tomar las precauciones necesarias, á fin de no engañarte cuando llegue el caso en asunto tan importante.

No hay cosa en efecto que influya tanto en nuestra salvacion como el acierto en la eleccion de estado. Si tenemos la prudencia necesaria para elegirle bien, y abrazamos aquel á que el cielo nos llama, podemos esperar con fundamento el mas feliz éxito, porque jamas abandona Dios á los que obedecen á su llamamiento; pero al contrario, el que yerra su vocacion tiene muchos motivos de temer acerca de su salvacion, á causa de que regularmente tendrá menos auxilios para cumplir con las obligaciones de un estado abrazado contra las órdenes de la Providencia. Los que no yerran en la eleccion de estado son como árboles plantados en el terreno y clima que les conviene, que sin necesidad de mucho esmero en su cultivo crecen con una

rapidez increible, extienden muy lejos sus pobladas ramas, y producen los frutos mas exquisitos y abundantes. Cuando, al contrario, los que infieles á la voz del cielo abrazan distinta profesion de aquella á que les llamaba, se parecen á los árboles trasplantados á paises y terrenos para los cuales no los hizo la naturaleza. Por mas que los rieguen y cultiven, por mas que se cuide en hacerlos crecer, siempre se mantienen endebles y estériles; y si alguna vez dan algunos frutos son por lo regular muy pequeños, y jamas llegan á madurarse. En una palabra, el estado á que Dios nos llama es el camino por donde quiere conducirnos al puerto de la salvacion. Errar este camino, y seguir otro es exponerse á parar en un término enteramente opuesto al que debemos esperar. No abulto esto para inspirarte un vano terror; esta es una verdad generalmente reconocida. Dios enseñó un dia á Santa Teresa el puesto que tenia destinado en el infierno si no hubiera seguido con fidelidad su vocacion.

Aplícate pues, ó amado Teotimo, á discernir el estado á que Dios te llama. No hagas lo que la mayor parte de los jóvenes que, sin tomarse el trabajo de examinar la voluntad de Dios, forman un plan de vida acomodado á su capricho, y no miran á otra cosa en el estado que abrazan que á lisonjear sus viciosas inclinaciones. Di antes lo que un santo jóven dijo cuando para inclinarle á que se quedase en el mundo contra su voluntad hacian brillar á su vista los honores y los grandes bienes que en él se le destinaban: *¿De qué le sirve al hombre*, exclamó, *ser dueño del universo, si al cabo pierde su alma?* Aunque estuvieses colocado sobre el primer trono del mundo, si estabas en él contra la voluntad de Dios, debieras lamentarte de tu suerte, y mirarla como el estado mas deplorable. Es menester pues, ante todas cosas, que consultes al Señor, y no busques en el estado que abraces otro interés que el de tu salvacion; porque el abrazar cualquier estado sin haber consultado á Dios seria embarcarte en un navío sin pilo-

to, y exponerte por consiguiente á un naufragio inevitable.

Pero para que puedas conocer con mas seguridad la voluntad de Dios, y para que no te engañes en un paso tan importante, has de tomar los siguientes medios y precauciones que nos sugieren la religion y la prudencia. I. Es necesario hacer una vida pura y arreglada, porque Dios regularmente no comunica sino con las almas santas é inocentes. II. Es menester recurrir á Dios por medio de la oracion, y decirle á menudo como Samuel: hablad, Señor, y descubridme vos mismo vuestras intenciones acerca de mi persona; ó repetir con David: *Enseñadme, Señor, el camino que debo seguir, pues he levantado mi alma hacia vos.* No dejará Dios de oir tus oraciones, principalmente si á ellas añades algunas particulares dovociones y el uso de la sagrada Eucaristía. III. Es preciso consultar á los Ministros del Señor; esto es, al director de tu conciencia y á tus padres, pues ellos son los que Dios

te ha dado por guias y conductores. No des pues paso alguno sin haber tomado su dictámen, y sin exponerles tus razones. No hay cosa mas justa que esta docilidad y este respeto. Con todo, hay ocasiones en que no debemos acomodarnos á los deseos de nuestros padres en lo tocante á la vocacion. Porque si Dios, por egemplo, te diese claramente á entender que te llamaba por el estado eclesiástico ó religioso, y tus padres por un amor demasiado natural, ó cualquiera otro motivo humano, quisiesen con peligro de tu salvacion detenerte en el mundo, debieras entonces oponerte á su voluntad, y sin faltar á la obediencia filial y al debido respeto responderles como en otro tiempo los Apóstoles: ¿es acáso justo que os obedezcamos antes que á Dios?

Esto fue lo que practicó San Francisco de Sales cuando conoció el estado á que Dios le llamaba. Por mas que sus padres le representaron que era el primogénito, y que por con-

siguiente estaba destinado á ser el báculo y apoyo de su familia; por mas que quisieron persuadirle que su deseo de abrazar el estado eclesiástico procedia únicamente de una devocion indiscreta, y que podria salvarse en el mundo tambien como en la Iglesia; por mas que le propusieron los establecimientos mas honoríficos y ventajosos, no pudieron hacerle titubear. Prefirió siempre la voluntad de Dios á la de sus padres, y mas quiso renunciar á todas las ventajas temporales que se le prometian, que á la gracia de su vocacion, que le elevó despues á tan alto grado de santidad.

Tal es, ó amado Teotimo, la conducta que han de tener los niños cuando Dios los llama á un estado contrario á la voluntad de sus padres. Obrar de otro modo seria hacer á Dios la mayor injuria, y ser acreedor á los castigos que padecen regularmente aquellos que resisten á su voluntad, y que abrazan un estado á que no han sido llamados. Me con-

tentaré con citarte un solo pasage que nos refiere S. Gregorio, y que da á conocer claramente el rigor con que Dios castiga á los que tienen la temeridad de forjarse á su antojo una vocacion contraria á los designios de su providencia.

En tiempo que S. Benito admiraba al mundo con la fama de sus milagros y de su santidad, acudió á él un jóven iniciado en el estado eclesiástico, suplicándole que le libertase del demonio que le atormentaba. Empleó el Santo el favor que tenia con Dios en beneficio de aquel mancebo. Tuvo la felicidad de ser atendido, y logró libertarle de la esclavitud del espíritu maligno; pero despues de haberle curado, le encargó expresamente de parte de Dios, que jamas recibiese los sagrados órdenes; añadiéndole que si tenia tal atrevimiento, volveria el Señor á permitir que el demonio tomase otra vez posesion de su cuerpo en pena de su temeridad. El mancebo, espantado de esta amenaza, se resolvió desde

luego á conformarse con el prudente consejo del Santo solitario; pero con el tiempo, ó por culpable olvido, ó por la solicitud de sus padres, ó por el atractivo del interes, se aventuró á pedir á su Obispo que le ordenase. El Prelado, que ignoraba lo que habia pasado, no puso reparo en concedérselo; pero apenas acabó de ordenarse, cuando cayó á los pies del Obispo, haciendo las contorsiones mas espantosas, y exclamando con una voz lamentable, que estaba poseido del demonio, y que lo tenia bien merecido por haber incurrido en la temeridad de recibir los sagrados órdenes, á pesar de habérselo prohibido el Señor por boca de S. Benito.

No castiga Dios por lo regular de un modo tan visible á los que han sido infieles á su vocacion; pero no es por esto menos real ni menos terrible su castigo. ¿A cuántos vemos que en lugar de la dulce vida que esperaban pasar en el estado que abrazaron contra la voluntad del Señor, se ven continuamente rodeados de

amarguras, y sin cesar lloran y se lamentan de haberlo tomado? Pero aun cuando gozasen la vana felicidad de que se lisonjearon, siempre serian muy dignos de compasion; porque es muy dificil que se salven, siguiendo un camino opuesto al que Dios les habia señalado. El infierno está lleno de réprobos, que solo han parado en él porque han faltado á su vocacion, y que si hubieran sido dóciles, infaliblemente hubieran conseguido el cielo. Aprende con su egemplo á no omitir diligencia alguna para conocer el camino por donde Dios te llama á sí; y luego que valiéndote de los medios que te he explicado lo hubieres conocido, no dejes por motivo alguno de seguirlo. De este paso depende principalmente tu felicidad en esta vida y en la otra. Si abrazas el estado á que Dios te llama, estás, por decirlo asi, seguro de tener una vida feliz, y de salvarte; en lugar que si te apartas del camino que el cielo te ha destinado, te expones á ser desgraciado en el tiempo y en la eternidad.

** Si la eleccion de Estado es, amado Teotimo, un negocio de la importancia que se ha demostrado en este cápitulo, debe por lo mismo ser el que llame mas la atencion para que no se aventure nuestra felicidad. Sin embargo, esta eleccion no debe colocarse en la clase de las cosas imposibles, ni tan poco debe aterrarse el hombre ni precipitarse en el cahos de la desconfianza; porque aunque sea mucha su flaqueza, es incomparablemente mayor el anhelo y cuidado que emplea nuestro amoroso Padre celestia, para sostenerle y ayudarle. Considerad, amado Teotimo, que este Señor de excelsa omnipotencia y de bondad infinita que se dignó formarle á su imágen y semejanza, no le crió para que se condenase, sino para que se salvase, no para dejarle al abandono, sin providencia ni cuidado, sino para socorrerle, dirigirle, protegerle, enjugar su llanto, fortificar su alma, comunicarla auxilios, inspiraciones y todas aquellas mociones interiores, que tantas veces esperimentamos. Le dotó de un alma espiritual, inmortal, y le concedió la distinguida prerogativa

„de la libertad para obrar," porque pudiese merecer y obtener una parte en la inmensidad de su gloria. Quiso por consiguiente la sabiduría infinita de nuestro Dios, que el hombre tuviese parte en su salvacion; que la obtuviese porque la desease y pidiese, y que de este modo cooperase á su propia felicidad; y para ello no solo le franquea los auxilios de su divina gracia, sino que cuando por flaqueza, ignorancia ó abuso de su libertad se acerca al peligro, no hay medio de que no se sirva este amorosísimo Padre, para hacerle entender su situacion, porque retroceda de ella y no se precipite: bien se vale de las inspiraciones, remordimientos, sermones, egemplos, advertencias y buenos libros; ó bien de las enfermedades, infortunios, adversidades, contratiempos, tristezas y disgustos; de tal manera que si llega á precipitarse debe culparse á sí mismo, y acusar solo á la indocilidad y obstinacion de su corazon.

Esta es, amado Teotimo, la amorosa conducta que usa con el hombre, el Padre de las misericordias, y la que presenta á un tiempo el cuadro mas tierno,

patético, sublime y consolador; pues seria necesario no tener idea alguna de lo que es noble, interesante y magestuoso para no sentirse conmovidos aun los mas obstinados á vista de los medios tan grandiosos, expresivos y afectuosos que emplea para expresar el ardor, la fatiga y el deseo con que anhela por la salvacion de los hombres. No quiere, no, forzar su albedrío; pero sí que no nos obstinemos, que seamos dóciles, que cooperemos á nuestra propia felicidad, y que no resistamos á los llamamientos y auxilios de su divina gracia. Obrando de este modo conseguiremos infaliblemente el acierto en la eleccion de estado, en el que, cumpliendo con los deberes de cristiano, gozaremos en la otra vida de los premios preparados para las almas virtuosas.

CONCLUSION.

Hasta ahora, amado Teotimo, me he esforzado en delinearte el camino que debes seguir para vivir estimado de los hombres, y amado de Dios; pero serian vanas mis fatigas

para aficionarte á la virtud, si no tuvieses por tu parte el mayor cuidado en evitar los dos escollos en que regularmente zozobran las buenas máximas que se procuran inspirar á los jóvenes. Estos dos escollos son las conversaciones y los egemplos de los malvados. Hallarás quizá algunos de ellos que tiren á inspirarte modos de pensar enteramente opuestos á los que he procurado imprimir en tu animo. Unos te dirán que la juventud es el tiempo de los placeres, y que es tontería emplearla en estudios y trabajos. Otros te querrán persuadir que debes evitar la singularidad, y vivir como todos aquellos con quienes tratas; y no faltará quien llegue hasta ridiculizar tu modestia y tu piedad. Ten por seguro que encontrarás estas contradicciones por parte de muchos jóvenes viciosos, que parece qué el infierno esparce sobre la tierra para tentar y seducir á los que quieren tener una vida pura y arreglada. Pero no hagas cuenta alguna de sus impías proposiciones. Murmurarán de tí

exteriormente, porque tu conducta condena sus desórdenes; pero en lo íntimo de su corazon te estimarán, y envidiarán tu felicidad. Mas llegará á sucederte. Si observan en tí una virtud sólida que no se desmienta, vendrán al cabo á respetarte de tal modo, que no se atreverán á proferir indecencias en tu presencia. Esto sucedió en su juventud á San Bernardino de Sena. En su vida se cuenta que le tenian en tanta veneracion sus condiscípulos, que si se presentaba delante de ellos cuando tenian alguna mala conversacion, callaban inmediatamente, dando con su silencio un testimonio de respeto á su virtud. Pero aunque los jóvenes licenciosos te tratasen con el mayor desprecio, quedarias sobradamente recompensado con el testimonio de tu conciencia y con la estimacion de los buenos. Mas nos honra el voto de un solo hombre virtuoso, que puede perjudicarnos la censura de todos los viciosos.

El egemplo de los malos es el segundo escollo de que debes guardar-

te, porque has de estar asegurado de que no todos los jóvenes viven conforme á las prudentes reglas que te he enseñado. Verás muchos que siguen sendas enteramente opuestas; pero su egemplo no debe hacerte apartar del buen camino. Si vieses una multitud de insensatos que por capricho, se arrojasen en un precipicio, lejos de imitarlos y seguirlos, ¿no lamentarias su ceguedad? Pues del mismo modo debes portarte cuando veas los desórdenes en que se precipitan los jovenes viciosos. Pierdanse, hagan disparates, al fin son locos. Pero tú, en lugar de imitar su locura, escarmienta con su egemplo, y hazte mas prudente.

FABULA XXIV.

El zorro y el burro.

A la luz de la luna cierta noche
Un zorro viejo andaba
A pata, porque no tenia coche,
Buscando alguna suerte favorable

Para llenar su panza venerable.
Ansioso, campo y bosque registraba,
Cuando halló en su camino
Un barranco, un fatal desfiladero,
De la inocente caza esperadero,
Puesto propio para un asesinato.
El tuno, cuyo olfato era muy fino,
Y que marchaba siempre con recato,
De lejos olió el queso.
»¡Oh que paso! exclamó: seguramente
Aqui hay trampa. Quizá algun penitente
Que me escucha me aguarda aqui escon-
dido;
Mas el chasco es que soy algo travieso,
Y no me precio mucho de inocente;
Y asi si acaso espera el desayuno
A expensas del que pase, persuadido
Puede vivir que su hambre de esta hecha
No quedará á mi costa satisfecha."
Decirlo y volver grupa fue todo uno.
Al ver esto un borrico que pacia
En un prado cercano, le decia:
»¿Cómo es eso, señor doctor zorruno?
Usted, que siempre ha sido tan valiente,
¿Por qué tiene á ese estrecho tanto miedo?
A cada instante con gentil denuedo
Lo pasa ya la liebre, ya el conejo:

No tiene usted honra verdaderamente.
¡Admiro su valor! dice el raposo;
Mas yo no soy de gloria codicioso,
Y como ya estoy viejo,
Huyo á mil leguas de cualquier tramoya,
Guardo como reliquia mi pellejo,
No quiero que se diga aqui fue Troya;
Eso de hacer el guapo es muy ageno
De un zorro como yo, de canas lleno."
Habló como prudente,
Y paso atras volvió inmediatamente.

Con efecto, nos debemos guardar de seguir sin discrecion el egemplo de los demas. Debemos imitarlos cuando obran bien; pero guardarnos con el mayor cuidado de seguirlos cuando van por el camino del vicio. Tal fue la conducta de los dos Santos jóvenes Gregorio y Basilio, de quienes ya te he hablado. Se hallaban rodeados de una multitud de mancebos sumergidos en los vicios y en los desórdenes; pero *teníamos*, dice *s.* Gregorio, *la fortuna de experimentar en medio de la corrupcion general de costumbres una cosa seme-*

jante á la que cuentan los poetas de un rio que conserva la dulzura de sus aguas en medio de la amargura de las del mar; y de un animal que subsiste en medio del fuego sin padecer el menor daño. No teníamos trato alguno con aquellos cuyo egemplo podia perjudicarnos. No conocíamos en Atenas mas que dos caminos; es á saber, el que iba á la Iglesia, y el que nos conducia á la escuela y á las casas de nuestros maestros de literatura. En cuanto á los que guiaban á las fiestas mundanas, á los espectáculos, á las concurrencias y á los festines, los ignorábamos totalmente.

Solo con este esmero y cuidado en huir y resistir el egemplo de los malos podrás conservar la inocencia y el amor á la virtud. Jamas imites á aquellos jóvenes que cuando se les reprende de alguna cosa mal hecha, piensan justificarse diciendo: los demas lo hacen. Las faltas agenas no excusan las nuestras. Nunca es lícito obrar mal, por muchos que sean los que lo hagan. Lo malo siempre es

malo, y por consiguiente siempre debemos aborrecerlo. Bien veia el jóven Tobías que todo el pueblo acudia á ofrecer incienso á los ídolos: con todo no creyó que este egemplo le autorizase á hacer lo mismo; y mientras los demas corrian á las alturas destinadas al culto del becerro de oro para adorarle, este fervoroso Israelita iba solo á presentar sus adoraciones al Señor en el templo de Jerusalen. Imita, amado hijo, este excelente modelo. Resiste vigorosamente al impetuoso torrente que procura arrebatarte; y aunque veas á todos tus compañeros sepultados en el desórden, observa siempre con inviolable fidelidad las sabias máximas que he procurado inspirarte.

Y no creas que los consejos que te he dado sean impracticables. El plan de vida que te he delineado no es tan dificil como parece, y no hay en él cosa que no hayan egecutado muchos niños de tu misma edad y circunstancias. Ya puedes haberte hecho cargo de esto por los diferentes

egemplos que te he citado, ademas de los cuales estan llenos los libros de otros infinitos, que podrán servirte de antídoto cuando los leas contra los egemplos escandalosos de que seas testigo. Quiera Dios que á imitacion de aquellos excelentes modelos, vivas de manera que pueda algun dia decirse de tí lo que ahora se dice de ellos.

ADICION FINAL.

** Como mi ánimo, amado Teotimo, es que adquieras tambien alguna instruccion de aquellas ocurrencias mas frecuentes de la sociedad, donde estamos destinados á vivir y tratar con los demas hombres, me ha parecido oportuno hablarte en este lugar de la urbanidad y cortesía, compendiando aquellas reglas mas esenciales que debes observar siempre que te presentes en las iglesias, paseos, visitas, &c., presentándote con aquella compostura, delicadeza y política que inspiran agrado, y demuestran la buena educacion de las personas que las egercitan.

Asi pues, amado Teotimo, siendo

preciso no ofender con la persona ó con la ropa la vista de los demas, ni incomodarles con malos olores, procurarás al salir de casa llevar limpias la cara, la dentadura, la cabeza y las manos, cortadas las uñas, peinado el cabello y el vestido sin mancha, rotura ni descosido.

Si te diriges á la Iglesia debes considerar que caminas á la casa de Dios, destinada á tributarle los cultos públicos que le son debidos, y estan prescriptos por nuestra sagrada Religion: por tanto debes al entrar descubrirte totalmente la cabeza, tomar agua bendita, santiguarte, hacer una genuflexion y dirigirte al puesto que has de ocupar; en él estarás de rodillas con humildad, recogimiento, devocion y atencion á los sagrados misterios: si por algun grave motivo te precisa levantarte ó sentarte alguna vez, no debes poner una pierna sobre otra, reclinarte ó echarte sobre el respaldo del asiento, volver la cara, escupir con estrépito, ni tomar postura alguna indecente: si dejas aquel primer puesto y ocupas otro, debes al pasar por el altar mayor, por el en que se halle reservado el Santísimo Sacra-

mento ó se esté celebrando misa, poner en tierra la rodilla derecha, y hacer una profunda inclinacion: pero si el Santísimo estuviese patente, te arrodillarás enteramente, y en este caso lo mismo egecutarás al entrar y salir de la Iglesia.

Si fueses á visitar á alguna persona, debes al entrar en su casa dar aviso por medio de algun criado, si lo hubiese, y si no, tocar á la puerta sin estrépito, presentándote en seguida descubierta la cabeza con moderacion, y haciendo una cortesía, sentándote en el sitio inferior cuando te lo insinuen sin pasar al sofá ni á otro puesto principal, como no te obligue á ello el dueño de la casa, y á que dejes el sombrero y le coloques en un sitio cómodo: ya sentado debes saludarle; en general á las demas personas que existan allí, y si tuvieses algun conocido podrás tambien saludarle en particular; y á todos con aquella dulzura y agrado que tanto reclama la urbanidad; pero sin afectar en los cumplimientos con demasiada ceremonia, ni usar de adulacion, zalamería, falsa humildad ni de otras bajezas que tanto degradan y ridi-

culizan al hombre; debes conservar el cuerpo derecho y natural sin encogerte, ni recostarte, hacer contorsiones ni apoyarte sobre los codos ó las manos, teniendo las piernas decentemente unidas, no estendidas ni cruzadas, ni una sobre otra, procurando no escupir al frente de las personas, no distraherte con papel escrito que esté por allí ni tocarle, no registrar ó reconocer los libros ni cosa alguna de la que exista en la sala ú aposento: manifestar el motivo de la visita sin interrumpir la conversacion pendiente; y cuando llegue el caso de despedirte, debes repetir los cumplimientos observando por regla general no dilatarte demasiado en las visitas, principalmente cuando se hacen á personas muy ocupadas: si al tiempo de marchar te acompañase el dueño de la casa, debes suplicarle no se tome tal incomodidad, repitiendo lo mismo en cada una de las puertas, si se empeña en seguirte.

Si te suplicase le acompañes á la mesa, precedidas aquellas escusas agradables y políticas que hacen tanto honor á las personas bien educadas, aceptarás

con gusto y con aspecto que denote tu agradecimiento. En ella no deberás entrar el primero, desdoblar la servilleta ni poner las manos en los platos hasta que el dueño de la casa y personas superiores que concurran lo egecuten: en seguida colocarás el plato á una distancia moderada, el pan á la izquierda, el cuchillo y cubierto á la derecha, cuidando de no coger con los dedos cosa alguna sino con la cuchara si es líquida, ó con el tenedor si es crasa; solo las cosas secas son las que pueden tomarse con los dedos: siendo muy indecente el lamerlos, limpiarlos con el pan y despues comerlo ó fregar con él los platos, de lo líquido que en ellos haya quedado: has de evitar de comer con demasiada lentitud ó con demasiada precipitacion; de tomar un bocado antes de tragar el otro, ni ha de ser tan grande que llenes enteramente la boca, ni con ella los labios ó la lengua has de hacer ruido. Los huesos, las espinas, las cortezas y otras cosas de esta clase las tomarás con los dedos, y colocarás á un lado del plato, y te advierto que es impolítico oler las vian-

das, poner las narices sobre lo que han de comer los demas, dar á otro lo que está sobre nuestro plato y que ya hemos probado, el vaso que hemos llevado á la boca, el pan que hemos tocado, ó el cubierto que hemos usado. No debes hacerte plato sin la insinuacion del dueño de la casa, y entonces no usarás del cubierto que te haya servido para sacar la comida de la fuente que está para todos, sino de una cuchara ó tenedor limpios, procurando no excederte sino echar con arreglo; y si el mismo dueño ú otra persona hiciesen el obsequio de servirte, deberás manifestar igual moderacion. Sabido es que el dueño no debe alabar plato alguno por bueno que sea, ni forzar ó importunar á los convidados para que coman ó beban; pero estos tampoco deben manifestar repugnancia ó disgusto de manjar alguno por malo que sea, sino abstenerse de él. No debes pedir de beber antes que las personas de mas autoridad que esten en la mesa, ni llenar demasiado el vaso, beber con el bocado de modo que te atragantes ó derrames el licor: antes y despues de beber

te has de limpiar los labios con la servilleta; y en la mesa debes abstenerte de rascarte en la cabeza, roer las uñas con los dientes, hacer gestos, estar con la boca abierta, sacar la lengua, morderte los labios, recostarte contra el respaldo de la silla, estirar los brazos, dar castañetazos con los dedos; y cuando te sea preciso estornudar ó toser, debes volver la cabeza á un lado, poniéndote el pañuelo en la boca ó narices para que no rocies á las demas: la servilleta debe servir para enjugarte los labios y los dedos, pero no para otro uso ni para limpiarte los ojos ó la cara, y procura no mancharla con caldo, salsa ó vino. No debes promover conversaciones melancólicas, ni hablar de cosas que causen nausea, sino de asuntos agradables sin mover disputas, y acabar de comer al tiempo de los demas, y aun será muy conveniente que no seas de los últimos.

Si concluida la comida quisiese le acompañes á pasear, has de procurar darle siempre el lado derecho, marchar con moderacion, no codear ó empujarle; por las calles le darás la acera que es

el sitio mas principal; y si se uniese otro sujeto, debes colocarte en el lugar mas inferior: si se parase á hablar con alguno te has de apartar un poco para no oir la conversacion, y solo te unirás cuando te manifieste ó insinúe que no te retires: si al paso te saludasen debes corresponder con cortesía, y si es persona superior adelantarte á saludarle antes que lo haga: si alguno se para á hablarte, debes hacer lo mismo, quitándote el sombrero, y si es persona de respeto no te cubrirás hasta que se cubra ó te lo insinúe.

Si concluido el paseo te convidase á refrescar, debes portarte en los términos explicados con relacion á la mesa, guardando la debida proporcion, y teniendo cuidado de no soplar las bebidas calientes que sirvan, porque este es un modo de enfriarlas muy grosero. Si de allí te condujese á alguna tertulia al presentarte en la concurrencia, debes obrar en la forma dicha con relacion á las visitas, y si al llegar se interrumpe la conversacion, debes suplicar se sirvan continuarla, pero sin manifestar curiosidad ni empeño en saber de lo que se trataba: si tomas par-

te en la conversacion has de procurar no hablar demasiado, ni usar de un tono de voz que ofenda los oidos, cuidando de hacerte agradable, y de no proferir expresiones contrarias á la decencia y buenas costumbres, ni usar de dichetes ó bufonadas, mucho menos de la sátira y murmuracion. Si algunos de los concurrentes dice alguna proposicion opuesta á tu dictámen, no has de empeñarte en contradecirle, pues cuando sea preciso, debes hacerlo con agrado y buen modo; y sobre todo, no has de desmentir á persona alguna, porque en el caso que se proponga algun hecho no cierto ó de diversas circunstancias, debes pedir la venia y decir modestamente, *me parece ó tengo entendido que esto es de este modo ó del otro*: si te contradijesen no te has de agraviar, responderás cortés y agradablemente, manifestando sin calor los motivos y razones que te asisten, cediendo cuando veas que se insiste en lo contrario, particularmente si adviertes que tus razones no hacen fuerza á los demas concurrentes: si refieres algun suceso debes arreglarlo y exponerlo con claridad y

órden, haciendo aquellas reflexiones que puedan darle mas hermosura sin usar de digresiones y repeticiones inútiles, de cuentos insulsos y tontos que tanto incomodan, de narraciones funestas ó melancólicas, pues has de escoger con preferencia asuntos alegres y agradables: si otro alguno de los concurrentes habla de cualquier materia, no debes interrumpirle, llamar la atencion de los demas, introducir otro discurso ni decir que *es cosa yá sábida*, quitarle la palabra para continuarla, sugerirle concéptos ó palabras, si adviertes que titubea, y en fin debes no incomodarle, de modo alguno con motes y chanzas, principalmente si conoces que se resiente; y sí por el contrarlo, sufrirlas con agrado y corresponder con buen humor sin resentimiento ni enfado. Tampoco debes en la concurrencia desnudarte, vestirte, estirarte las medias, limpiar los zapatos, cortarte las uñas ó roerlas con los dientes, tocar la trompeta al tiempo de sonarte las narizes, ni recrearte despues con el pañuelo, bostezar con estrépito, y seguir hablando en el acto de tener la boca

abierta, alentar la cara de la persona con quien se habla, rociarla con la saliva, gargajear ó escupir en el suelo frente de los concurrentes, rechinar los dientes, morder alguna cosa áspera ó fuerte, como hierro, &c., hablar ó reirte en sí mismo, cantar ó tocar el tambor con los dedos, desperezarte, silbar, enredar con los pies ó manos, volver la espalda, apoyarte en los hombros de alguno, dar con la mano ó con el codo á las personas con quienes hablas, decir al oido y en secreto cosa alguna sin pedir antes la venia de los demas, largar la mano por delante para recibir ó dar algo á otro, pues debe hacerse siempre por detras de la persona intermedia; no pasar tampoco por delante; ponerte en pie si se acerca alguno á hablarte y no sentarte hasta que él se siente, no responder *sí ó no* á secas si te hiciese alguna pregunta; sino contestarle, *si señor ó no señor*; no usar de tono imperativo cuando tú preguntes, sino de las expresiones, *suplico*, *ruego á usted*, *tenga usted la bondad*, *dispénseme el favor ó sirvase usted de decir ó hacer tal cosa*; dándole el título ó tratamiento

que le corresponda: en fin, debes portarte en todo con aquella cortesía y delicadeza que hace á los hombres tan amables y agradables que todos desean concurrir, tertuliar y formar con ellos sociedad: y ten entendido, amado Teotimo, que es tan esencial la observancia de todas estas reglas que solo las que sean de etiqueta ó ceremonia, podrán dispensarse en las concurrencias de aquellas personas que trates con mucha satisfaccion, familiaridad y confianza.

FIN.

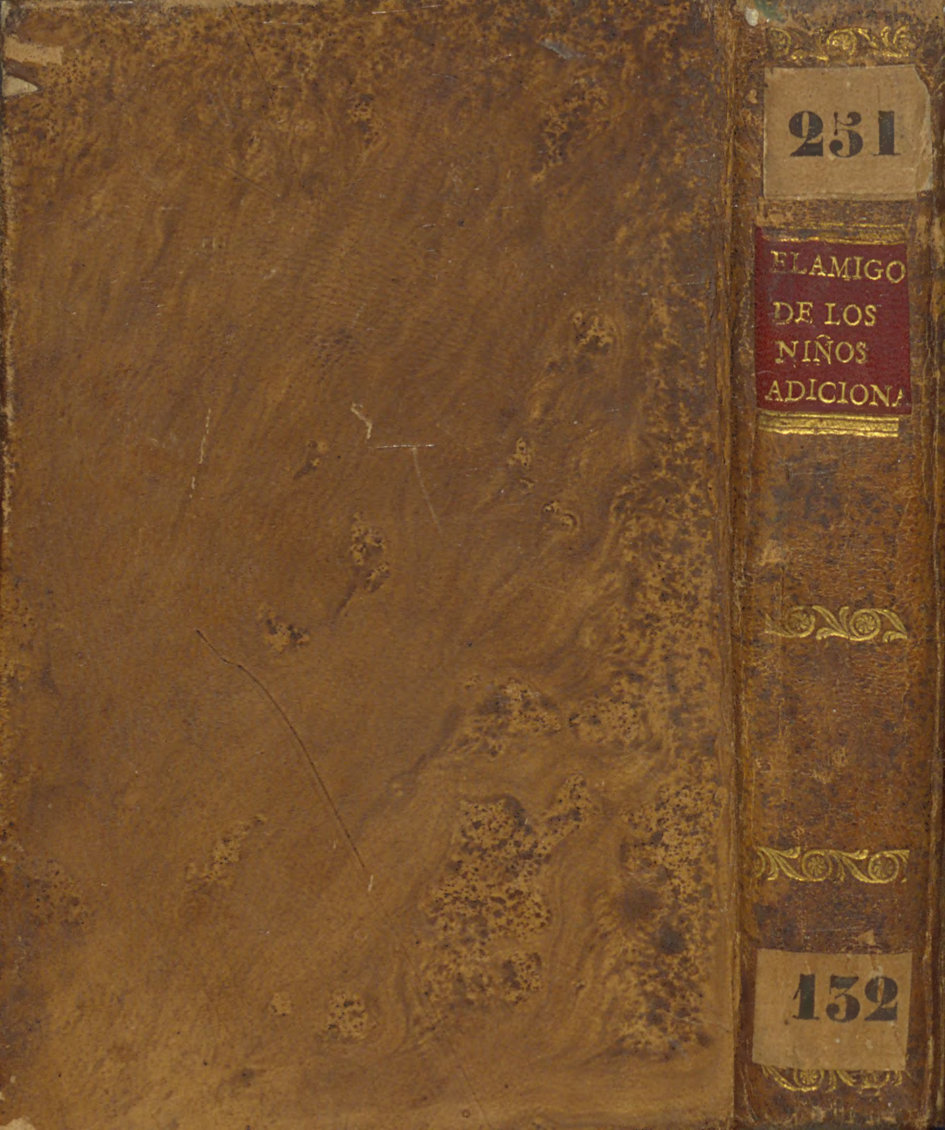


INDICE.








251
EL AMIGO
DE LOS
NIÑOS
ADICIONA
132

colorchecker CLASSIC

calibrite

mm